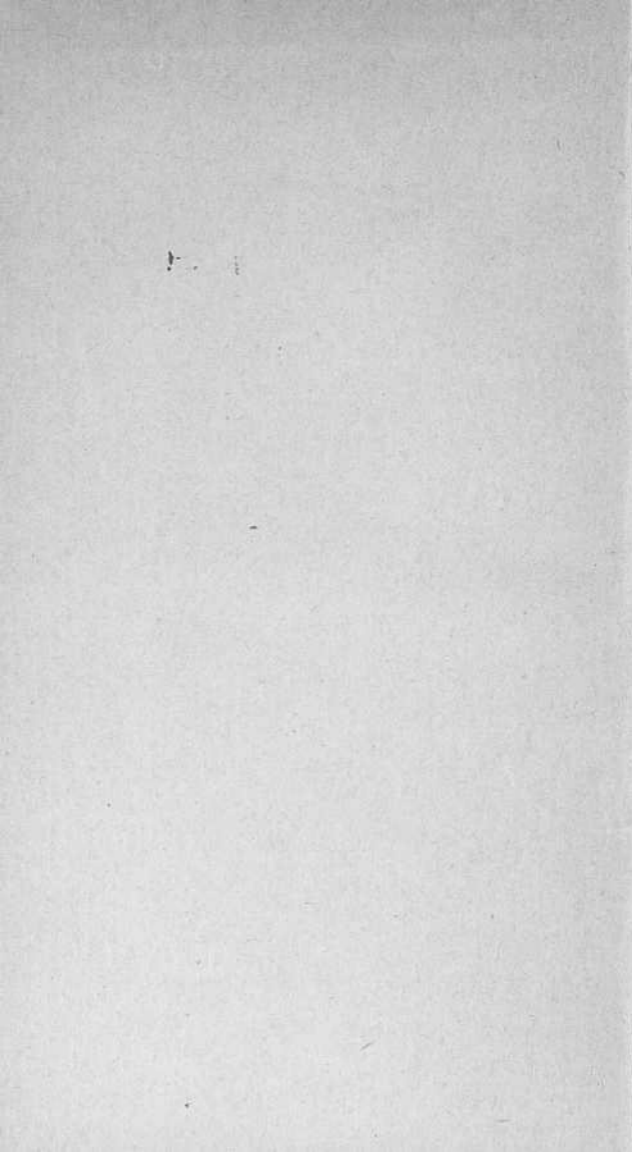


11 68864

DR

2274



COLECCIÓN GRANADA

Pidmejs
1929

NOVELA

VOLTAIRE: CUENTOS ESCOGIDOS
TRADUCCIÓN MARCHENA

COLLECTION MARYLAND

NOVELS

WILLIAM CURTIS BROWDER
& ALEXANDER MACKENZIE

CUENTOS ESCOGIDOS
DE
VOLTAIRE

TRADUCCIÓN DEL
ABATE MARCHENA



Fondo bibliográfico
Dionisio Ridruejo
Biblioteca Pública de Soria


2274

COLECCIÓN GRANADA

JIMÉNEZ-FRAUD, Editor.—MADRID

ES PROPIEDAD
QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA
LA LEY



Esquisse
d'après nature 
faite à Ferras en 1769

NOTA PRELIMINAR

Francisco María Arouet de Voltaire nació en Chatenay el 20 de febrero de 1694, y falleció en París el 30 de mayo de 1778, adelantando quizás su muerte la impresión que le produjo su triunfal retorno a la capital francesa.

Ha sido Voltaire uno de los más universales escritores modernos; escribió tragedias, comedias, epopeyas, poetas filosóficas y festivas, historia, filosofía, cuentos y cartas, siempre con estilo elegante y claro. La COLECCIÓN GRANADA sólo edita ahora algunos de los más deliciosos cuentos de Voltaire, escritos por él principalmente en el último periodo de su existencia.

Sólo con leer estos cuentos, fruslerías, al parecer, que rodaban por el tocador de las damas, pero que encierran la más fina y depurada esencia de la filosofía volteriana, «se estaba inoculado, dice Lanson, contra el servil respeto al pasado; se había olvidado a hacer del hombre el centro del mundo y la medida de todas las cosas y a pedir demasiado de la vida; se aprendía a encontrar ésta mediocre y tolerable, y capaz de ser mejorada por la buena voluntad común de los hombres; se curaba el amor a lo absoluto, a la superstición, al fanatismo, al culto de los héroes y la

a admiración por las conquistas; se contraía la pasión por el bien público, el horror hacia la guerra y los abusos del poder, el odio a los monjes y jesuitas, el desprecio por los ensueños metafísicos y las utopías sistemáticas, y el gusto hacia la actividad práctica que, con pequeños pero incesantes retoques al orden social, atenúa la miseria humana. Y como contera, este gran maestro del sarcasmo y de la irreverencia inculcaba una defensa contra el ateísmo y predicaba, con burlón y caluroso verbo, la creencia en un Dios remunerador y vengador, haciendo todo lo posible para consolidar en los espíritus el consolador deísmo, tan útil, después de todo, para la defensa de las desigualdades sociales.»

Los lectores de la COLECCIÓN GRANADA agradecerán, sin duda, que les ofrezcamos estos amenos cuentos en la ya clásica traducción de Marchena—ese aborto lleno de talento, como le llamaba Chateaubriand—, pues sería difícil igualar, ya que no superar, la saladísima y admirable versión del Abate.

El grabado que va al frente de este volumen, que es reproducción de uno existente en la Biblioteca Nacional, no retrata al Voltaire mundano o académico o al cortesano amigo de Federico el Grande; es una imagen del famoso «patriarca de Ferney», dictador del mundo literario y filosófico y maestro de escritores, de príncipes y de reyes.

(Don José Marchena y Ruiz de Cueto, nació en Utrera en 1768 y murió en Madrid en 1821.)

ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
I. Zadig o El Destino.....	15
II. Memnón o la cordura humana.....	139
III. Micromegas.....	151
IV. Historia de un buen brahma.....	187
V. El blanco y el negro.....	193
VI. Juanico y Perico.....	215

ZADIG O EL DESTINO

HISTORIA ORIENTAL

APROBACIÓN

El infrascrito, que se ha hecho pasar por sabio y aun por hombre espiritual, ha leído este manuscrito, encontrándole, a su pesar, curioso, divertido, moral, filosófico y atractivo, aun para los que aborrecen las historias. Por tanto, lo ha difamado, asegurando, además, al censor que se trata de una obra detestable.

DEDICATORIA

A LA

SULTANA CHERAAH POR SADI

A 18 del mes de Cheval, año 837 de la hégira

Embeleso de las niñas de los ojos, tormento del corazón, luz del ánimo, no beso yo el polvo de tus pies, porque o no andas a pie, o si andas, pisas o rosas o tapetes de Irán. Ofrézcote la versión de un libro de un sabio de la antigüedad, que siendo tan feliz que nada tenía que hacer, gozó la dicha mayor de divertirse con escribir la historia de Zadig, libro que dice más de lo que parece. Ruégote que le leas y le aprecies en lo que valiere; pues aunque todavía está tu vida en su primavera, aunque te embisten de rondón los pasatiempos todos, aunque eres hermosa y tu talento da a tu hermosura mayor realce, aunque te elogian de día y de noche, motivos concomitantes que son más que suficientes para

que no tengas pizca de sentido común, con todo eso tienes agudeza, discreción y finísimo gusto, y te he oído discurrir con más tino que ciertos derviches viejos de lengua barba y gorra piramidal. Eres prudente sin ser desconfiada, piadosa sin flaqueza, benefica con acierto, amiga de tus amigos, sin cobrar enemigos. Nunca cifras en decir pullas el chiste de tus agudezas, ni dices mal de nadie, ni a nadie se le haces, puesto que tan fácil cosa te sería lo uno y lo otro. Tu alma siempre me ha parecido tan perfecta como tu hermosura. Ni te falta cierto caudalejo de filosofía, que me ha persuadido a que te agradaría más que a otra este escrito de un sabio.

Escribióse primero en el antiguo caldeo, que ni tú ni yo sabemos, y fue traducido en árabe para recreación del nombrado sultán Ulug-bey, en los tiempos que árabes y persianos se daban a escribir las Mil y una Noches, los Mil y un Días, etc. Ulug más gustaba de leer a Zadig; pero las sultanas se divertían más con los Mil y uno. Deciales el sabio Ulug, que cómo podían llevar en paciencia unos cuentos sin pies ni cabeza, que nada querían decir. Pues por eso mismo son de nuestro gusto, respondieron las sultanas.

Espero que tú no te parezcas a ellas, y que seas un verdadero Ulug; y no desconfío de que cuando te halles fatigada de conversaciones tan instructivas como los Mil y uno, aunque mucho menos recreativas, podré yo tener

la honra de que te ocupes algunos minutos de vagar en oírme cosas dichas en razón.

Si en tiempo de Scander, hijo de Filipo, hubieras sido Talestris, o la reina de Sabea en tiempo de Soleimán, estos reyes hubieran sido los que hubieran peregrinado por verte.

Ruego a las virtudes celestiales que tus deleites no lleven acíbar, que sea duradera tu hermosura y tu ventura perpetua.

SADI

CAPÍTULO PRIMERO

EL TUERTO

Reinando el rey Moabdar, vivía en Babilonia un mozo llamado Zadig, de buena índole, que con la educación se había mejorado. Sabía enfrenar sus pasiones, aunque mozo y rico; ni gastaba afectación, ni se empeñaba en que le dieran siempre la razón, y respetaba la flaqueza humana. Pasmábanse todos viendo que puesto que le sobraba agudeza, nunca se mofaba con chufletas de los desconciertos mal hilados, de las murmuraciones sin fundamento, de los disparatados fallos, de las burlas de juglares, que llamaban *conversación* los babilonios. En el libro primero de Zoroastro había visto que es el amor propio una pelota llena de viento, y que salen de ella borrascas así que la pican. No se alababa Zadig de que no hacía aprecio de las mujeres y de que las dominaba. Era liberal, sin que le arredrase el temor de hacer bien a desagradecidos, cumpliendo con aquel gran mandamiento de Zoroastro, que

dice: *Da de comer a los perros cuando tú comieres, aunque te muerdan luego.* Era sabio cuanto puede serlo el hombre, pues procuraba vivir en compañía de los sabios: había aprendido las ciencias de los caldeos y estaba instruído en cuanto acerca de los principios físicos de la naturaleza en su tiempo se conocía; y de metafísica sabía todo cuanto en todos tiempos se ha sabido, que es decir muy poca casa. Creía firmísimamente que un año tiene trescientos sesenta y cinco días y un cuarto, contra lo que enseñaba la moderna filosofía de su tiempo, y que estaba el sol en el centro del mundo; y cuando los principales magos le decían, en tono de improperio y mirándole de reojo, que sustentaba principios *sapientes hæresim*, y que sólo un enemigo de Dios y del Estado podía decir que giraba el sol sobre su eje y que era el año de doce meses, se callaba Zadig, sin fruncir las cejas ni encogerse de hombros.

Opulento, y, por tanto, no faltándole amigos, disfrutando salud, siendo buen mozo, prudente y moderado, con pecho ingenuo y elevado ánimo, creyó que podía aspirar a ser feliz. Estaba apalabrado su matrimonio con Semira, que por su hermosura, su dote y su cuna, era el mejor casamiento de Babilonia. Profesábale Zadig un sincero y virtuoso cariño, y Semira le amaba con pasión. Rayaba ya el venturoso día que a enlazarlos

iba, cuando paseándose ambos amantes fuera de las puertas de Babilonia, bajo unas palmas que daban sombra a las riberas del Eufrates, vieron acercarse unos hombres armados con alfanjes y flechas. Eran éstos unos sayones del mancebo Orcán, sobrino de un ministro, y en calidad de tal los aduladores de su tío le habían persuadido a que podía hacer cuanto se le antojase. Ninguna de las prendas y virtudes de Zadig poseía; pero creído que se le aventajaba mucho estaba desesperado por no ser el preferido. Estos celos, meros hijos de su vanidad, le hicieron creer que estaba enamorado de Semira, y quiso robarla. Habíanla cogido los robadores, y con el arrebató de su violencia la habían herido, vertiendo la sangre de una persona que con su presencia los tigres del monte Imao habría amansado. Traspasaba Semira el cielo con sus lamentos, gritando: «¡Querido esposo, que me llevan de aquel a quien adoro!» No la movía el peligro en que se veía, que sólo en su caro Zadig pensaba. Defendíala éste con todo el denuedo del amor y la valentía, y con ayuda de solos esclavos ahuyentó a los robadores y se trajo a Semira ensangrentada y desmayada, que al abrir los ojos conoció a sus libertador. «¡Oh Zadig!, le dijo, os quería como a mi esposo, y ahora os quiero como aquel a quien de vida y honra soy deudora.» Nunca rebosó un pecho en más tiernos afectos que el de Se-

mira; nunca tan linda boca pronunció con tanta viveza de aquellas inflamadas expresiones que de la gratitud del más alto beneficio y de los más tiernos raptos del cariño más legítimo son hijas. Era leve su herida y sanó en breve. Zadig estaba herido de más peligro, porque una flecha le había hecho una honda llaga junto al ojo. Semira importunaba a los dioses por la cura de su amante; día y noche bañados los ojos en llanto, aguardaba con impaciencia el instante que los de Zadig se pudieran gozar en mirarla; pero una postema que se formó en el ojo herido causó el mayor temor. Enviaron a llamar a Menfis al célebre médico Hermes, que vino con una crecida comitiva, y habiendo visitado el enfermo, declaró que irremediabilmente perdía el ojo, pronosticando hasta el día y la hora que había de suceder tan fatal desmán. «Si hubiera sido, dijo, el ojo derecho, yo le curaría; pero las heridas del izquierdo no tienen cura.» Toda Babilonia se dolió de la suerte de Zadig, al paso que quedó asombrada con la profunda ciencia de Hermes. Dos días después, reventó naturalmente la apostema, y sanó Zadig. Hermes escribió un libro, probándole que no debía haber sanado, el cual Zadig no leyó; pero luego que pudo salir, fué a ver a aquella de quien esperaba su felicidad, y por quien únicamente quería tener ojos. Hallábase Semira en su quinta tres día hacía, y

supo Zadig en el camino que después de declarar resueltamente que tenía una invencible antipatía a los tuertos, la hermosa dama se había casado con Orcán aquella misma noche. Desmayóse al oír esta nueva, y estuvo en poco que su dolor le condujera al sepulcro; mas después de una larga enfermedad, pudo más la razón que el sentimiento, y fué no poca parte de su consuelo la misma atrocidad del agravio.

«Pues he sido víctima, dijo, de tan cruel antojo de una mujer criada en palacio, me casaré con una hija de un honrado vecino.» Escogió, pues, por mujer a Azora, doncella muy cuerda y de la mejor índole, en quien no notó más defecto que alguna insustancialidad, y no poca inclinación a creer que los mozos más lindos eran siempre los más cuerdos y virtuosos.

CAPÍTULO II

LAS NARICES

Un día que volvía del paseo Azora toda inmutada, y haciendo descompuestos ademanes: «¿Qué tienes, querida? le dijo Zadig; ¿qué es lo que tan fuera de ti te ha puesto? —¡Ay! le respondió Azora; lo mismo hicieras tú si hubieses visto la escena que acabo yo de presenciar. Había ido a consolar a Cosrúa, la viuda joven que ha erigido, dos días ha, un mausoleo al difunto mancebo, marido suyo, cabe el arroyo que baña esta pradera, jurando a los dioses en su dolor que no se apartaría de las inmediaciones de este sepulcro mientras el arroyo no mudara su corriente.—Bien está, dijo Zadig; eso es señal de que es una mujer de bien, que amaba de veras a su marido.—¡Ah, replicó Azora, si tú supieras cuál era su ocupación cuando entré a verla! —¿Cuál era, hermosa Azora? — Dar otro cauce al arroyo.» Añadió luego Azora tantas invectivas, prorrumpió en tan agrias acusaciones contra la viuda moza, que

disgustó mucho a Zadig virtud tan jactanciosa.

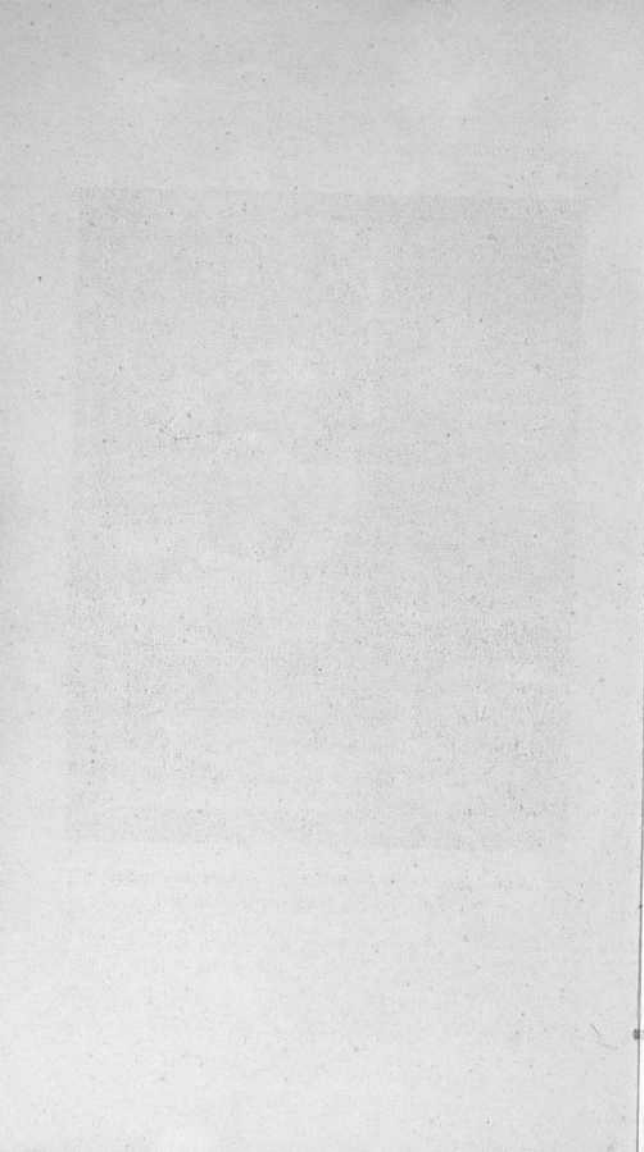
Un amigo suyo, llamado Cador, era uno de los mozos que reputaba Azora por de mayor mérito y probidad que otros; Zadig le fió su secreto, afianzando, en cuanto le fué posible, su fidelidad con cuantiosas dádivas. Después de haber pasado Azora dos días en una quinta de una amiga suya, se volvió a su casa al tercero. Los criados le anunciaron llorando que aquella misma noche se había caído muerto de repente su marido, que no se habían atrevido a llevarle tan mala noticia, y que acababan de enterrar a Zadig en el sepulcro de sus padres al cabo del jardín. Lloraba Azora, mesábase los cabellos y juraba que no quería vivir. Aquella noche pidió Cador licencia para hablar con ella, y lloraron ambos. El siguiente día lloraron menos, y comieron juntos. Fióle Cador que le había dejado su amigo la mayor parte de su caudal, y le dió a entender que su mayor dicha sería poder partirle con ella. Lloró con esto la dama, enojóse y se apaciguó luego; y como la cena fué más larga que la comida, hablaron ambos con más confianza. Hizo Azora el panegírico del difunto, confesando empero que adolecía de ciertos defectillos que en Cador no se hallaban.

En mitad de la cena se quejó Cador de un vehemente dolor en el bazo, y la dama, inquieta y asustada, mandó que le trajeran todas las esencias con que se sahumaba,

para probar si alguna era un remedio contra los dolores de bazo, sintiendo mucho que se hubiera ido ya de Babilonia el sapientísimo Hermes, y dignándose hasta de tocar el lado donde sentía Cador tan fuertes dolores. «¿Suele daros a menudo este dolor tan cruel?, le dijo compasiva.—A dos dedos de la sepultura me pone a veces, le respondió Cador, y no hay más que un remedio para aliviarme, que es aplicarme al costado las narices de un hombre que haya muerto el día antes.—¡Raro remedio! dijo Azora.—No es más raro, respondió Cador, que los cuernos de ciervo que ponen a los niños para preservarlos del mal de ojos.» Esta última razón, con el mucho mérito del mozo, determinaron al cabo a la señora. « Por fin, dijo, si las narices de mi marido son un poco más cortas en la segunda vida que en la primera, no por eso le ha de impedir el paso el ángel Asrael, cuando atraviere el puente Schinavar, para transitar del mundo de ayer al de mañana.» Diciendo esto, cogió una navaja, llegóse al sepulcro de su esposo bañándole en llanto, y se bajó para cortarle las narices; pero Zadig, que estaba tendido en el sepulcro, agarrando con una mano sus narices, y desviando la navaja con la otra, se alzó de repente exclamando: «Otra vez no digas tanto mal de Cosrúa, que la idea de cortarme las narices bien se las puede apostar a la de mudar la corriente de un arroyo.»



La idea de cortarme las narices bien se las puede apostar a la de mudar la corriente de un arroyo.



CAPÍTULO III

EL PERRO Y EL CABALLO

En breve experimentó Zadig que, como dice el libro de Zenda Vesta, si el primer mes de matrimonio es la luna de miel, el segundo es la de acíbar. Vióse muy presto precisado a repudiar a Azora, que se había tornado inaguantable, y procuró ser feliz estudiando la naturaleza. «No hay ser más venturoso, decía, que el filósofo que estudia el gran libro abierto por Dios a los ojos de los hombres. Las verdades que descubre son propiedad suya: sustenta y enaltece su ánimo, y vive con sosiego, sin temor de los demás, y sin que venga su tierna esposa a cortarle las narices.»

Empapado en estas ideas, se retiró a una quinta a orillas del Eufrates, donde no se ocupaba en calcular cuántas pulgadas de agua pasan cada segundo bajo los arcos de un puente, ni si el mes del ratón llueve una línea cúbica de agua más que el del carnero; ni ideaba hacer seda con telarañas, o

porcelana con botellas quebradas; estudiaba, sí, las propiedades de los animales y de las plantas, y en poco tiempo granjeó una sagacidad que le hacía tocar millares de diferencias donde los otros sólo uniformidad veían.

Paseándose un día junto a un bosquecillo, vió venir corriendo un eunuco de la reina, acompañado de varios empleados de palacio: todos parecían llenos de zozobra, y corrían a todas partes como locos que andan buscando lo más precioso que han perdido. «Mancebo, le dijo el principal eunuco, ¿visteis al perro de la reina?» Respondióle Zadig con modestia: «Es perra, que no perro. —Tenéis razón, replicó el primer eunuco. — Es una perra fina, muy chiquita, continuó Zadig, que ha parido poco ha, coja del pie izquierdo delantero y que tiene unas orejas muy largas. —¿Conque la habéis visto?, dijo el primer eunuco fuera de sí. —No por cierto, respondió Zadig; ni la he visto, ni sabía que la reina tuviese perra ninguna.»

Aconteció que por un capricho del acaso se hubiese escapado al mismo tiempo de manos de un palafrenero del rey el mejor caballo de las caballerizas reales, y andaba corriendo por la vega de Babilonia. Iban tras de él el caballerizo mayor y todos sus subalternos con no menos premura que el primer eunuco tras de la perra. Dirigióse el caballerizo a Zadig, preguntándole si había

visto el caballo del rey. «Ese es un caballo, dijo Zadig, que tiene el mejor galope, dos varas de alto, la pezuña muy pequeña, la cola de vara y cuarta de largo; el bocado del freno es de oro de veintitrés quilates, y las herraduras de plata de once dineros. —¿Y por dónde ha ido? ¿Dónde está?, preguntó el caballero mayor. —Ni le he visto, repuso Zadig, ni he oído hablar nunca de él.»

Ni al caballero mayor ni al primer eunuco les quedó duda de que había robado Zadig el caballo del rey y la perra de la reina; condujéronle, pues, a la asamblea del gran Desterham, que le condenó a doscientos azotes y seis años de presidio. No bien hubieron dado la sentencia, cuando parecieron el caballo y la perra, de suerte que se vieron los jueces en la dolorosa precisión de anular la sentencia; condenaron, empero, a Zadig a una multa de cuatrocientas onzas de oro, porque había dicho que no había visto, habiendo visto. Primero pagó la multa, y luego se le permitió defender su pleito ante el consejo del gran Desterham, donde dijo así:

«Astros de justicia, pozos de ciencia, espejos de la verdad, que con la gravedad del plomo unís la dureza del hierro, el brillo del diamante y no poca afinidad con el oro, siéndome permitido hablar ante esta augusta asamblea, juro por Orosmades, que nunca vi ni la respetable perra de la reina, ni el

sagrado caballo del rey de reyes. El suceso ha sido como voy a contar. Andaba paseando por el bosquecillo, donde luego encontré al venerable eunuco y al ilustrísimo caballero mayor. Observé en la arena las huellas de un animal, y fácilmente conocí que era perro chico. Unos surcos largos y ligeros, impresos en montoncillos de arena entre las huellas de las patas, me dieron a conocer que era una perra y que le colgaban las tetas, de donde colegí que había parido pocos días hacía. Otros vestigios en otra dirección, que se dejaban ver siempre al ras de la arena al lado de los pies delanteros, me demostraron que tenía las orejas largas; y como las pisadas de un pie eran menos hondas en la arena que las de los otros tres, saqué por consecuencia que era, si soy osado a decirlo, algo coja la perra de nuestra augusta reina.

«En cuanto al caballo del rey de reyes, la verdad es que paseándome por las veredas de dicho bosque, noté las señales de las herraduras de un caballo, que estaban todas a igual distancia. 'Este caballo, dije, tiene el galope perfecto.' En una senda angosta que no tiene más de dos varas y media de ancho, estaba a izquierda y a derecha barrido el polvo en algunos parajes. 'El caballo, conjeturé yo, tiene una cola de vara y cuarta, que con sus movimientos a derecha y a izquierda ha barrido este polvo.' Debajo de

los árboles que formaban una enramada de dos varas de alto, estaban recién caídas las hojas de las ramas, y conocí que las había dejado caer el caballo, que, por tanto, tenía dos varas. Su freno ha de ser de oro de veintitrés quilates, porque habiendo estregado las cabezas contra una piedra he visto que era piedra de toque y he podido hacer en ella el ensayo. Finalmente, las señales que han dejado las herraduras en piedras de otra especie me han probado que eran de plata de once dineros.»

Quedáronse pasmados todos los jueces con el profundo y sagaz tino de Zadig, y llegó la noticia al rey y a la reina. En antecámaras, salas y gabinetes no se hablaba más que de Zadig, y el rey mandó que se le restituyese la multa de cuatrocientas onzas de oro a que había sido sentenciado, aunque no pocos magos eran de dictamen de quemarle como hechicero. Fueron con mucho aparato a su casa el escribano de la causa, los alguaciles y los procuradores a llevarle sus cuatrocientas onzas, sin guardar por las costas más que trescientas noventa y ocho; verdad es que los escribientes pidieron una gratificación.

Viendo Zadig que era cosa muy peligrosa el saber en demasía, hizo propósito firme de no decir en otra ocasión lo que hubiese visto, y la ocasión no tardó en presentarse. Un reo de Estado se escapó, y pasó por de-

bajo de los balcones de Zadig. Tomáronle declaración a éste, no declaró nada; y habiéndole probado que se había asomado al balcón, por tamaño delito fué condenado a pagar quinientas onzas de oro, y dió las gracias a los jueces por su mucha benignidad, que así era costumbre en Babilonia.

«¡Gran Dios, decía Zadig entre sí, qué desgraciado es quien se pasea en un bosque por donde haya pasado el caballo del rey o la perrita de la reinal ¡Qué de peligros corre quien a su balcón se asoma! ¡Qué cosa tan difícil es ser dichoso en esta vida!»

CAPÍTULO IV

EL ENVIDIOSO

Apeló Zadig a la amistad y a la filosofía para consolarse de los males que le había hecho la fortuna. En un arrabal de Babilonia tenía una casa alhajada con mucho gusto, y allí reunía las artes y las recreaciones dignas de un hombre fino. Por la mañana estaba su biblioteca abierta para todos los sabios, y por la tarde su mesa a personas de buena educación. Pero muy presto echó de ver que era muy peligroso tratar con sabios. Suscitóse una fuerte disputa acerca de una ley de Zoroastro, que prohíbe comer grifo. «¿Cómo está prohibido el grifo, decían unos, si no hay tal animal? —Fuerza es que le haya, decían otros, cuando no quiere Zoroastro que le comamos.» Zadig, por ponerlos conformes, les dijo: «Pues no comamos grifo, si grifos hay; y si no los hay, menos los comeremos, y así obedeceremos a Zoroastro.»

Había un sabio escritor que había com-

puesto una obra en trece tomos, en folio, acerca de las propiedades de los grifos, gran teurgista, que a toda prisa se fué a presentar ante el archimago Drastanés, el más necio, y a consecuencia el más fanático de los caldeos de aquellos remotos tiempos. En honra y gloria del Sol habría éste mandado empalar a Zadig, y rezado luego el breviario de Zoroastro con más devota compunción. Su amigo Cador (que un amigo vale más que un ciento de clérigos) fué a ver al viejo Drastanés, y le dijo así: «Gloria al Sol y a los grifos; nadie toque al pelo a Zadig, que es un santo, y mantiene grifos en su corral, sin comérselos; su acusador sí que es hereje. ¡Pues no ha sustentado que no son ni solípedos ni inmundos los conejos! —Bien, dijo Drastanés, meneando la temblona cabeza: a Zadig se le ha de empalar, porque tiene ideas erróneas sobre los grifos; y al otro, porque ha hablado sin miramiento de los conejos.» Apaciguólo Cador todo por medio de una moza de retrete de palacio, a quien había hecho un chiquillo, la cual tenía mucho influjo con el colegio de los magos, y no empalaron a nadie, cosa que la murmuraron muchos doctores, y por ello pronosticaron la próxima decadencia de Babilonia. Decía Zadig: «¿En qué se cifra la felicidad? Todo me persigue en la tierra, hasta los seres imaginarios.» Y maldiciendo de los sabios, resolvió ceñirse a vivir con la gente fina.

Reuníanse en su casa los sujetos de más fino trato de Babilonia, y las más amables damas; servíanse exquisitas cenas, precedidas las más veces de academias, y que animaban conversaciones amables, en que nadie aspiraba a echarlo de agudo, que es medio certísimo de ser un majadero, y deslustrar la más brillante tertulia. Los platos y los amigos no eran los que escogía la vanagloria, que en todo pretería a la apariencia la realidad, y así se granjeaba una estimación sólida, por eso mismo que menos a ella aspiraba.

Vivía enfrente de su casa un tal Arimazo, sujeto que llevaba la perversidad de su ánimo en la fisonomía grabada: corroíale la envidia y reventaba de vanidad, dejando aparte que era un presumido de saber fastidioso. Como las personas finas se burlaban de él, él se vengaba hablando mal de ellas. Sin dificultad reunía en su casa aduladores, puesto que era rico. Importunábale el ruido de los coches que entraban de noche en casa de Zadig, pero más le enfadaba el de las alabanzas que de él oía. Iba algunas veces a su casa y se sentaba a la mesa, sin que le convidaran, corrompiendo el júbilo de la compañía entera, como dicen que inficionan las arpías los manjares que tocan. Sucedióle un día que quiso dar un banquete a una dama, que en vez de admitirle, se fué a cenar con Zadig; y otra vez, estando ambos

hablando en palacio, se llegó un ministro que convidó a Zadig a cenar y no le dijo nada a Arimazo. En tan flacos cimientos estriban a veces los más crueles enemigos. Este hombre, que apellidaba Babilonia el envidioso, quiso dar al traste con Zadig, porque le llamaban el dichoso. Cien veces al día, dice Zoroastro, se halla ocasión para hacer daño, y para hacer bien apenas una vez al año.

Fuése el envidioso a casa de Zadig, el cual se estaba paseando por sus jardines con dos amigos y una señora a quien decía algunas flores, sin otro ánimo que decirlas. Tratábase de una guerra que acababa de concluir con felicidad el rey contra el príncipe de Hircania, feudatario suyo. Zadig, que en esta corta guerra había dado repetidas pruebas de valor, hacía muchos elogios del rey, y más todavía de la dama. Cogió su libro de memoria y escribió en él cuatro versos de repente, que dió a leer a su hermosa huésped; pero aunque sus amigos le suplicaron que se los leyese, por modestia, o acaso por amor propio muy discreto, no quiso hacerlo: que bien sabía que los versos de repente hechos, sólo son buenos para aquella para quien se hacen. Rasgó, pues, en dos la hoja del librito de memoria en que los había escrito, y tiró los dos pedazos a una enramada de rosales, donde fué en balde buscarlos. Empezó en breve a lloviznar,

y se volvieron todos a los salones; pero el envidioso que se había quedado en el jardín, tanto registró que dió con una mitad de la hoja, la cual de tal manera estaba rasgada, que la mitad de cada verso que llenaba un renglón formaba sentido, y aun un verso corto; y lo más extraño es que, por un acaso todavía más extraordinario, el sentido que formaban los tales versos cortos era una atroz invectiva contra el rey. Leíase en ellos:

Un monstruo detestable
Hoy rige la Caldea
Su trono incontrastable
El poder mismo afea.

Por la vez primera de su vida se creyó feliz el envidioso, teniendo con que perder a un hombre de bien y amable. Embriagado en tan horrible júbilo, dirigió al mismo rey esta sátira escrita de pluma de Zadig, el cual, con sus dos amigos y la dama, fué llevado a la cárcel, y se le formó causa, sin que se dignaran de oírle. Púsose el envidioso, cuando le hubieron sentenciado, en el camino por donde había de pasar, y le dijo que no valían nada sus versos. No lo echaba Zadig de poeta; sentía empero en el alma verse condenado como reo de lesa majestad y dejar dos amigos y una hermosa dama en la cárcel por un delito que no había cometido. No le permitieron alegar nada en su defen-

sa, porque el libro de memoria estaba claro, y que así era estilo en Babilonia. Caminaba, pues, al cadalso, atravesando inmensas filas de gentes curiosas; ninguno se atrevía a condolerse de él, pero sí se agolpaban para examinar qué cara ponía, y si iba a morir con aliento. Sus parientes eran los únicos afligidos, porque no heredaban, habiéndose confiscado las tres cuartas partes de su caudal a beneficio del erario, y la restante al del envidioso.

Mientras que se estaba disponiendo a morir, se voló del balcón el loro del rey, y fué a posarse en los rosales del jardín de Zadig. Había derribado el viento un melocotón de un árbol inmediato, que había caído sobre un pedazo de un librito de memoria escrito, y se le había pegado. Agarró el loro el melocotón con lo escrito y se lo llevó todo a las rodillas del rey. Curioso éste leyó unas palabras que no significaban nada y parecían fines de verso. Como era aficionado a la poesía, y que siempre se puede sacar algo con los príncipes que gustan de coplas, le dió en qué pensar la aventura del papagayo. Acordándose entonces la reina de lo que había en el trozo del libro de memoria de Zadig hizo que se lo trajesen, confrontaron los dos fragmentos que ajustaban perfectamente: los versos leídos como él los había escrito, eran los siguientes:

Un monstruo detestable es la sangrienta guerra;
Hoy rige la Caldea en paz el rey sin sustos;
Su trono incontrastable amor tiene en la tierra;
El poder mismo afea quien no goza sus gustos.

Al punto mandó el rey que trajeran a Zadig a su presencia y que sacaran de la cárcel a sus dos amigos y a la hermosa dama. Postróse el rostro por el suelo Zadig a las plantas del rey y la reina; pidióles rendidamente perdón por los malos versos que había compuesto, y habló con tal donaire, tino y agudeza, que los monarcas quisieron volver a verle: volvió y gustó más. Le adjudicaron los bienes del envidioso que injustamente le había acusado: Zadig se los restituyó todos, y el único afecto del corazón de su acusador fué el gozo de no perder lo que tenía. De día en día se aumentaba el aprecio que el rey de Zadig hacía: convidábale a todas sus recreaciones y le consultaba en todos asuntos. Desde entonces la reina empezó a mirarle con una complacencia que podía acarrear graves peligros a ella, a su augusto esposo, a Zadig y al reino entero, y Zadig a creer que no es cosa tan dificultosa vivir feliz.

CAPÍTULO V

LOS GENEROSOS

Vino la época de la celebración de una solemne fiesta que se hacía cada cinco años, porque era estilo en Babilonia declarar con solemnidad, al cabo de cinco años, cuál de los ciudadanos había hecho la más generosa acción. Los jueces eran los grandes y los magos. Exponía el primer sátrapa, encargado del gobierno de la ciudad, las acciones más ilustres hechas en el tiempo de su gobierno; los jueces votaban y él pronunciaba la decisión. De los extremos de la tierra acudían espectadores a esta solemnidad. Recibía el vencedor de manos del monarca una copa de oro guarnecida de piedras preciosas y le decía el rey estas palabras: *Recibid este premio de la generosidad y ojalá me concedan los dioses muchos vasallos que a vos se parezcan.*

Llegado este memorable día, se dejó ver el rey en su trono, rodeado de grandes, magos y diputados de todas las naciones,

que venían a unos juegos donde no con la ligereza de los caballos ni con la fuerza corporal, sino con la virtud, se granjeaba la gloria. Recitó en voz alta el satrapa las acciones por las cuales podían sus autores merecer el inestimable premio; y no habló siquiera de la magnanimidad con que había restituído Zadig todo su caudal al envidioso, que no era esta acción que mereciera disputar el premio.

Primero presentó a un juez que habiendo, en virtud de una equivocación de que no era responsable, fallado un pleito importante contra un ciudadano, le había dado todo su caudal, que era lo equivalente de la pérdida del litigante.

Luego produjo un mancebo, que perdido de amor por una doncella, con quien se iba a casar, se la cedió no obstante a un amigo suyo, que estaba a la muerte por amores de la misma, y dotó la doncella.

Hizo luego comparecer a un militar que en la guerra de Hircania había dado ejemplo todavía de mayor generosidad. Llevábase a su amada unos soldados enemigos, y mientras la estaba defendiendo contra ellos, le vinieron a decir que otros hircanos se llevaban de allí cerca a su madre, y abandonó llorando a su querida por libertar a la madre. Cuando volvió a tomar la defensa de su dama, la encontró expirando, y se quiso dar la muerte; pero se le representó su ma-

dre, que no tenía más apoyo que él, y tuvo ánimo para sufrir la vida.

Inclinábanse los jueces por este soldado; pero el rey, tomando la palabra, dijo: «Acción es noble la suya, y también lo son las de los otros, pero no me pasman; y ayer hizo Zadig una que me ha pasmado. Pocos días ha que ha caído de mi gracia Coreb, mi ministro y valido. Quejábame de él con vehemencia, y todos los palaciegos me decían que era yo demasiadamente misericordioso; todos decían a porfía mal de Coreb. Pregunté su dictamen a Zadig, y se atrevió a alabarle. Confieso que en nuestras historias he visto ejemplos de haber pagado un yerro con su caudal, cedido su dama, o antepuesto su madre al objeto de su amor; pero nunca he leído que un palaciego haya dicho bien de un ministro caído con quien estaba enojado su soberano. A cada uno de aquellos cuyas acciones se han recitado, le doy veinte mil monedas de oro; pero la copa se la doy a Zadig. —Señor, replicó éste, Vuestra Majestad es el único que la merece, y quien ha hecho la más inaudita acción, pues siendo rey no se ha indignado contra su esclavo, que contradecía su pasión.»

Todos celebraron admirados al rey y a Zadig. Recibieron las dádivas del monarca el juez que había dado su caudal, el amante que había casado a su amada con su amigo, y el soldado que antes quiso librar a su ma-

dre que a su dama, y Zadig obtuvo la copa. Granjeóse el rey la reputación de buen príncipe, que no conservó mucho tiempo; y se consagró el día con fiestas que duraron más de lo que prescribía la ley, conservándose aún su memoria en el Asia. Decía Zadig: ¡Conque en fin soy feliz! Pero Zadig se engañaba.

CAPÍTULO VI

EL MINISTRO

Habiendo perdido el rey a su primer ministro, escogió a Zadig para desempeñar este cargo. Todas las hermosas damas de Babilonia aplaudieron esta elección, porque nunca había habido ministro tan mozo desde la fundación del imperio: todos los palaciegos la sintieron; al envidioso le dió un vómito de sangre, y se le hincharon extraordinariamente las narices. Dió Zadig las gracias al rey y a la reina y fué luego a dárselas al loro. «Precioso pájaro, le dijo, tú has sido quien me has librado la vida, y quien me has hecho primer ministro. Mucho mal me habían hecho la perra y el caballo de Sus Majestades, pero tú me has hecho mucho bien. ¡En qué cosas estriba la suerte de los humanos! Pero puede ser que mi dicha se desvanezca dentro de pocos instantes.» El loro respondió: *antes*. Dió golpe a Zadig esta palabra; aunque, a fuer de buen físico, que no creía que fuesen los loros profetas, se sosegó luego

y empezó a servir su cargo lo mejor que supo.

Hizo que a todo el mundo alcanzara el sagrado poder de las leyes, y que a ninguno abrumara el peso de su dignidad. No impidió la libertad de votos en el diván, y cada visir podía, sin disgustarle, exponer su dictamen. Cuando fallaba de un asunto, la ley, no él, era quien fallaba; pero cuando ésta era muy severa, la suavizaba; y cuando faltaba ley, la hacía su equidad tal, que se hubiera podido atribuir a Zoroastro.

El fué quien dejó vinculado en las naciones el gran principio de que vale más liberar un reo que condenar un inocente. Pensaba que era destino de las leyes no menos socorrer a los ciudadanos que amedrentarlos. Cifrábase su principal habilidad en desenmarañar la verdad que procuran todos obscurecer. Sirvióse de esta habilidad desde los primeros días de su administración. Había muerto en las Indias un comerciante muy nombrado de Babilonia; habiendo dejado su caudal por iguales partes a sus dos hijos, después de dotar a su hija, dejaba además un legado de treinta mil monedas de oro a aquel de sus hijos que se decidiese que le había querido más. El mayor le erigió un sepulcro, y el menor dió a su hermana parte de su herencia en aumento de su dote. La gente decía: «El mayor quería más a su padre, y el menor quiere más a su her-

mana: las treinta mil monedas se deben dar al mayor.»

Llamó Zadig sucesivamente a los dos, y le dijo al mayor: «No ha muerto vuestro padre, que ha sanado de su última enfermedad, y vuelve a Babilonia. —Loado sea Dios, respondió el mancebo; pero su sepulcro me había costado harto caro.» Lo mismo dijo luego Zadig al menor. «Loado sea Dios, respondió; voy a restituir a mi padre todo cuanto tengo; pero quisiera que dejase a mi hermana lo que le ha dado. —No restituiréis nada, dijo Zadig, y se os darán las treinta mil monedas, que vos sois el que más a vuestro padre queráis.»

Había dado una doncella muy rica palabra de matrimonio a dos magos, y después de haber recibido algunos meses instrucciones de ambos, se encontró encinta. Ambos querían casarse con ella. La doncella dijo que sería su marido el que la había puesto en estado de dar un ciudadano al imperio. Uno decía: «Yo he sido quien ha hecho esta buena obra.» El otro: «No, que soy yo quien ha tenido tanta dicha. —Está bien, respondió la doncella, reconozco por padre de la criatura el que le pueda dar mejor educación.» Parió un chico, y quiso educarlo uno y otro mago. Llevada la instancia ante Zadig, los llamó a entrambos, y dijo al primero: «¿Qué has de enseñar a tu alumno? —Enseñaréle, respondió el doctor, las ocho

partes de la oración, la dialéctica, la astrología, la demonología, qué cosa es la substancia y el accidente, lo abstracto y lo concreto, las mónadas y la armonía preestablecida. —Pues yo, dijo el segundo, procuraré hacerle justo y digno de tener amigos.» Zadig falló: *Ora seas o no su padre, tú te casarás con su madre.*

Todos los días venían quejas a la corte contra el Itimadulet de Media, llamado Irax, gran potentado, que no era de perversa índole, pero que la vanidad y el deleite le habían estragado. Raras veces permitía que le hablasen, y nunca que se atreviesen a contradecirle. No son tan vanos los pavones, ni más voluptuosas las palomas, ni menos perezosos los galápagos; sólo respiraba vanagloria y deleites vanos.

Probóse Zadig a corregirle, y le envió de parte del rey un maestro de música, con doce cantores y veinticuatro violines, un mayordomo con seis cocineros y cuatro gentiles hombres, que no le dejaban nunca. Decía la orden del rey que se siguiese puntualísimamente el siguiente ceremonial como aquí se pone:

El día primero, así que despertó el voluptuoso Irax, entró el maestro de música acompañado de los cantores y violines, y cantaron una cantata que duró dos horas, y de tres en tres minutos era el estribillo;

¡Cuánto merecimentol
 ¡Qué gracia, qué nobleza!
 ¡Qué ufano, qué contento
 debe estar de sí propio Su Grandeza!

Concluída la cantata, le recitó un gentil-hombre una arenga que duró tres cuartos de hora, pintándole como un dechado perfecto de cuantas prendas le faltaban, y, acabada, le llevaron a la mesa al toque de los instrumentos. Duró tres horas la comida; y así que abría la boca para decir algo, exclamaba el gentilhombre: «Su Excelencia tendrá razón.» Apenas decía cuatro palabras, interrumpía el segundo gentilhombre, diciendo: «Su Excelencia tiene razón.» Los otros dos soltaban la carcajada en aplauso de los chistes que había dicho o debido decir Irax. Servidos que fueron los postres, se repitió la cantata.

Parecióle delicioso el primer día, y quedó persuadido de que le honraba el rey de reyes conforme a su mérito. El segundo le fué algo menos grato; el tercero estuvo incomodado; el cuarto no le pudo aguantar; el quinto fué un tormento; finalmente, aburrido de oír cantar sin cesar: *¡qué ufano, qué contento debe estar de sí propio Su Grandeza!*, de que siempre le dijeran que tenía razón, y de que le repitieran la misma arenga todos los días a la propia hora, escribió a la corte suplicando al rey que fuese dignado

de llamar a sus gentiles hombres, sus músicos y su mayordomo, prometiendo tener más aplicación y menos fiestas, y fué más feliz, porque, como dice el Sadder, «sin cesar placeres no son placeres.»

CAPÍTULO VII

DISPUTAS Y AUDIENCIAS

De este modo acreditaba Zadig cada día su agudo ingenio y su buen corazón; todos le miraban con admiración y le amaban empero. Era reputado el más venturoso de los hombres; lleno estaba todo el imperio de su nombre; guiñábanle a hurtadillas todas las mujeres; ensalzaban su justificación los ciudadanos todos; los sabios le miraban como un oráculo, y hasta los mismos magos confesaban que sabía más que el viejo archimago Siara, tan lejos entonces de formarle causa acerca de los grifos, que sólo se creía lo que a él le parecía creíble.

Reinaba de mil quinientos años atrás una gran contienda en Babilonia, que tenía dividido el imperio en dos irreconciliables sectas: la una sustentaba que siempre se debía entrar en el templo de Mitras el pie izquierdo por delante, y la otra miraba con abominación semejante estilo, y llevaba siempre el pie derecho delantero. Todo el mundo

aguardaba con ansia el día de la fiesta solemne del fuego sagrado, para saber qué secta favorecía Zadig: todos tenían clavados los ojos en sus dos pies, toda la ciudad estaba suspensa y agitada. Entró Zadig en el templo saltando a piejuntillas, y luego en un elocuente discurso hizo ver que el Dios del cielo y la tierra, que no mira con privilegio a nadie, el mismo caso hace del pie izquierdo que del derecho. Dijo el envidioso y su mujer que no había suficientes figuras en su arenga, donde no se veían bailar las montañas ni las colinas. Decían que no había en ella ni jugo ni talento, que no se veía la mar ahuyentada, las estrellas por tierra, y el sol derretido como cera virgen; por fin, que no estaba en buen estilo oriental. Zadig no aspiraba más que a que fuese su estilo el de la razón. Todo el mundo se declaró en su favor; no porque estaba en el camino de la verdad, ni porque era discreto, ni porque era amable, sino porque era primer visir.

No dió menos felice cima a otro intrincadísimo pleito de los magos blancos con los negros. Los blancos decían que era impiedad dirigirse al Oriente del invierno, cuando los fieles oraban a Dios; y los negros afirmaban que miraba Dios con horror a los hombres que se dirigían al Poniente del verano. Zadig mandó que se volviera cada uno hacia donde quisiese.

Encontró medio para despachar por la

mañana los asuntos particulares y generales, y lo demás del día se ocupaba en hermosear a Babilonia. Hacía representar tragedias para llorar, y comedias para reír; cosa que había dejado de estilarse mucho tiempo hacía, y que él restableció, porque era sujeto de gusto fino. No tenía la manía de entender más que los peritos en las artes, los cuales los remuneraba con dádivas y condecoraciones, sin envidiar en secreto su habilidad. Por la noche divertía mucho al rey, y más a la reina. Decía el rey: «¡Qué gran ministro!» y la reina: «¡Qué amable ministro!» y ambos añadían: «Lástima fuera que le hubieran ahorcado.»

Nunca otro en tan alto cargo se vió precisado a dar tantas audiencias a las damas; las más venían a hablarle de algún negocio que no les importaba, para probarse a hacerle con él. Una de las primeras que se presentó fué la mujer del envidioso, jurándole por Mitras, por Zenda Vesta, y por el fuego sagrado, que siempre había mirado con detestación la conducta de su marido. Luego le fió que era el tal marido celoso y mal criado, y le dió a entender que le castigaban los dioses privándole de los preciosos efectos de aquel sacro fuego, el único que hace a los hombres semejantes a los inmortales; por fin dejó caer una liga. Cogióla Zadig con su acostumbrada cortesanía, pero no se la ató a la dama a la pierna; y este

leve yerro, si por tal puede tenerse, fué origen de las desventuras más horrendas. Zadig no pensó en ello, pero la mujer del envidioso pensó más de lo que decirse puede.

Cada día se le presentaban nuevas damas. Aseguran los anales secretos de Babilonia, que cayó una vez en la tentación, pero que quedó pasmado de gozar sin deleite, y de tener su dama en sus brazos distraído. Era aquella a quien sin pensar dió pruebas de su protección, una camarista de la reina Astarté. Por consolarse decía para sí esta enamorada babilonia: «Menester es que tenga este hombre atestada la cabeza de negocios, pues aun en el lance de gozar de su amor piensa en ellos.» Escapósele a Zadig en aquellos instantes en que los más no dicen palabra, o sólo dicen palabras sagradas, clamar de repente: *la reina*, y creyó la babilonia que vuelto en sí en un instante delicioso le había dicho *reina mía*. Mas Zadig, distraído siempre, pronunció el nombre de Astarté; y la dama, que en tan feliz situación todo lo interpretaba a su favor, se figuró que quería decir que era más hermosa que la reina Astarté. Salió del serrallo de Zadig habiendo recibido espléndidos regalos, y fué a contar esta aventura a la envidiosa, que era su íntima amiga, la cual quedó penetrada de dolor por la preferencia. «Ni siquiera se ha dignado, decía, de atarme esta malhadada liga, que no quiero que me vuelva a servir. — ¡Ah,

ah! dijo la afortunada a la envidiosa, las mismas ligas lleváis que la reina; ¿las tomáis en la misma tienda?» Sumióse en sus ideas la envidiosa, no respondió, y se fué a consultar con el envidioso de su marido.

Entretanto Zadig conocía que estaba distraído cuando daba audiencia, y cuando juzgaba; y no sabía a qué atribuirlo; ésta era su única pesadumbre.

Soñó una noche que estaba acostado primero encima de unas hierbas secas, entre las cuales había algunas punzantes que le incomodaban; que luego reposaba blandamente sobre un lecho de rosas, del cual salía una sierpe que con su venenosa y acerdada lengua le hería el corazón. «¡Ay! decía, mucho tiempo he estado acostado encima de las secas y punzantes hierbas; ahora lo estoy en el lecho de rosas: mas ¿cuál será la serpiente?»

CAPÍTULO VIII

LOS CELOS

De su misma dicha vino la desgracia de Zadig, pero más aún de su mérito. Todos los días conversaba con el rey y con su augusta esposa Astarté, y aumentaba el embeleso de su conversación aquel deseo de gustar que, con respecto al entendimiento, es como el arreo a la hermosura; y poco a poco hicieron su mocedad y sus gracias una impresión en Astarté, que a los principios no conoció ella propia. Crecía esta pasión en el regazo de la inocencia, abandonándose Astarté, sin escrúpulo ni recelo, al gusto de ver y de oír a un hombre amado de su esposo y del reino entero. Alabábasele sin cesar al rey, hablaba de él con sus damas, que ponderaban más aún sus prendas, y todo así ahondaba en su pecho la flecha que no sentía. Hacía regalos a Zadig, en que tenía más parte el amor de lo que ella se pensaba; y muchas veces, cuando se figuraba que le hablaba como reina satisfe-

cha, se expresaba como mujer enamorada.

Mucho más hermosa era Astarté que la Semira que tanta ojeriza tenía con los tuer-tos, y que la otra que había querido cortar a su esposo las narices. Con la llaneza de Astarté, con sus tiernas razones de que empezaba a sonrojarse, con sus miradas que procuraba apartar de él, y que en las suyas se clavaban, se encendió en el pecho de Zadig un fuego que a él propio le pasmaba. Combatió, llamó a su auxilio la filosofía, que siempre le había socorrido; pero ésta ni alumbró su entendimiento, ni alivió su ánimo. Ofrecíanse ante él, como otros tantos dioses vengadores, la obligación, la gratitud, la majestad suprema violadas: combatía y vencía; pero una victoria a cada instante disputada le costaba lágrimas y suspiros. Ya no se atrevía a conversar con la reina con aquella serena libertad que tanto a entrambos había embelesado; cubríanse de una nube sus ojos; eran sus razones confusas y mal hiladas; bajaba los ojos, y cuando involuntariamente en Astarté los ponía, encontraba los suyos bañados de lágrimas, de donde salían inflamados rayos. Parece que se decían uno a otro: «Nos adoramos y tememos amarnos; ambos ardemos en un fuego que condenamos.»

De la conversación de la reina salía Zadig fuera de sí, desatentado, y como abrumado con una carga con la cual no podía. En me-

dio de la violencia de su agitación, dejó que su amigo Cador columbrara su secreto, como uno que habiendo largo tiempo aguantado las punzadas de un vehemente dolor, descubre al fin su dolencia por un grito lastimero, que vencido de sus tormentos levanta, y por el sudor frío que por su semblante corre.

Díjole Cador: «Ya había yo distinguido los afectos que de vos mismo os esforzabais a ocultar, que tienen las pasiones señales infalibles, y si yo he leído en vuestro corazón, contemplad, amado Zadig, si descubrirá el rey un amor que le agravia; él, que no tiene otro defecto que ser el más celoso de los mortales. Vos resistís a vuestra pasión con más vigor que combate Astarté la suya, porque sois filósofo y sois Zadig. Astarté es mujer, y eso más deja que se expliquen sus ojos con imprudencia que no piensa ser culpada: satisfecha por desgracia con su inocencia, no se cura de las apariencias necesarias. Mientras que no le remuerda en nada la conciencia, tendré miedo de que se pierda. Si ambos estuvieseis acordes, frustraríais los ojos más lince: una pasión en su cuna y contrarrestada rompe afuera; el amor satisfecho se sabe ocultar.» Estremeciéndose Zadig con la propuesta de engañar al monarca su bienhechor, y nunca fué más fiel a su príncipe que cuando culpado de un involuntario delito. En tanto la reina repetía con tal frecuencia el nombre de Zadig; colorábanse de

manera sus mejillas al pronunciarle; cuando le hablaba delante del rey, estaba unas veces tan animada y otras tan confusa; parábase tan pensativa cuando se iba, que turbado el rey creyó todo cuanto veía, y se figuró lo que no veía. Observó sobre todo que las babuchas de su mujer eran azules, y azules las de Zadig; que los lazos de su mujer eran pajizos, y pajizo el turbante de Zadig; tremendos indicios para un príncipe delicado. En breve se tornaron en su ánimo exasperado en certeza las sospechas.

Los esclavos de los reyes y las reinas son otros tantos espías de sus más escondidos afectos, y en breve descubrieron que estaba Astarté enamorada y Moabdar celoso. Persuadió el envidioso a la envidiosa a que enviara al rey su liga que se parecía a la de la reina, y, para mayor desgracia, era azul dicha liga. El monarca sólo pensó entonces en el modo de vengarse. Una noche se resolvió a dar un veneno a la reina y a enviar un lazo a Zadig al rayar del alba, y dió esta orden a un despiadado eunuco, ejecutor de sus venganzas. Hallábase a la sazón en el aposento del rey un enanillo mudo, pero no sordo, que dejaban allí como un animalito doméstico, y era testigo de los más recónditos secretos. Era el tal mudo muy afecto a la reina y a Zadig, y escuchó con no menos asombro que horror dar la orden de matarlos a ambos. Mas ¿cómo ha-

ría para precaver la ejecución de tan espantosa orden, que se iba a cumplir dentro de pocas horas? No sabía escribir, pero sí pintar, y especialmente retratar al vivo los objetos. Una parte de la noche la pasó dibujando lo que quería supiera la reina: representaba su dibujo, en un rincón del cuadro, al rey enfurecido dando órdenes a su eunuco; en otro rincón una cuerda azul y un vaso sobre una mesa con unas ligas azules y unas cintas pajizas, y en medio del cuadro la reina moribunda en brazos de sus damas, y a sus plantas Zadig ahorcado. Figuraba el horizonte el nacimiento del sol, como para denotar que esta horrenda catástrofe debía ejecutarse al rayar de la aurora. Luego que hubo acabado, se fué corriendo al aposento de una dama de Astarté, la despertó y le dijo por señas que era menester que llevara al instante aquel cuadro a la reina.

Hete, pues, que a media noche llaman a la puerta de Zadig, le despiertan y le entregan una esquila de la reina: dudando Zadig si es sueño, rompe el nema con trémula mano. ¡Qué pasmo no fué el suyo, ni quién puede pintar la consternación y el horror que le sobrecogieron, cuando leyó las siguientes palabras!: *Huid sin tardanza, o van a quitaros la vida. Huid, Zadig, que yo os lo mando en nombre de nuestro amor y de mis cintas pajizas. No era culpada, pero veo que voy a morir delincuente.*

Apenas tuvo Zadig fuerza para articular una palabra. Mandó llamar a Cador, y sin decirle nada le dió la esquela; y Cador le forzó a que obedeciese y a que tomase sin detenerse el camino de Menfis. «Si os aventuráis a ir a ver a la reina, le dijo, aceleráis su muerte, y si habláis con el rey también es perdida. Yo me encargo de su suerte, seguid vos la vuestra; esparciré la voz de que os habéis encaminado hacia la India, iré pronto a buscaros y os diré lo que hubiere sucedido en Babilonia.»

Sin perder un minuto, hizo Cador llevar a una salida excusada de palacio dos dromedarios ensillados de los más andariegos; en uno montó Zadig, que no se podía tener y estaba a punto de muerte, y en otro el único criado que le acompañaba. A poco rato Cador, sumido en dolor y asombro, perdió a su amigo de vista.

Llegó el ilustre prófugo a la cima de un collado de donde se descubría a Babilonia, y clavando los ojos en el palacio de la reina se cayó desmayado. Cuando recobró el sentido, vertió abundante llanto, invocando la muerte. Al fin, después de haber lamentado la deplorable estrella de la más amable de las mujeres y la primera reina del mundo, reflexionando un instante en su propia suerte, dijo: «¡Válame Dios y lo que es la vida humana! ¡Oh virtud, para qué me has valido! Indignamente me han engañado dos muje-

res, y la tercera, que no es culpada y es más hermosa que las otras, va a morir. Todo cuanto bien he hecho ha sido un manantial de maldiciones para mí; y si me he visto exaltado al ápice de la grandeza, ha sido para despeñarme en la más honda cima de la desventura. Si, como tantos, hubiera sido malo, sería como ellos dichoso.» Abrumado con tan fatales ideas, cubiertos los ojos de un velo de dolor, pálido de color de muerte el semblante, y sumido el ánimo en el abismo de una tenebrosa desesperación, siguió su viaje hacia el Egipto.

CAPÍTULO IX

LA MUJER APORREADA

Encaminábase Zadig en la dirección de las estrellas y le guiaban la constelación de Orión y el luciente astro de Sirio hacia el polo de Canopo. Contemplaba admirado estos vastos globos de luz que parecen imperceptibles chispas a nuestra vista, al paso que la tierra, que realmente es un punto infinitamente pequeño en la naturaleza, la mira nuestra codicia como tan grande y tan noble. Representábase entonces a los hombres como realmente son, unos insectos que unos a otros se devoran sobre un mezquino átomo de cieno, imagen verdadera que acallaba al parecer sus cuitas, retratándole la nada de su ser y de Babilonia misma. Lanzábase su ánimo en lo infinito, y desprendido de sus sentidos contemplaba el inmutable orden del universo. Mas cuando luego, tornando en sí, y entrando dentro de su corazón, pensaba en Astarté, muerta acaso a causa de él, todo el universo desaparecía y no veía más

que a la moribunda Astarté y al malhadado Zadig.

Agitado de este flujo y reflujo de sublime filosofía y de acerbo duelo, caminaba hacia las fronteras de Egipto, y ya había llegado su fiel criado al primer pueblo y le buscaba alojamiento. Paseábase en tanto Zadig por los jardines que ornaban las inmediaciones del lugar, cuando a corta distancia del camino real vió una mujer llorando que invocaba cielos y tierra en su auxilio, y un hombre enfurecido en seguimiento suyo. Alcanzábala ya; abrazaba ella sus rodillas y el hombre la cargaba de golpes y denuestos. Por la saña del egipcio y los reiterados perdones que le pedía la dama, coligió que él era celoso y ella infiel; pero habiendo contemplado a la mujer, que era una beldad peregrina, y que además se parecía algo a la desventurada Astarté, se sintió movido de compasión en favor de ella y de horror contra el egipcio. «Socorredme, exclamó la dama a Zadig entre sollozos, y sacadme del poder del más inhumano de los mortales; libradme la vida.»

Oyendo estas voces fué Zadig a interponerse entre ella y este cruel. Entendía algo la lengua egipcia, y le dijo en este idioma: «Si tenéis humanidad, ruégoos que respetéis la flaqueza y la hermosura. ¿Cómo agraviáis un dechado de perfecciones de la naturaleza postrado a vuestras plantas, sin

más defensa que sus lágrimas? — ¡Ah, ah, le dijo el hombre colérico: ¿conque también tú la quieres? Pues en ti me voy a vengar.» Dichas estas razones, deja a la dama que tenía asida por los cabellos, y cogiendo la lanza va a pasársela por el pecho al extranjero. Éste, que estaba sosegado, paró con facilidad el encuentro de aquel frenético, agarrando la lanza por junto al hierro de que estaba armada. Forcejeando uno por retirarla y otro por quitársela, se hizo pedazos. Saca entonces el egipcio su espada, ármase Zadig con la suya, y se embisten uno a otro. Da aquél mil precipitados golpes; páralos éste con maña; y la dama sentada sobre el césped los mira, y compone su vestido y su tocado. Era el egipcio más forzado que su contrario; pero Zadig era más mañoso; éste peleaba como un hombre que guiaba el brazo por su inteligencia y aquél como un loco que ciego con los arrebatos de su saña le movía a la aventura. Va Zadig a él, le desarma, y cuando más enfurecido el egipcio se quiere tirar a él, le agarra, le aprieta entre sus brazos, le derriba por tierra, y poniéndole la espada al pecho, le quiere dejar la vida. Desatinado el egipcio saca un puñal y hiere a Zadig, cuando vencedor éste le perdonaba; y Zadig, indignado, le pasa con su espada el corazón. Lanza el egipcio un horrendo grito y muere convulso y desesperado.

Volvióse entonces Zadig a la dama y con voz rendida le dijo: «Me ha forzado a que le mate; ya estáis vengada y libre del hombre más furibundo que he visto; ¿qué queréis, señora, que haga? —Que mueras, infame, replicó ella, que has quitado la vida a mi amante; ¡ojalá pudiera yo despedazarte el corazón! —Por cierto, señora, respondió Zadig, que era raro sujeto vuestro amante; os aporreaba con todas sus fuerzas, y me quería dar la muerte porque me habíais suplicado que os socorriese. —¡Pluguiera al cielo, repuso la dama en descompasados gritos, que me estuviera aporreando todavía, que bien me lo tenía merecido, por haberle dado celos! ¡Pluguiera al cielo, repito, que él me aporreara y que estuvieras tú como él!» Más pasmado y más enojado Zadig que nunca en toda su vida, le dijo: «Bien merecierais, puesto que sois linda, que os aporreara yo como él hacía: tanta es vuestra locura; pero no me tomaré ese trabajo.» Subió luego en su camello y se encaminó al pueblo. Pocos pasos había andado, cuando volvió la cara al ruido que metían cuatro correos de Babilonia, que a carrera tendida venían. Dijo uno de ellos al ver a la mujer: «Ésta misma es, que se parece a las señas que nos han dado»; y sin curarse del muerto, echaron mano de la dama. Daba ésta gritos a Zadig, diciendo: «Socorredme, generoso extranjero; perdonadme si os he agraviado; socorredme y soy vues-

tra hasta el sepulcro.» Pero a Zadig se le había pasado la manía de pelear otra vez por favorecerla. «Para el tonto, respondió, que se dejare engañar.»

Además estaba herido, iba perdiendo la sangre, necesitaba de que le diesen socorro, y le asustaba la vista de los cuatro babilonios despachados, según toda apariencia, por el rey Moabdar. Aguijó, pues, el paso hacia el lugar, no pudiendo atinar por qué venían cuatro correos de Babilonia a prender a esta egipcia, pero más pasmado todavía de la condición de la tal dama.

CAPÍTULO X

LA ESCLAVITUD

Entrando en la aldea egipcia, se vió cercado de gente que decía a gritos: «Éste es el robador de la hermosa Misuf, y el que acaba de asesinar a Cletofis. —Señores, les respondió, líbreme Dios de robar en mi vida a vuestra hermosa Misuf, que es antojadiza en demasía; y a ese Cletofis no le he asesinado, sino que me he defendido de él, porque me quería matar, por haberle rendidamente suplicado que perdonase a la hermosa Misuf, a quien daba desaforados golpes. Yo soy extranjero, vengo a refugiarme en Egipto; y no es presumible que uno que viene a pedir vuestro amparo, empiece robando a una mujer y asesinando a un hombre.»

Eran en aquel tiempo los egipcios justos y humanos. Condujo la gente a Zadig a la casa de cabildo, donde primero le curaron la herida, y luego tomaron separadamente declaración a él y a su criado para averi-

guar la verdad, de la cual resultó notorio que no era asesino; pero habiendo derramado la sangre de un hombre, le condenaba la ley a ser esclavo. Vendiéronse en beneficio del pueblo los dos camellos, y se repartió entre los vecinos todo el oro que traía; él mismo fué puesto a pública subasta en la plaza del mercado, junto con su compañero de viaje, y se remató la venta en un mercader árabe, llamado Setoc; pero como el criado era más apto para la faena que el amo, fué vendido mucho más caro, porque no había comparación entre uno y otro. Fué, pues, esclavo Zadig, y subordinado a su propio criado: atáronlos juntos con un grillete, y en este estado siguieron a su casa al mercader árabe. En el camino consolaba Zadig a su criado exhortándole a tener paciencia, y haciendo, según acostumbraba, reflexiones sobre las humanas vicisitudes. «Bien veo que la fatalidad de mi estrella se ha comunicado a la tuya. Hasta ahora todas mis cosas han tomado raro giro; me han condenado a una multa por haber visto pasar una perra; ha estado en poco que me empalaran por un grifo; he sido condenado a muerte por haber compuesto unos versos en alabanza del rey; me he huído a uña de caballo de la horca porque gastaba la reina cintas amarillas, y ahora soy esclavo contigo porque un zafio ha aporreado a su dama. Vamos, no perdamos

ánimo, que acaso todo esto tendrá fin: fuerza es que los mercaderes árabes tengan esclavos; ¿y por qué no lo he de ser yo lo mismo que otro? No ha de ser ningún inhumano este mercader; si quiere sacar fruto de las faenas de sus esclavos, menester es que los trate bien.» Así decía, y en lo interior de su corazón no pensaba más que en el destino de la reina de Babilonia.

Dos días después partió el mercader Setoc con sus esclavos y sus camellos a la Arabia desierta. Residía su tribu en el desierto de Oreb, y era arduo y largo el camino. Durante la marcha hacía Setoc mucho más aprecio del criado que del amo, y le daba mucho mejor trato, porque sabía cargar más bien los camellos. Dos jornadas de Oreb murió un camello, y la carga se repartió sobre los hombros de los esclavos, cabiéndole su parte a Zadig. Echóse a reir Setoc al ver que todos iban encorvados, y se tomó Zadig la libertad de explicarle la razón, enseñándole las leyes del equilibrio. Pasmado el mercader le empezó a tratar con más miramiento, y viendo Zadig que había despertado su curiosidad, se la aumentó instruyéndole de varias cosas que no eran ajenas de su comercio: de la gravedad específica de los metales y otras materias en igual volumen, de las propiedades de muchos animales útiles, y de los medios de sacar fruto de los que no lo eran; por fin le pareció un

sabio, y en adelante le apreció en más que a su camarada que tanto había estimado, le dió buen trato y le salió bien la cuenta.

Así que llegó Setoc a su tribu, reclamó de un hebreo quinientas onzas de plata que le había prestado a presencia de dos testigos; pero habían muerto ambos, y el hebreo, que no podía ser convencido, se guardaba la plata del mercader, dando gracias a Dios porque le había proporcionado modo de engañar a un árabe. Comunicó Setoc el negocio con Zadig, de quien había hecho su consejero. «¿En qué sitio, preguntó Zadig, prestásteis vuestras quinientas onzas a ese infiel? —Sobre una gran piedra, contestó el comerciante, que está pié del monte Horeb. —¿Qué condición tiene vuestro deudor? le dijo Zadig. —La condición de un bribón, replicó Setoc. —Lo que yo pregunto es si es vivo o flemático, imprudente o discreto. —De cuantos malos pagadores conozco, dijo Setoc, es el más vivo. —Está bien, repuso Zadig, permitidme que abogue yo en vuestra demanda ante el juez.» Con efecto, citó el tribunal al hebreo, y habló al juez en estos términos: «Almohada del trono de equidad, yo soy venido para reclamar, en nombre de mi amo, quinientas onzas de plata que prestó a este hombre y que no le quiere pagar. —¿Tenéis testigos? dijo el juez. —No, porque se han muerto; mas queda una ancha piedra sobre la cual se contó el dine-

ro; y si gusta vuestra grandeza mandar que vayan a buscar la piedra, espero que ella dará testimonio de la verdad. Aquí nos quedaremos el hebreo y yo hasta que llegue la piedra, que enviaré a buscar a costa de mi amo Setoc. —Me place, dijo el juez; y pasó a despachar otros asuntos.»

Al fin de la audiencia dijo a Zadig: «¿Conque no ha llegado esa piedra todavía?» Respondió el hebreo soltando la risa: «Aquí se estaría vuestra grandeza hasta mañana esperando la piedra, porque está a más de seis millas de aquí y son necesarios quince hombres para menearla. —Bueno está, exclamó Zadig, ¿no había dicho yo que la piedra daría testimonio? Una vez que sabe ese hombre dónde está, confiesa que se contó el dinero sobre ella.» Confuso el hebreo, se vió precisado a declarar la verdad, y el juez mandó que le pusiesen atado a la piedra sin comer ni beber hasta que restituyese las quinientas onzas de plata, que pagó al instante, y el esclavo Zadig y la piedra se granjearon mucha reputación en toda la Arabia.

CAPÍTULO XI

LA HOGUERA

Embelesado Setoc, hizo de su esclavo su más íntimo amigo, y no podía vivir sin él, como había sucedido al rey de Babilonia: fué la fortuna de Zadig que Setoc no era casado. Descubrió éste en su amo excelente índole, mucha rectitud y una sana razón, y sentía ver que adorase el ejército celestial, quiero decir, el sol, la luna y las estrellas, como era costumbre antigua en la Arabia, y le hablaba a veces de ese culto, aunque con mucha reserva. Un día, por fin, le dijo que eran unos cuerpos como los demás, y no más acreedores a su veneración que un árbol o un peñasco. «Sí tal, replicó Setoc, que son seres eternos que nos hacen mil bienes, animan la naturaleza y arreglan las estaciones, aparte de que distan tanto de nosotros que no es posible menos de reverenciarlos. —Más provecho sacáis, respondió Zadig, de las ondas del mar Rojo, que conducen vuestros géneros a la India; ¿y por

qué no ha de ser tan antiguo como las estrellas? Si adoráis lo que dista de vos, también habéis de adorar la tierra de los Gargaridas, que está al cabo del mundo. —No, decía Setoc; mas el brillo de las estrellas es tanto, que es menester adorarlas.» Aquella noche encendió Zadig muchas hachas en la tienda donde cenaba con Setoc; y luego que se presentó su amo, se hincó de rodillas ante los cirios que ardían, diciéndoles: «Eternas y brillantes lumbreras, sedme propicias.» Pronunciadas estas palabras, se sentó a la mesa sin mirar a Setoc. «¿Qué hacéis? le dijo éste admirado. —Lo que vos, respondió Zadig; adoro esas luces, y no hago caso de su amo y mío.» Setoc entendió lo profundo del apólogo, albergó en su alma la sabiduría de su esclavo, dejó de tributar homenaje a las criaturas y adoró al Ser Eterno que las ha formado.

Reinaba entonces en la Arabia un horroroso estilo, cuyo origen venía de la Escitia, y establecido luego en las Indias a influjo de los bracmanes, amenazaba todo el Oriente. Cuando moría un casado, y quería ser santa su cara esposa, se quemaba públicamente sobre el cadáver de su marido, en una solemne fiesta, que llamaban *hoguera de la viudez*, y la tribu más estimada era aquella en que más mujeres se quemaban. Murió un árabe en la tribu de Setoc, y la viuda, por nombre Almona, persona muy devota,

anunció el día y la hora que se había de tirar al fuego, al son de tambores y trompetas. Representó Zadig a Setoc cuán opuesto era tan horrible estilo al bien del humano linaje, que cada día dejaban quemar a viudas mozas que podían dar hijos al Estado, o criar a lo menos los que tenían, y convino Setoc en que era preciso hacer cuanto fuese posible para abolir tan inhumano estilo. Pero añadió luego: «Más de mil años ha que están las mujeres en posesión de quemarse vivas. ¿Quién se ha de atrever a mudar una ley consagrada por el tiempo? ¿Ni qué cosa hay más respetable que un abuso antiguo? —Más antigua es todavía la razón, replicó Zadig; hablad vos con los caudillos de las tribus, mientras yo voy a verme con la viuda moza.»

Presentóse a ella, y después de hacerse buen lugar encareciendo su hermosura, y de haberle dicho cuán lastimosa cosa era que tantas perfecciones fuesen pasto de las llamas, también exaltó su constancia y su esfuerzo. «¿Tanto queríais a vuestro marido? le dijo. —¿Quererle? No por cierto, respondió la dama árabe. Si era un zafio, un celoso, hombre inaguantable, pero tengo hecho propósito firme de tirarme a su hoguera. —Sin duda, dijo Zadig, que debe ser un gusto exquisito esto de quemarse viva. —¡Ah! la naturaleza se estremece, dijo la dama, pero no tiene remedio. Soy devota, y perdería la reputación que por tal he granjeado, y todos

se reirían de mí si no me quemara.» Habiéndole hecho confesar Zadig que se quemaba por el qué dirán y por mera vanidad, conversó largo rato con ella, de modo que le inspiró algún apego a la vida, y cierta buena voluntad a quien con ella razonaba. «¿Qué hicierais, le dijo en fin, si no estuvierais poseída de la vanidad de quemaros? —¡Ah! dijo la dama, creo que os brindaría con mi mano.»

Lleno Zadig de la idea de Astarté, no respondió a esta declaración; pero fué al punto a ver a los caudillos de las tribus y les contó lo sucedido, aconsejándoles que promulgaran una ley por la cual no sería permitido a ninguna viuda quemarse antes de haber hablado a solas con un mancebo por espacio de una hora entera; y desde entonces ninguna dama se quemó en toda Arabia, debiéndose así a Zadig la obligación de ver abolido en solo un día estilo tan cruel, que reinaba hacía tantos siglos; por donde merece ser nombrado el bienhechor de la Arabia.

CAPÍTULO XII

LA CENA

No pudiendo Setoc apartarse de este hombre en quien residía la sabiduría, le llevó consigo a la feria de Basora, donde se juntaban los principales traficantes del globo habitable. Zadig se alegró mucho viendo en un mismo sitio juntos tantos hombres de tan varios países, y le pareció que era el universo una vasta familia que se hallaba reunida en Basora. Comió el segundo día a la misma mesa con un egipcio, un indio gangarida, un morador de Catay, un griego, un celta y otra muchedumbre de extranjeros, que en sus viajes frecuentes al seno arábigo habían aprendido el suficiente árabe para darse a entender. El egipcio no cabía en sí de enojo. «¡Qué abominable país es Basora! Mil onzas de oro no me han querido dar sobre la alhaja más preciosa del mundo. —¿Cómo así? dijo Setoc, ¿sobre qué alhaja?

—Sobre el cuerpo de mi tía, respondió el egipcio, la más honrada mujer de Egipto, que siempre me acompañaba, y se ha muerto en el camino; he hecho de ella una de las más hermosas momias que pueden verse, y en mi tierra encontraría todo cuanto dinero pidiese sobre esta prenda. Buena cosa es que no me quieran dar siquiera mil onzas de oro, empeñando un efecto de tanto precio.» Lleno de furor todavía, iba a comerse la pechuga de un excelente pollo guisado, cuando cogiéndole el indio de la mano le dijo con tono compungido: «¡Ah! ¿Qué vais a hacer? —A comer de ese pollo, le respondió el hombre de la momia. —No hagáis tal, replicó el gangarida, que pudiera ser que hubiese pasado el alma de la difunta al cuerpo de este pollo, y no os habéis de aventurar a comeros a vuestra tía. Guisar los pollos es un agravio manifiesto contra la naturaleza. —¿Qué nos traéis aquí con vuestra naturaleza y vuestros pollos? repuso el iracundo egipcio: nosotros adoramos un buey, y comemos vaca. —¡Un buey adoráis! ¿es posible? dijo el hombre del Ganges. —¿Y cómo si es posible? continuó el otro: ciento treinta y cinco mil años ha que así lo hacemos, y nadie entre nosotros lo lleva a mal. —¡Ah! En eso de ciento treinta y cinco mil, dijo el indio, hay su poco de ponderación, porque no hace más de ochenta mil que está poblada la India, y nosotros somos los más anti-

guos, y Brama ño había prohibido que nos comiéramos a los bueyes, antes que vosotros los pusierais en los altares y en las parrillas. —Valiente animal es vuestro Brama comparado con Apis, dijo el egipcio. ¿Qué cosas tan portentosas ha hecho ese Brama? El bracmán le replicó: «Ha enseñado a los hombres a leer y escribir, y la tierra le debe el juego de ajedrez. —Estáis equivocado, dijo un caldeo que a su lado estaba; el pez Oanes es el autor de tan señalados beneficios, y a él solo se le debe de justicia tributar homenaje. Todo el mundo sabe que era un ser divino que tenía la cola de oro y una cabeza humana muy hermosa, y salía del mar para predicar en la tierra tres horas al día. Tuvo muchos hijos, que todos fueron reyes, como es notorio. En mi casa tengo su imagen, y la adoro como es debido. Lícito es comer vaca hasta no querer más, pero es acción impía sobremanera guisar pescado. Dejando esto aparte, ambos sois de origen muy bastardo y reciente y no podéis disputar conmigo. La nación egipcia no pasa de ciento treinta y cinco mil años, y los indios no se dan arriba de ochenta mil siglos. Creedme, y dejaos de desatinos, y os daré a cada uno una efigie muy hermosa de Oanes.»

Tomando entonces la palabra el hombre de Cambalu, dijo: «Mucho respeto a los egipcios, a los caldeos, a los griegos, a los celtas, a Brama, al buey Apis y al hermoso pez

Oanes; pero el *Li* o el *Tien*,¹ como le quieran llamar, no valen menos acaso que los bueyes y los peces. No mentaré mi país, que es tamaño como el Egipto, la Caldea y las Indias juntas; ni disputaré acerca de su antigüedad, porque lo que importa es ser feliz, y sirve de poco ser antiguo; pero si se trata de almanaques, diré que en toda el Asia corren los nuestros, y que los poseíamos aventajados antes que supieran los caldeos la aritmética.

«Todos sois unos ignorantes, todos sin excepción, exclamó el griego. ¿Pues qué, no sabéis que el padre de todo es el caos, y que el estado en que vemos el mundo es obra de la forma y de la materia?» Habló el tal griego largo rato, hasta que le interrumpió el celta, el cual había bebido, mientras que altercaban los demás, y que, creyéndose entonces más instruído que todos, dijo, echando porvidas, que sólo Teutates y las agallas de roble merecían mentarse; que sus ascendientes los escitas eran los únicos sujetos honrados que había habido en el universo, aunque de verdad comían a veces carne humana, pero que eso no quitaba que fuese una nación muy respetable; por fin, que si alguien decía mal de Teutates, él le enseñaría a no ser mal hablado. Encendióse

¹ Voces chinas, que quieren decir *Li*, la luz natural, la razón, y *Tien*, el cielo; y también significan a Dios,

entonces la contienda, y vió Setoc la hora en que se iba a ensangrentar la mesa. Zadig, que no había desplegado los labios durante el altercado, se levantó, y dirigiéndose primero al celta, que era el más furioso, le dijo que tenía mucha razón, y le pidió agallas; alabó luego la elocuencia del griego, y calmó todos los ánimos irritados. Poco dijo al de Catay, que había hablado con más juicio que los demás; y al cabo se explicó así: «Amigos míos, ibais a enojaros sin motivo, porque todos sois del mismo dictamen.» Todos se alborotaron al oír tal. «¿No es verdad, dijo al celta, que no adoráis esta agalla, más que al que crió el roble y las agallas? —Así es la verdad, respondió el celta. —Y vos, señor egipcio, de presumir es que en un buey tributáis homenaje al que os ha dado los bueyes. —Eso es, dijo el egipcio. —El pez Oanes, continuó, le debe ceder a aquel que formó la mar y los peces. —Estamos conformes, dijo el caldeo. —El indio y el catabyés reconocen, igualmente que vosotros, añadió, un principio, primitivo. No he entendido muy bien las maravillosas lindezas que ha dicho el griego; pero estoy cierto de que también admite un ser superior, del cual depende la forma y la materia.» El griego, que se veía celebrado, dijo que Zadig había comprendido perfectamente su idea. «Conque todos estáis conformes, repuso Zadig, y no hay motivo de contienda.» Abrazóle todo el

mundo, y Setoc, después de haber vendido muy caros sus géneros, se volvió con su amigo Zadig a su tribu. Así que llegó, supo Zadig que se le había formado causa en su ausencia y que le iban a quemar vivo.

CAPÍTULO XIII

LAS CITAS

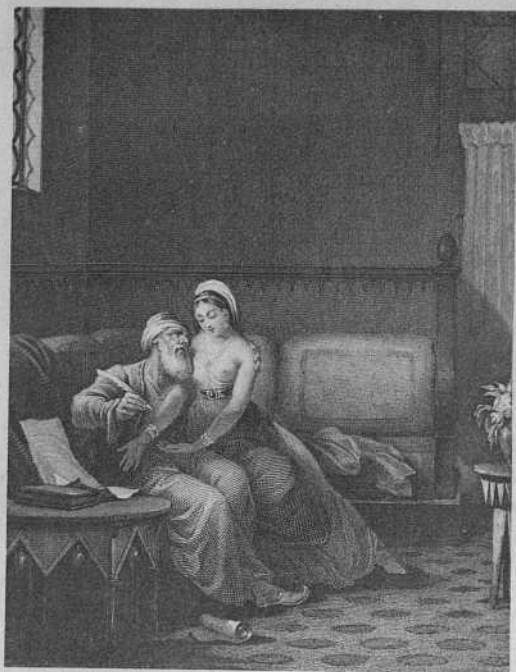
Mientras este viaje a Basora, concertaron los sacerdotes de las estrellas el castigo de Zadig. Pertenecíanles por derecho divino las piedras preciosas y demás joyas de las viudas mozas que morían en la hoguera, y lo menos que podían hacer con Zadig era quemarle por el flaco servicio que les había hecho. Acusáronle, por tanto, de que llevaba opiniones erróneas del ejército celestial, y declararon con juramento solemne que le habían oído decir que las estrellas no se ponían en la mar. Estremeciéronse los jueces de tan horrenda blasfemia; poco faltó para que rasgaran sus vestiduras al oír palabras tan impías, y las hubieran rasgado, sin duda, si hubiera tenido Zadig con qué pagarlas; mas se moderaron en la violencia de su dolor y se ciñeron a condenar al reo a ser quemado vivo. Desesperado Setoc, usó todo su crédito para salvar a su amigo; pero en breve le impusieron silencio. Almona, la viuda

moza, que había cobrado mucha afición a la vida y se la debía a Zadig, resolvió a sacarle de la hoguera, que como tan abusiva se la había él presentado, y formando su plan en su cabeza, no dió parte de él a nadie. Al otro día iba a ser ajusticiado Zadig: solamente aquella noche le quedaba para liberarle, y la aprovechó como mujer caritativa y discreta.

Sahumóse, atildóse el lucimiento de su hermosura con el más bizarro y pomposo traje, y pidió audiencia secreta al sumo sacerdote de las estrellas. Así que se halló en presencia de este venerable anciano, le habló de esta manera:

«Hijo primogénito de la Osa mayor, hermano del toro, primo del can celeste (que tales eran los dictados de este pontífice), os vengo a fiar mis escrúpulos. Mucho temo haber cometido un gravísimo pecado no quemándome en la hoguera de mi amado marido. Y, en efecto, ¿qué es lo que he conservado? Una carne perecedera y ya marchita.» Al decir esto, sacó de unos luengos mitones de seda unos brazos de maravillosa forma y de la blancura del más puro alabastro. «Ya veis cuán poco vale todo esto.» Al pontífice se le figuró que esto valía mucho: aseguráronlo sus ojos y lo confirmó su lengua, haciendo mil juramentos de que no había en toda su vida visto tan hermosos brazos. «¡Ayl, dijo la viuda, acaso los brazos no

son tan malos; pero confesad que el pecho no merece ser mirado.» Diciendo esto, desabrochó el más lindo seno que pudo formar naturaleza; un capullo de rosa sobre una bola de marfil parecía junto a él un poco de rubia que colora un palo de boj, y la lana de los albos corderos que salen de la alberca era amarilla a su lado. Este pecho; dos ojos negros rasgados, que suaves y muelles de amoroso fuego brillaban; las mejillas animadas en púrpura con la más cándida leche mezclada; una nariz que no se semejaba a la torre del monte Líbano; sus labios, que así se parecían como dos hilos de coral que las más bellas perlas de la mar de Arabia ensartaban; todo este conjunto, en fin, persuadió al viejo a que se había vuelto a sus veinte años. Tartamudeó, declaró su amor, y viéndole Almona inflamado, le pidió el perdón de Zadig. «¡Ay!, respondió él, hermosa dama, con toda mi ánima se le concediera; mas para nada valdría mi indulgencia, porque es menester que firmen otros tres de mis colegas. — Firmad vos una por una, dijo Almona. — Con mucho gusto, respondió el sacerdote, con la condición de que sean vuestros favores premio de mi condescendencia. — Mucho me honráis, replicó Almona; pero tomaos el trabajo de venir a mi cuarto después de puesto el sol, cuando raye sobre el horizonte la luciente estrella de Scheat; en un sofá color de rosa me hallaréis, y haréis



Firmad vos una por una.

con vuestra sierva lo que fuere de vuestro agrado.» Salió sin tardanza con la firma, dejando al viejo no menos que enamorado, desconfiándose de sus fuerzas; el cual lo restante del día lo pasó en bañarse, y bebió un licor compuesto con canela de Ceilán y con preciosas especias de Tidor y Ternate, aguardando con ansia que saliese la estrella de Scheat.

En tanto, la hermosa Almona fué a ver al segundo pontífice, que le dijo que comparados con sus ojos eran fuegos fatuos el sol, la luna y todos los astros del firmamento. Solicitó ella la misma gracia, y él le propuso el mismo premio. Dejóse vencer Almona, y citó al segundo pontífice para cuando nace la estrella Algenib. Fué de allí a casa del tercero y cuarto sacerdote, llevándose de cada uno su firma, y citándoles de estrella a estrella. Avisó entonces a los jueces que vinieran a su casa para un asunto de la mayor gravedad. Fueron, en efecto, y ella les enseñó las cuatro firmas, y les dió parte del precio a que habían vendido los sacerdotes el perdón de Zadig. Llegó cada uno a la hora señalada, y quedó pasmado de encontrarse con sus colegas, y todavía más con los jueces que fueron testigos de su ignominia. Fué puesto en libertad Zadig y Setoc tan prendado de la maña de Almona, que la tomó por su mujer propia.

CAPÍTULO XIV

EL BAILE

Tenía que ir Setoc para negocios de su tráfico a la isla de Serendib; pero el primer mes de casados que, como ya llevamos dicho, es la luna de miel, no le dejó ni separarse de su mujer ni aun presumir que podría separarse un día de ella. Rogó, por tanto, a su amigo Zadig que hiciera por él este viaje. «¡Ayl, decía Zadig: ¿conque aún he de poner mas tierra entre la hermosa Astarté y yo? Pero es fuerza que sirva a mis bienhechores.» Así dijo, lloró y se partió.

A poco tiempo de haber aportado a la isla de Serendib, era tenido por hombre muy superior. Escogieronle los negociantes por su árbitro, los sabios por su amigo, y el corto número de aquellos que piden consejo, por su consejero. Quiso el rey verle y oírle y conoció en breve cuánto valía Zadig; se fió de su discreción, y le hizo amigo suyo. Temblaba Zadig de la llaneza y la estimación con que le trataba el rey, pensan-

do de noche y de día en las desventuras que le había acarreado la amistad de Moabdar. «El rey me quiere, decía; ¿seré un hombre perdido?» Con todo, no se podía zafar de los halagos de Su Majestad, porque debemos confesar que era uno de los más cumplidos príncipes del Asia, Nabuzán, rey de Serendib, hijo de Nuzanab, hijo de Nabuzán, hijo de Sambunas, y era difícil que a quien le trataba de cerca no le prendase.

Sin cesar elogiaban, engañaban y robaban a este buen príncipe, y cada cual metía la mano como a porfía en el erario. El principal ministro de hacienda de la isla de Serendib, daba este precioso ejemplo, y todos los subalternos le imitaban con fervor. El rey, que lo sabía, había mudado varias veces de ministro; pero nunca había podido mudar el estilo admitido de dividir las rentas reales en dos partes desiguales: la más pequeña para Su Majestad y la mayor para sus administradores.

Fió el buen rey Nabuzán su cuita del sabio Zadig: «Vos que tantas cosas sabéis, le dijo, ¿no sabríais modo para que tope yo con un tesorero que no me robe? —Sí, por cierto, respondió Zadig; un modo infalible sé de buscaros uno que tenga las manos limpias.» Contentísimo el rey le preguntó, dándole un abrazo, cómo haría. «No hay más, replicó Zadig, que hacer bailar a cuantos pretenden la dignidad de tesorero, y el que

con más ligereza bailare, será infaliblemente el más hombre de bien. —Os estáis burlando, dijo el rey. ¡Donoso modo, por cierto, de elegir un ministro de Hacienda! ¿Conque el que más listo fuere para dar cabriolas en el aire ha de ser el más íntegro y hábil administrador? —No digo yo que haya de ser el más hábil, replicó Zadig; pero lo que sí aseguro es que indudablemente ha de ser el más honrado.» Tanta era la confianza con que lo decía Zadig, que se persuadió el rey a que poseía algún secreto sobrenatural para conocer a los administradores. «Yo no gusto de cosas sobrenaturales, dijo Zadig, ni he podido nunca llevar en paciencia ni los hombres que hacen milagros, ni los libros que los mientan, y si quiere Vuestra Majestad permitir que haga la prueba, quedará convencido de que mi secreto es tan fácil como sencillo.» Más se pasmó Nabuzán, rey de Serendib, al oír que era sencillo el secreto, que si le hubiera dicho que era milagroso. «Está bien, le dijo, haced lo que os parezca. —Dejadlo estar, que ganaréis con esta prueba más de lo que pensáis.» Aquel mismo día mandó pregonar en nombre del rey que todos cuantos aspiraban al empleo de principal ministro de las rentas de su sacra majestad Nabuzán, hijo de Nuzanab, viniesen con vestidos ligeros de seda a la antecámara del rey el primer día de la luna del cocodrilo. Acudieron en número de sesenta y cuatro.

Estaban los músicos en una sala inmediata, y dispuesto todo para un baile, pero estaba cerrada la puerta de la sala, y para entrar en ella había que atravesar una galería bastante obscura. Vino un ujier a conducir uno tras de otro a cada candidato por este pasadizo, donde le dejaba solo algunos minutos. El rey, que estaba avisado, había hecho poner todos sus tesoros en la galería. Cuando llegaron los pretendientes a la sala, mandó Su Majestad que bailaran, y nunca se habían visto bailarines más topos ni con menos desenvoltura. Todos andaban la cabeza baja, las espaldas corvas y las manos pegadas al cuerpo. «¡Qué bribones!,» decía en voz baja Zadig. Uno solo hacía con agilidad las mudanzas, levantada la cabeza, sereno el mirar, derecho el cuerpo y firmes las rodillas. «¡Qué hombre tan de bien, qué honrado sujeto!, dijo Zadig. Dió el rey un abrazo a este buen bailarín, y le nombró su tesorero; todos los demás fueron justamente castigados y multados, porque mientras habían estado en la galería habían llenado cada uno sus bolsillos y apenas podían dar paso. Compadecióse el rey de la humana naturaleza contemplando que de sesenta y cuatro bailarines los sesenta y tres eran ladrones, rateros, y se dió a la galería obscura el título de *corredor de la Tentación*. En Persia hubieran empalado a los sesenta y tres magnates; en otros países hubieran nombrado un juzgado que hubiera

consumido en costas el triple del dinero robado, y no hubiera puesto un maravedí en las arcas reales; en otros se hubieran justificado plenamente y hubiera caído de la gracia el ágil bailarín; en Serendib fueron condenados a aumentar el fisco, porque era Nabuzán muy clemente.

No era menos agradecido, y dió a Zadig una suma más cuantiosa que nunca había robado tesorero ninguno al rey su amo. Valióse de este dinero Zadig para enviar a Babilonia expresos que le informaran de la suerte de Astarté. Al dar esta orden le tembló la voz, se le agolpó la sangre hacia el corazón, se cubrieron de un tenebroso velo sus ojos y se paró a punto de muerte. Partióse el correo, vióle embarcar Zadig y se volvió a palacio, donde sin ver a nadie, y creyendo que estaba en su aposento, pronunció el nombre de amor. «Sí, el amor, dijo el rey; de eso justamente se trata, y habéis adivinado la causa de mi pena. ¡Qué grande hombre sois! Espero que me enseñéis a conocer una mujer firme, como me habéis hecho hallar un tesorero desinteresado.» Volviendo en sí Zadig, le prometió servirle en su amor como había hecho en real hacienda, aunque parecía la empresa más ardua todavía.

CAPÍTULO XV

LOS OJOS AZULES

«Mi cuerpo y mi corazón,» dijo el rey a Zadig... Oyendo estas palabras no pudo menos el babilonio de interrumpir á Su Majestad y de decirle: «¡Cuánto celebro que no hayáis dicho mi alma y mi corazón, porque no oímos más voces que éstas en las conversaciones de Babilonia, ni leemos libros que no traten del corazón y el alma, escritos por autores que ni uno ni otra tienen; pero perdonadme, señor, y proseguid.» Nabuzán continuó: «Mi cuerpo y mi corazón son propensos al amor; a la primera de estas dos potencias le sobran satisfacciones, que tengo cien mujeres a mi disposición, hermosas todas, complacientes, obsequiosas y voluptuosas, o fingiendo que lo son conmigo. No es empero mi corazón tan afortunado, porque tengo sobrada experiencia de que el halagado es el rey de Serendib, y que hacen poquísimo aprecio de Nabuzán. No por eso digo que sean infieles mis mu-

jeros, sino que quisiera encontrar una que me quisiera por mí propio, y diera por ella las cien beldades que poseo. Decidme si en mis cien sultanas hay una que de veras me quiera.»

Respondióle Zadig lo mismo que acerca del ministro de Hacienda: «Señor, dejadlo a mi cargo; pero permitidme primero que disponga de todas las riquezas que se expusieron en la galería de la Tentación y no dudéis de que os daré buena cuenta de ellas y no perderéis un ardite.» Dióle el rey amplias facultades y escogió Zadig treinta y tres jorobados de los más feos de Serendib, treinta y tres pajes de los más lindos y treinta y tres de los más elocuentes y forzudos bonzos. Dejóles a todos facultad de introducirse en los retretes de las sultanas: dió a cada jorobado cuatro mil monedas de oro que regalar y el primer día fueron todos felices. Los pajes, que no tenían otra dádiva que hacer que la de su persona, tardaron dos o tres días en conseguir lo que solicitaban, y tuvieron más dificultad en salir con la suya los bonzos; pero al cabo se les rindieron treinta y tres devotas. Presenció el rey todas estas pruebas por unas celosías que daban en los aposentos de las sultanas y se quedó atónito que de sus cien mujeres las noventa y nueve se rindieron a su presencia. Quedaba una muy joven y muy novicia, a la cual nunca había tocado

Su Majestad; arrimáronse a ella uno, dos y tres jorobados, ofreciéndole hasta veinte mil monedas; pero se mantuvo incorruptible, riéndose de la idea de los jorobados que creían que su dinero los hacía más bonitos. Presentáronse los dos más lindos pajes y les dijo que le parecía el rey más lindo. Acometióla luego el bonzo más elocuente y después el más intrépido; al primero le trató de parlanchín y no pudo entender cuál fuese el mérito del segundo. Todo se cifra en el corazón, dijo; yo no he de ceder ni al oro de un jorobado, ni a la hermosura de un paje, ni a las artes de un bonzo; ni he de querer a nadie más que a Nabuzán, hijo de Nuzanab, esperando a que él me corresponda. Quedó el rey embargado en júbilo, cariño y admiración. Volvió a tomar todo el dinero con que habían comprado los jorobados su buena ventura, y se le regaló a la hermosa Falida, que así se llamaba esta belleza. Dióle con él su corazón, que merecía de sobra, porque nunca se vió juventud más brillante y más florida que la suya, nunca hermosura que más digna de prender fuese. Verdad es que no calla la historia que hacía mal una cortesía; pero confiesa que bailaba como las hadas, cantaba como las sirenas y hablaba como las Gracias, y estaba colmada de habilidades y virtud.

Adorábala el amado Nabuzán; pero tenía Falida ojos azules; lo cual causó las más fu-

nestas desgracias. Estaba prohibido por una antigua ley de Serendib, que se enamoraran de una de las mujeres que llamaron luego los griegos *boopes*, y hacía más de cinco mil años que había promulgado esta ley el sumo bonzo, por apropiarse para sí la dama del primer rey de la isla de Serendib; de suerte que el anatema de los ojos azules se había hecho ley fundamental del Estado. Todas las clases del Estado hicieron enérgicas reprensiones a Nabuzán; y públicamente se decía que era llegada la fatal catástrofe del reino, que estaba colmada la medida de la abominación, que un siniestro suceso amenazaba la naturaleza; en una palabra, que Nabuzán, hijo de Nuzanab, estaba enamorado de dos ojos azules rasgados. Los jorobados, los bonzos, los asentistas y las ojinegras inficionaron de malcontentos el reino entero.

El descontento universal animó a los pueblos salvajes que viven al Norte de Serendib a invadir los Estados del buen Nabuzán. Pidió subsidios a sus vasallos, y los bonzos, que eran dueños de la mitad de las rentas del Estado, se contentaron con levantar las manos al cielo y se negaron a llevar su dinero al erario para sacar de ahogo al rey. Cantaron lindas oraciones en música y dejaron que los bárbaros asolaran el Estado.

«Querido Zadig, ¿me sacarás de este horrible apuro?, le dijo en lastimoso tono Na-

buzán. —Con mucho gusto, respondió Zadig; los bonzos os daran cuanto dinero queráis. Abandonad las tierras donde tienen levantados sus palacios, y no defendáis más que las vuestras.» Hízolo así Nabuzán, y cuando vinieron los bonzos a echarse a sus plantas, implorando su asistencia, les respondió el rey con una soberbia música, cuya letra eran oraciones al cielo rogando por la conservación de sus tierras. Entonces los bonzos dieron dinero y se concluyó con felicidad la guerra. De esta suerte, por sus prudentes y dichosos consejos, y por los más señalados servicios, se había acarreado Zadig la irreconciliable enemiga de los más poderosos del Estado: juraron su pérdida los bonzos y las ojinegras, desacreditáronle jorobados y asentistas, y le hicieron sospechoso al buen Nabuzán. Los servicios que el hombre hace se quedan en la antesala, y las sospechas penetran al gabinetè, según dice Zoroastro. Todos los días eran acusaciones nuevas; la primera se repele, la segunda hace mella, la tercera hiere y la cuarta mata.

Asustado Zadig, que había puesto en auge los asuntos de su amigo, y enviándole su dinero, no pensó más que en partirse de la isla y en ir a saber en persona noticias de Asparté. «Porque si permanezco en Serendib, decía, me harán empalar los bonzos. Pero ¿adónde iré? En Egipto seré esclavo, en

Arabia, según las apariencias, quemado, y ahorcado en Babilonia. Con todo, menester es saber qué ha sido de Astarté: partámonos y apuremos lo que me destina mi suerte fatal.»

CAPÍTULO XVI

EL BANDOLERO

Al llegar a las fronteras que separan la Arabia Petrea de la Siria, y al pasar por junto a un fuerte castillo, salieron de él unos árabes armados. Vióse rodeado de hombres que le gritaban: «Ríndete; todo cuanto traes es nuestro, y tu persona pertenece a nuestro amo.» En respuesta sacó Zadig la espada; lo mismo hizo su criado, que era valiente, y dejaron sin vida a los primeros árabes que los habían embestido; dobló el número de enemigos; mas ellos no se desalentaron y se resolvieron a morir en la pelea. Veíanse dos hombres que se defendían contra una muchedumbre; tan desigual contienda poco podía durar. Viendo desde una ventana el dueño del castillo, que se llamaba Arbogad, los portentos de valor que hacía Zadig, le cobró estimación. Bajó, por tanto, y vino en persona a contener a los suyos y librar a los dos caminantes. «Cuanto por mis tierras pasa es mío, dijo, no menos que lo que en tie-

rras ajenas encuentro; pero me parecéis tan valeroso, que os eximo de la común ley.» Hízole entrar en el castillo, mandando a su tropa que le tratase bien, y aquella noche quiso cenar con Zadig.

Era el amo de este castillo uno de aquellos árabes que llaman ladrones, el cual, entre mil atrocidades, solía hacer alguna acción buena; robaba con una furiosa rapacidad y daba con prodigalidad; intrépido en una acción, de buen genio en el trato de la vida, bebedor en la mesa, de buen humor cuando había bebido, y, sobre todo, sin solapa ninguna. Gustóle mucho Zadig, y con la conversación que se animó duró mucho el banquete. Díjole, en fin, Arbogad: «Aconsejoos que toméis partido conmigo; no podéis hacer cosa mejor; no es tan malo el oficio, y un día podéis llegar a ser lo que yo soy. —¿Se puede saber, respondió Zadig, desde cuándo ejercitáis tan hidalga profesión? —Desde niño, replicó el señor. Era criado de un árabe muy hábil, y no podía acostumbrarme a mi estado, desesperado de ver que, perteneciendo igualmente la tierra a todos, no me hubiera cabido a mí la porción correspondiente. Fíele mi pena a un árabe viejo, el cual me dijo: 'Hijo mío, no te desesperes: sábetes que en tiempos antiguos había un grano de arena que se dolía de ser un átomo desconocido en un desierto; andando años se convirtió en diamante, y es

hoy el más precioso joyel de la corona del rey de las Indias.' Dióme tanto golpe esta respuesta que, siendo grano de arena, me determiné a volverme diamante. Robé primero dos caballos; me junté con otros compañeros; púseme en breve en estado de robar caravanas poco crecidas, y así fué disminuyéndose la desproporción que de mí a los demás había. Participé de los bienes de este mundo y me resarcí con usura; tuviéronme en mucho; llegué a ser señor bandolero, y gané este castillo tomándole por fuerza. Quiso quitármele el sátrapa de Siria; pero era ya tan rico que nada tenía que temer; di dinero al sátrapa y conservé así el castillo y agrandé mis tierras, añadiendo a ellas el cargo que me confirió el sátrapa de tesorero de los tributos que pagaba la Arabia Petrea al rey de reyes. Yo hice la cobranza y me eximí de hacer pagos.

«Envió aquí el gran Desterham de Babilonia, en nombre del rey Moabdar, a un satrapilla para mandarme ahorcar. Cuando él llegó con la orden estaba yo informado de todo; hice ahorcar en su presencia las cuatro personas que traía consigo para apretarme el lazo al cuello, y le pregunté luego cuánto le podía valer la comisión de ahorcarme. Respondióme que podría su gratificación subir a trescientas monedas de oro, y yo le hice ver con evidencia que ganaría más conmigo; le creé bandolero inferior, y

hoy es uno de los mejores y más ricos oficiales que tengo, y si me queréis creer haréis vos lo mismo. Nunca he corrido tiempo mejor para robar desde que ha sido muerto Moabdar y que anda en Babilonia todo alborotado.

—¡Moabdar ha sido muerto!, dijo Zadig. ¿Y qué se ha hecho la reina Astarté?— Yo no lo sé, replicó Arbogad; lo que sí sé es que Moabdar se volvió loco, que fué muerto, que Babilonia está hecha una cueva de ladrones, todo el imperio en la desolación, que se pueden dar buenos golpes, y que yo, por mi parte, he dado algunos brillantes. —Pero la reina, dijo Zadig, ¿por vida vuestra, nada sabéis de la suerte de la reina? —De un príncipe de Hircania me han hablado, replicó; es de presumir que sea una de sus concubinas, a menos que en el alboroto la hayan matado; pero a mí lo que me importa es averiguar dónde hay que robar, y no noticias. Muchas mujeres he cogido en mis correrías, pero a ninguna conservo; cuando son bonitas las vendo caras, sin informarme de lo que son, porque nadie compra la dignidad, y para una reina fea no se encuentra despacho. Posible es que haya yo vendido a la reina Astarté, y posible es que haya muerto; poco me importa, y me parece que tampoco debe importaros mucho a vos.» Diciendo esto bebía con tanto aliento, y de tal manera confundía las ideas todas, que no

pudo Zadig sacar de él ninguna cosa más.

Estaba confuso, pensativo y sin movimiento, mientras que bebía Arbogad y contaba mil historietas, repitiendo sin cesar que era el más venturoso de los hombres, y exhortando a Zadig a que fuera tan dichoso como él era. Finalmente, embargados los sentidos con los vapores del vino, se fué a dormir un sosegado sueño. Zadig pasó aquella noche en la más violenta zozobra. «¡Conque se ha vuelto loco el rey y ha sido muerto!, decía; no puedo menos de compadecerle. ¡Está despedazado el imperio, y este bandolero es feliz! ¡Oh fortuna! ¡Oh destino! ¡Un bandolero feliz, y la más amable producción de la naturaleza ha muerto acaso de un modo horrible, o vive en peor condición que la misma muerte! ¡Oh Astarté! ¿Qué te has hecho?»

Desde que amaneció el día hizo preguntas a todos cuantos había en el castillo; pero estaban todos ocupados y nadie le respondió; aquella noche habían hecho nuevas conquistas y se estaban repartiendo los despojos.

Cuanto en esta tumultuaria confusión pudo conseguir fué licencia para irse, que aprovechó sin tardanza, más sumido que nunca en sus tristes pensamientos.

Caminaba Zadig inquieto y agitado, preocupado su ánimo con la malhadada Astarté, con el rey de Babilonia, con su fiel Ca-

dor, con el dichoso bandolero Arbogad, con aquella tan antojadiza mujer que habían robado unos babilonios en la frontera de Egipto; finalmente, con todos los contratiempos y azares que había sufrido.

CAPÍTULO XVII

EL PESCADOR

A pocas leguas del castillo de Arbogad se encontró a orillas de un riachuelo, lamentando siempre su suerte y mirándose como el epílogo de las desdichas humanas. Vió un pescador acostado a la orilla, que con desmayada mano retenía apenas sus redes que iba a dejar escapar y alzaba los ojos al cielo.

«Por cierto que yo soy el más desdichado de todos los hombres, decía el pescador. Por confesión de todo el mundo he sido el más célebre mercader de requesones de toda Babilonia y lo he perdido todo. Tenía la mujer más linda que pueda poseer hombre y me ha engañado. Me quedaba una mala casuca y la he visto talar y derribar. Refugiado a una cabaña, sin más recurso que la pesca, no saco ni un pescado. No quiero tirarte al agua, red mía; yo soy quien me he de tirar.» Diciendo estas palabras se levantó en postura de un hombre resuelto a dar fin a su vida en el río.

«¡Así, dijo Zadig para sí, hay otros hombres tan desdichados como yo!» Tan pronta como esta idea fué la de acudir a librar de la muerte al pescador. Corre a él, le detiene y le hace preguntas en ademán enternecido y consolador. Dicen que es uno menos desdichado cuando no es él solo; pero, según Zoroastro, no es por malicia, que es por necesidad, porque se siente uno entonces atraído por otro desventurado como por un semejante suyo. La alegría de un dichoso fuera un insulto, y son dos desventurados como dos flacos arbolillos que, apoyándose uno en otro, contra la borrasca se fortalecen.

«¿Por qué os rendís a vuestra degracia?, dijo Zadig al pescador. —Porque no veo remedio a ella, le respondió. He sido el vecino más pudiente de la aldea de Derlback, cerca de Babilonia, y con ayuda de mi mujer hacía los mejores requesones del imperio, que gustaban infinito a la reina Astarté y al célebre ministro Zadig. Había suministrado para entrambas casas seiscientos requesones: fuí un día a Babilonia a que me pagaran y supe que aquella misma noche habían desaparecido Zadig y la reina. Fuí corriendo a casa del señor Zadig, a quien nunca había visto, y encontré a los alguaciles del gran Desterham, que con un papel del rey en la mano, robaban con mucho orden y sosiego toda la casa. Púseme en volandas en la cocina de la reina; algunos de los gentiles

hombres de boca me dijeron que había muerto, otros que estaba presa, y otros afirmaron que se había escapado; pero todos estuvieron contestes en que no se me pagarían mis requesones. Fuíme con mi mujer a casa del señor Orcán, que era uno de mis parroquianos, le pedimos su amparo en nuestra cuita y se le otorgó a mi mujer, y a mí no. Era mi mujer más blanca que los requesones que fueron el origen de mi desventura, y no brilla más la púrpura de Tiro que el color que su blancura animaba; por eso se la guardó Orcán y me echó de su casa. Escribí a mi esposa desesperado una carta, y respondió al portador: Sí, ya, ya sé quién me escribe; ya me han hablado de él; dicen que hace requesones excelentes; que me traiga, y que se los paguen.»

«Quise acudir a la justicia en mi desdicha. Quedábanme seis onzas de oro: fué menester dar dos al jurisperito que consulté, otras dos al procurador que se encargó de mi asunto, y dos al escribiente del primer juez. Hecho esto, aún no se había empezado mi pleito y ya llevaba más dinero gastado que lo que mis requesones y mi mujer de añadidura valían. Volvíme al pueblo con ánimo de vender mi casa por recobrar a mi mujer. Valía ésta unas sesenta onzas de oro; pero me veían pobre y con premura de vender. El primero a quien me dirigí me ofreció treinta, el segundo veinte y el tercero diez;

y la iba a dar por este precio, según estaba ciego. Vino a la sazón a Babilonia un príncipe de Hircania asolando todo el país por donde pasaba, el cual saqueó mi casa y después le puso fuego. Habiendo perdido de esta manera dinero, mujer y casa, me retiré al país donde me veis, procurando ganar mi vida con la pesca. Los peces hacen burla de mí lo mismo que los hombres; no saco ninguno y me muero de hambre, y sin vos, consolador augusto, iba a tirarme al río.»

No contó su historia el pescador sin hacer muchas pausas, y a cada una le decía Zadig, arrebatado y fuera de sí: «¿Conque nada sabéis de la suerte de la reina? —No, señor, respondía el pescador; lo que sé es que ni la reina ni Zadig me han pagado mis quesones, que me han robado a mi mujer y que estoy desesperado. —Yo espero, dijo Zadig, que no habéis de perder todo vuestro dinero. He oído hablar de ese Zadig como de un hombre honrado, y si vuelve a Babilonia, más de lo que os debe os dará; mas por lo que hace a vuestra mujer, que no es tan honrada, aconséjoos que no hagáis diligencias por volver con ella. Tomad mi consejo, id a Babilonia, adonde antes que vos llegaré yo, porque vais a pie y yo voy a caballo; veos con el ilustre Cador, decidle que habéis encontrado a su amigo, y esperadme en su casa: id en paz, que acaso no seréis siempre desdichado.

«Poderoso Orosmales, siguió, de mí os habéis valido para consolar a este hombre; ¿de quién os valdréis para darme a mí consuelo?» Así decía, dando al pescador la mitad de todo el dinero que traía de Arabia, y el pescador, atónito y confuso, besaba las plantas del amigo de Cador y le apellidaba su ángel tutelar.

Zadig no cesaba de preguntarle noticias y de verter llanto. «¿Cómo, señor, exclamó el pescador, también sois desdichado siendo benéfico? —Cien veces más infeliz que tú, respondió Zadig. —¿Cómo puede ser, decía el buen hombre, que sea el que da más digno de lástima que el que recibe? —Porque tu mayor desgracia, replicó Zadig, era la necesidad, y la mía pende del corazón. —¿Os ha robado Orcán a vuestra mujer?», dijo el pescador. Esta pregunta trajo a la memoria a Zadig todas sus aventuras y le hizo repasar la lista de todos sus infortunios, empezando por la perra de la reina hasta su arribo a casa del bandolero Arbogad. «¡Ah!, dijo al pescador, Orcán es digno de castigo; pero por lo común, esos son los hombres que están en privanza del destino. Sea como fuere, vete a casa del señor Cador y espérame.» Separáronse con esto: el pescador se fué dando gracias a su estrella y Zadig maldiciendo sin cesar la suya.

CAPÍTULO XVIII

EL BASILISCO

Llegó Zadig a un hermoso prado, donde vió una muchedumbre de mujeres que andaban buscando solícitas cosa que parecía que habían perdido. Acercóse a una de ellas y le preguntó si quería que las ayudara a buscar lo que querían hallar. «Dios nos libre, respondió la siria; lo que nosotras buscamos sólo las mujeres pueden tocarlo. —Raroes eso, dijo Zadig, ¿me haréis el favor de decirme qué cosa es esa que sólo las mujeres pueden tocarla? —Un basilisco, respondió ella. —¡Un basilisco, señora! ¿Y por qué motivo buscáis un basilisco? —Para nuestro señor y dueño Ogul, cuyo palacio estáis viendo a orillas del río y al cabo de este prado, que somos sus más humildes esclavas. Ese señor Ogul está malo y le ha recetado su médico que coma un basilisco hervido en agua de rosas; y como es animal muy raro, y que sólo de las mujeres se deja coger, ha prometido el señor Ogul que escogerá por

su querida esposa a la que le lleve un basilisco; conque así, dejádmelo buscar; que ya veis lo mucho que yo perdería si una de mis compañeras antes que yo le topara.»

Dejó Zadig a esta siria y a todas las demás que buscaran su basilisco y siguió su camino por la pradera. Al llegar a la orilla de un arroyuelo, encontró a otra dama acostada sobre los céspedes, que no buscaba nada. Parecía majestuosa su estatura, aunque tenía cubierto el rostro con un velo. Estaba inclinada la cabeza hacia al arroyo, exhalaba de rato en rato hondos sollozos y tenía en la mano una varita, con la cual estaba escribiendo letras en una fina arena que entre los céspedes y el arroyo mediaba. Quiso ver Zadig qué era lo que escribía: arrimóse y vió una Z, luego una A, y se maravilló; después leyó una D y le dió un vuelco el corazón; mas nunca fué tanto su pasmo como cuando leyó las dos postreras letras de su nombre. Permaneció inmóvil un rato; rompiendo al fin el silencio, con voz mal segura dijo: «Generosa dama, perdonad a un extranjero desventurado, que a preguntar se atreve ¿por qué extraño acaso encuentro aquí el nombre de Zadig por vuestra divina mano escrito?» Al oír esta voz y estas palabras, alzó con trémula mano su velo la dama, miró a Zadig, dió un grito de ternura, de asombro y de alborozo, y rindiéndose a los diversos afectos que de consuno em-

batían su alma, cayó desmayada en sus brazos. Era Astarté, era la reina de Babilonia, la misma que idolatraba Zadig y de cuyo amor le acusaba su conciencia; aquella cuya suerte tantas lágrimas le había costado. Estuvo un rato privado del uso de sus sentidos, y cuando clavó sus miradas en los ojos de Astarté, que lentamente se abrían de nuevo entre desmayados, confusos y amorosos: «¡Oh potencias inmortales!, exclamó, ¿me restituís a mi Astarté? ¿En qué tiempo, en qué sitio, en qué estado torno a verla? «Hincóse de rodillas ante Astarté, inclinando su frente bajo el polvo de sus pies. Alzóle la reina de Babilonia y le sentó junto a sí en la orilla del arroyo, enjugando una y mil veces sus ojos, que siempre en frescas lágrimas se bañaban. Veinte veces anudaba el hilo de razones que interrumpían sus gemidos; hacía preguntas acerca del acaso que los había reunido, y no daba lugar a que respondiese con preguntas nuevas; empezaba a contar sus desventuras, y quería saber las de Zadig. Habiendo ambos sosegado un poco el alboroto de su pecho, dijo en breves palabras Zadig por qué acaso se encontraba en esta pradera. «¿Pero cómo os hallo, oh reina respetable y desdichada, en este desviado sitio, vestida de esclava, y acompañada de otras esclavas que buscan un basilisco para hervirle, en virtud de una receta de médico, en agua de rosas?

—Mientras que andan buscando su basili-
lisco, voy a informaros, dijo la hermosa As-
tarté, de todo lo que he padecido y que
perdono al cielo una vez que vuelvo a veros.
Ya sabéis que el rey mi esposo llevó a mal
que fueseis el más amable de todos los hom-
bres, y acaso por este motivo tomó una
noche la determinación de mandaros ahor-
car y darme un tósigo, y también sabéis que
los cielos compasivos dispusieron que me
avisara mi enano mudo de las órdenes de Su
Sublime Majestad. Apenas os hubo preci-
sado el fiel Cador a obedecerme y partiros,
se atrevió a penetrar por una puerta excu-
sada en mi cuarto a media noche, me sacó
de palacio y me llevó al templo de Orosma-
des, donde me encerró su hermano el mago
dentro de una estatua colosal, cuya base se
apoya en los cimientos del templo y la ca-
beza toca con la bóveda. Aquí quedé como
enterrada, puesto que el mago que me ser-
vía cuidó de que nada me faltase. Al rayar
el día entró en mi cuarto el boticario de Su
Majestad con una pócima de beleño, opio,
cicuta, eléboro negro y anapelo, y otro ofi-
cial se encaminó a vuestra casa con un cor-
dón de seda azul; mas no hallaron a nadie.
Por engañar más al rey, le hizo Cador una
falsa denuncia contra nosotros dos, fingiendo
que llevabais vos el camino de la India y yo
el de Menfis, y enviaron gente en nuestro
seguimiento.

«No me conocían los mensajeros que fueron en busca mía, porque casi nunca había mostrado mi semblante, como no fuese a vos, delante de mi marido y por orden suya. Íbanme persiguiendo por las señas que de mi persona les habían dado y se encontraron a la raya de Egipto con otra de mi estatura misma y que acaso era más hermosa. Estaba bañada en llanto, y andaba desatentada, de suerte que no dudaron de que era la reina de Babilonia, y la condujeron a Moabdar. Enojóse violentamente el rey por la equivocación; mas habiendo luego contemplado más atentamente a esta mujer, vió que era muy hermosa y se consoló. Llamábase Misuf, nombre que, según después me han dicho, significa en egipcio *la bella antojadiza*, y lo era efectivamente; pero no iban en zaga sus artes a sus antojos, tanto, que habiendo gustado a Moabdar, le cautivó de manera que la declaró su legítima esposa. Manifestóse entonces su índole sin rebozo, entregándose sin freno a todas las extravagancias de su imaginación. Quiso precisar al sumo mago, viejo y gotoso, a que bailase en su presencia, y habiéndose negado éste, le persiguió de muerte. A su caballero mayor le mandó hacer una torta de dulce, y puesto que dijo que no era repostero, todo fué en balde; tuvo que hacer la torta y le despidió porque estaba muy tostada. El cargo de caballero mayor se le dió a su enano y a un

paje le hizo fiscal del Consejo: de esta suerte gobernó a Babilonia. Llorábame todo el mundo, y el rey, que hasta que había mandado ahorcaros y darme veneno había sido bastante bueno, dejó que sus virtudes corriesen naufragio en su amor a la bella antojadiza. El día del fuego sagrado vino al templo, y le vi implorar a los dioses por Misuf, postrado ante la estatua donde estaba yo metida. Alzando entonces la voz, le dije: *Los dioses desechan las súplicas de un rey convertido en tirano, y que ha querido quitar la vida a una mujer de juicio por casarse con una loca.* Pusieron estas palabras en tan maña confusión a Moabdar, que se le fué la cabeza. Con el oráculo que había yo pronunciado, y con la tiranía de Misuf, sobraba para que perdiera la razón, y con efecto, en pocos días se volvió loco.

«Esta locura, que se atribuyó a castigo del cielo, fué la señal de rebelión: amotinóse el pueblo y tomó armas; Babilonia, donde reinaba tanto tiempo hacía una muelle ociosidad, se convirtió en teatro de una horrorosa guerra civil. Sacáronme del hueco de mi estatua, pusiéronme al frente de un partido y fué Cadór corriendo a Menfis para traerlos a Babilonia. Noticioso de tan fatales nuevas acudió el príncipe de Hircania con su ejército a formar tercer partido en la Caldea y vino a embestir al rey, que le salió al encuentro con su desatinada egipcia. Murió

Moabdar, traspasado de mil heridas, y cayó Misuf en poder del vencedor. Quiso mi desventura que yo también fuera cogida por una partida de guerrilla hircana, que me condujo a presencia del príncipe, al mismo tiempo que le llevaban a Misuf. Sin duda sabréis con satisfacción que me tuvo éste por más hermosa que la egipcia; pero no será de menos sentimiento para vos que os diga que me destinó para su serrallo, diciéndome, sin andarse con rodeos, que luego que concluyese una expedición militar para la cual iba a partir, se vendría a mí. Figuraos cuál fué mi quebranto; rotos los vínculos que con Moabdar me estrechaban, podía ser de Zadig, y caía en los hierros de un bárbaro. Respondíle con toda la altivez que me inspiraba mi alta jerarquía y mis afectos, habiendo oído decir toda mi vida que las personas de mi dignidad las habían dotado los cielos de tal grandeza, que con una palabra y un mirar de ojos confundían en el polvo de la nada a cuantos temerarios eran osados a apartarse un punto del más reverente acatamiento. Hablé como reina; pero fuí tratada como una moza de cántaro: el hircano, sin dignarse siquiera responderme, le dijo a su eunuco negro que yo era mal hablada, pero que le parecía linda. Mandóle que me cuidase y me diera el trato que a las que estaban en su privanza, para que me volviesen los colores y fuese más digna de

sus caricias el día que le pareciese oportuno honrarme con ellas. Díjele que me mataría, y me respondió riéndose que ninguna se mataba por esas cosas, y que estaba acostumbrado a semejantes melindres, y se fué dejándome como un jilguero en jaula. ¡Qué situación para la primera reina del universo, y más para un corazón que era de Zadig!»

El cual se hincó de rodillas al oír estas razones, regando con sus lágrimas las plantas de Astarté. Alzóle ésta cariñosamente y prosiguió diciendo: «Veíame en poder de un bárbaro, y en competencia con una loca con quien estaba encerrada. Contóme Misuf su aventura de Egipto, y por la pintura que de vos hizo, por el tiempo, por el dromedario en que ibais montado y por las demás circunstancias, vine en conocimiento de que era Zadig quien había peleado en su defensa; y no dudando de que estuvierais en Menfis, me determiné a refugiarme en esta ciudad. 'Bella Misuf, le dije: vos sois mucho más donosa que yo, y divertiréis más bien al príncipe de Hircania: procuradme medio para escapar; reinaréis vos sola y me haréis feliz, librándoos de una rival.' Misuf me ayudó a efectuar mi fuga y me partí secretamente con una esclava egipcia.

«Ya tocaba con la Arabia, cuando me robó un bandolero muy nombrado, llamado Arbogad, el cual me vendió a unos mercaderes que me trajeron a este palacio, donde

reside el señor Ogul, que me compró sin saber quién yo fuese. Es éste un glotón, que sólo piensa en atracarse bien y cree que le ha echado Dios al mundo para disfrutar de una buena mesa. Está tan excesivamente gordo, que a cada instante parece que va a reventar. Su médico tiene poco influjo con él cuando hace buena digestión; pero le manda despóticamente cuando tiene ahitera, y ahora le ha hecho creer que le había de sanar con un basilisco hervido en agua de rosas. Ha prometido dar su mano a la esclava que le trajere un basilisco, y ya veis que yo las dejo que se merezcan tan alta honra, no habiendo nunca tenido menos ganas de topar el tal basilisco que desde que han querido los cielos que volviese a veros.»

Dijéronse entonces Astarté y Zadig cuanto a los más generosos y apasionados pechos pudieron inspirar afectos tanto tiempo contrarrestados, y tanto amor, y tanta desdicha; y los genios que al amor presiden llevaron las razones de ambos a la esfera de Venus.

Tornáronse a la quinta de Ogul las mujeres sin haber hallado nada. Zadig se presentó a él, y le habló así: «Descienda del cielo la inmortal Hygia para dilatar vuestros años. Yo soy médico; he venido habiendo oído hablar de vuestra dolencia y os traigo un basilisco hervido en agua de rosas; no

porque aspire a casarme con vos, que sólo os pido la libertad de una esclava joven de Babilonia, que os vendieron pocos días hace, y me allano a permanecer esclavo en su lugar, si no tengo la dicha de sanar al magnífico señor Ogul.»

Fué admitida la propuesta, y partió Astarté para Babilonia en compañía del criado de Zadig, prometiéndole que le despacharía sin tardanza un mensajero para informarle de cuanto hubiese sucedido. No menos que su reconocimiento fueron amorosos sus vales: porque, como está escrito en el gran libro del Zenda, las dos épocas más solemnes de la vida son el instante en que nos volvemos a ver y aquel en que nos separamos. Quería Zadig a la reina tanto como se lo juraba, y la reina quería a Zadig más de lo que decía.

Zadig habló de esta suerte a Ogul: «Señor, mi basilisco no se come, que toda su virtud se os ha de introducir por los poros; yo le he puesto dentro de una odre bien henchida de viento y cubierta de un cuero muy fino; es menester que empujéis hacia mi dicha odre en el aire con toda vuestra fuerza, y que yo os la tire muchas veces, y con pocos días de dieta y de este ejercicio veréis la eficacia de mi arte.» Al primer día se hubo de ahogar Ogul, y creyó que iba a exhalar el alma; al segundo se cansó menos y durmió más bien; por fin, a los ocho días,

recobró toda la fuerza, la salud, la ligereza y el buen humor de sus más floridos años. Zadig le dijo: «Habéis jugado a la pelota y no os habéis hartado; sabed que no hay tal basilisco en el mundo; que un hombre sobrio, y que hace ejercicio, siempre vive sano, y que tan imaginario es el arte de amalgamar la gula con la salud como la piedra filosofal, la astrología judiciaria y la teología de los magos.»

Conociendo el primer médico de Ogul cuán peligroso para la medicina era semejante hombre, se coligó con el boticario del gremio para enviarle a buscar basiliscos al otro mundo; de suerte que, habiendo sido castigado siempre por sus buenas acciones, iba a morir por haber dado la salud a un señor glotón. Convidáronle a un espléndido banquete, donde le debían dar veneno al segundo servicio; pero estando en el primero, recibió un parte de la hermosa reina y se levantó de la mesa, partiéndose sin tardanza. «El que es amado de una hermosa, dice el gran Zoroastro, de todo sale bien en este mundo.»

CAPÍTULO XIX

LAS JUSTAS

Fué recibida la reina en Babilonia con aquel júbilo con que se recibe siempre una princesa hermosa y desdichada. Entonces Babilonia parecía algo más quieta; el príncipe de Hircania había perdido la vida en una batalla, y los babilonios vencedores declararon que Astarté se casaría con el que fuera elegido por soberano. Mas no quisieron que el primer puesto del mundo, que era de esposo de Astarté y monarca de Babilonia, pendiese de enredos y partidos, y juraron reconocer por rey al más valiente y discreto. Levantaron a pocas leguas de la ciudad un vasto palenque cercado de anfiteatros magníficamente adornados; los mantenedores se habían de presentar armados de punta en blanco, y se le había señalado a cada uno un aposento separado, donde no podía ver ni hablar a nadie. Se habían de correr cuatro lanzas, y los que tuviesen la dicha de vencer a cuatro caballeros, habían luego de

pelear unos con otros; de suerte que el posterior por quien quedara el campo fuese proclamado vencedor del torneo. Cuatro días después había de volver con las mismas armas y acertar las adivinanzas que propusiesen los magos, y si no las acertase no había de ser rey; mas se habían de volver a correr lanzas hasta que se diese con un hombre que saliese con victoria en ambas pruebas, porque estaban resueltos a no reconocer por rey a quien no fuese el más valiente y más discreto. En todo este tiempo no se permitía a la reina comunicar con nadie; sólo se le daba licencia para que asistiera a los juegos cubierta de un velo; pero no se le consentía hablar con ninguno de los pretendientes porque no hubiese injusticia ni valimiento.

Este aviso daba Astarté a su amante, esperando que acreditaría por ella más valor y discreción que nadie. Partióse Zadig suplicando a Venus que fortaleciera su ánimo y alumbrara su entendimiento, y llegó a las riberas del Eufrates la víspera del solemne día. Hizo asentar luego su mote entre los de los demás combatientes, escondiendo su nombre y su rostro como mandaba la ley, y se fué a descansar al aposento que le había cabido en suerte. Su amigo Cadór, que estaba de vuelta en Babilonia, habiéndole buscado en Egipto, mandó llevar a su cuarto una armadura completa que le enviaba la

reina, y también con ella el caballo más lozano de la Persia. Bien vió Zadig que estas dádivas eran de manos de Astarté, y adquirió nuevo vigor y esperanzas nuevas su amor y su denuedo.

Al día siguiente, sentada la reina bajo un dosel guarnecido de piedras preciosas, y llenos los anfiteatros de todas las damas y de gente de todos estados de Babilonia, se dejaron ver en el circo los mantenedores. Puso cada uno su mote a los pies del sumo mago; sorteáronse, y el de Zadig fué el postrero. Presentóse el primero un señor muy rico llamado Itobad, tan lleno de vanidad como falto de valor, de habilidad y de entendimiento. Habíanle persuadido sus sirvientes a que un hombre como él debía de ser rey, y él les había respondido: «Un hombre como yo debe reinar.» Habíanle armado, pues, de pies a cabeza; llevaba unas armas de oro con esmaltes verdes, un penacho verde, y la lanza colgada con cintas verdes. Por el modo de gobernar Itobad su caballo, se echó luego de ver que no había destinado el cetro de Babilonia a un hombre como él el cielo. El primer caballero que corrió lanza le hizo perder los estribos, y el segundo le tiró por las ancas del caballo a tierra, las piernas arriba y los brazos abiertos. Volvió a montar Itobad; pero haciendo tan triste figura, que todo el anfiteatro soltó la risa. No se dignó el tercero tocarle con la lanza,

sino que al pasar junto a él le agarró por la pierna derecha, y haciéndole dar media vuelta le derribó en la arena; los escuderos de los juegos acudieron a levantarlo riéndose; el cuarto combatiente le coge por la pierna izquierda y le tira del otro lado. Condujéronle con mil baldones a su aposento, donde, conforme a la ley, había de pasar aquella noche, y decía, pudiendo apenas menearse: «¡Qué aventura para un hombre como yo!»

Mejor desempeñaron su obligación los demás adalides: hubo algunos que vencieron a dos combatientes, y unos pocos llegaron hasta tres. Sólo el príncipe Otames venció a cuatro. Presentóse el postrero Zadig, y con mucho donaire sacó de los estribos a cuatro jinetes uno en pos de otro; con esto empezó la lid entre Zadig y Otames. Este traía armas de azul y oro con un penacho de lo mismo; las de Zadig eran blancas. Los ánimos de los asistentes estaban divididos entre el caballero azul y el blanco; a la reina le palpitaba el corazón, haciendo fervientes ruegos al cielo por el color blanco.

Dieron ambos campeones repetidas vueltas y revueltas con tanta ligereza; asestáronse y esquivaron tales botes con las lanzas, y tan fuerte se mantenían en sus estribos, que todos, menos la reina, deseaban que hubiese dos reyes en Babilonia. Cansados ya los caballos y rotas las lanzas, usó Zadig esta

treta: pasa por detrás del príncipe azul, se abalanza a las ancas de su caballo por la mitad del cuerpo, le derriba en tierra, monta en la silla vacía y empieza a dar vueltas alrededor de Otames, tendido en el suelo. Clama todo el anfiteatro: «Victoria para el caballero blanco.» Alzase enfurecido Otames, saca la espada; da Zadig un salto del caballo, el alfanje desnudo. Ambos empiezan en la arena nueva y más peligrosa batalla; ora triunfa la agilidad, ora la fuerza. Vuelan al viento, heridos de menudeados golpes, el plumaje de sus yelmos, los clavos de sus brazaletes, la malla de sus armas. De punta y de filo se hieren a izquierda, a derecha, la cabeza, el pecho; retíranse, acométense; se apartan, se agarran de nuevo; dóblanse como serpientes, embístense como leones; a cada instante saltan chispas de los golpes que se pegan. Zadig cobra, en fin, algún aliento; se para, esquiva un golpe de Otames, no le da vagar, le derriba, le desarma, y Otames exclama: «Caballero blanco, a vos es debido el trono de Babilonia.» No cabía en sí la reina de alborozo. Llevaron al caballero azul y al caballero blanco cada uno a su aposento, como habían hecho con todos los demás, cumpliendo con lo que mandaba la ley. Unos mudos los vinieron a servir y les trajeron de comer. Bien se puede presumir si sería el mudo de la reina el que sirvió a Zadig. Dejaronlos dormir solos hasta el otro

día por la mañana, que era cuando había de llevar el vencedor su mote al sumo mago para cotejarle y darse a conocer.

Tan cansado estaba Zadig, que durmió profundamente, aunque enamorado; mas no dormía Itobad, que estaba acostado en el cuarto inmediato, y, levantándose por la noche, entró en el de Zadig, cogió sus armas blancas y su mote, y puso las suyas verdes en lugar de ellas. Apenas rayaba el alba, cuando se presentó ufano al sumo mago, declarándole que un hombre como él era el vencedor. Nadie lo esperaba, pero fué proclamado, mientras que aun estaba durmiendo Zadig. Volvióse Astarté a Babilonia atónita y desesperada. Casi vacío estaba todo el anfiteatro cuando despertó Zadig, y, buscando sus armas, se encontró con las verdes en su lugar. Vióse precisado a revestirse de ellas, no teniendo otra cosa de que echar mano. Ármase atónito, indignado y enfurecido, y sale con este arreo.

Toda cuanta gente aun había en el anfiteatro y el circo le acogió con mil baldones; todos se le arrimaban y le daban vaya en su cara; nunca hombre sufrió tan afrentoso desaire. Faltóle la paciencia y desvió a sablazos el populacho que se atrevió a denostarle; pero no sabía qué hacerse, no pudiendo ni ver a la reina, ni reclamar las armas blancas que ésta le había enviado, por no aventurar su reputación; y mientras que estaba Astarté sumida

en un piélago de dolor, fluctuaba él entre furoros y zozobras. Paseábase por las orillas del Eufrates, persuadido a que le había destinado su estrella a irremediable desdicha, y recapitulaba en su mente todas sus desgracias, desde la mujer que no podía ver a los tuertos, hasta la de su armadura. «Eso he granjeado, decía, con haber despertado tarde; si no hubiera dormido tanto, fuera rey de Babilonia y poseedor de Astarté. Así, el saber, las buenas costumbres, el esfuerzo, nunca para más que para mi desdicha me han valido.» Exhalóse al cabo en murmuraciones contra la Providencia, y le vino la tentación de creer que todo lo regía un destino cruel que a los buenos oprimía y hacía que prosperasen los caballeros verdes; que uno de sus mayores sentimientos era verse con aquellas armas verdes que tanta mofa le habían acarreado. Pasó un mercader, a quien se las vendió muy baratas, y le compró una bata y una gorra larga. En este traje iba siguiendo la corriente del Eufrates, desesperado y acusando en su corazón a la Providencia, que no se cansaba de perseguirle.

CAPITULO XX

EL ERMITAÑO

Caminando, como hemos dicho, se encontró con un ermitaño cuya luenga barba descendía hasta el estómago. Llevaba éste un libro que iba leyendo muy atentamente. Paróse Zadig y le hizo una profunda reverencia, a que correspondió el ermitaño de manera tan afable y tan noble, que a Zadig le vino la curiosidad de razonar con él. Preguntóle qué libro era el que leía. «El libro del destino, dijo el ermitaño; ¿queréis leer algún trozo?» Púsosele en las manos; mas aunque fuese Zadig versado en muchos idiomas, no pudo conocer ni una letra, con lo cual se aumentó su curiosidad. «Muy triste parecéis, le dijo el buen padre. —¡Tanto motivo tengo para estarlo!, respondió Zadig. —Si me dais licencia para que os acompañe, repuso el anciano, acaso podré serviros en algo, que a veces he hecho bajar el consuelo a las almas de los desventurados.» La traza, la barba y el libro del ermitaño infundieron respeto en

Zadig, y en su conversación encontró superiores luces. Hablaba el ermitaño del destino, de la justicia, de la moral, del sumo bien, de la humana flaqueza, de las virtudes y los vicios con tan viva y penetrante elocuencia, que Zadig, por un irresistible embeleso, se sentía atraído hacia él, y le rogó con ahinco que no le dejara hasta que estuviesen de vuelta en Babilonia. «Ese mismo favor os pido yo; juradme por Orosmales que, sea lo que fuere lo que me veáis hacer, no os habéis de separar de mí en algunos días.» Jurólo Zadig y siguieron juntos ambos su camino.

Aquella misma tarde llegaron a una magnífica quinta y pidió el ermitaño hospedaje para sí y para el mozo que le acompañaba. Introdújolos en casa, con ademán de desdeñosa generosidad, un portero que parecía un gran señor, y los presentó a un criado principal, que les enseñó los aposentos de su amo. Sentáronlos al cabo de la mesa, sin que se dignara el dueño de aquel palacio de honrarlos con una mirada; pero los sirvieron, como a todos los demás, con opulencia y delicadeza. Diéronles luego agua a manos en una palangana de oro, guarnecida de esmeraldas y rubíes; lleváronlos a acostar a un suntuoso aposento, y a la mañana siguiente trajo el criado a cada uno una moneda de oro, y después los despidieron.

«El amo de esta casa, dijo Zadig en el ca-

mino, me parece que es hombre generoso, aunque algo altivo, y que ejercita con nobleza la hospitalidad » Al decir estas palabras advirtió que parecía tieso y henchido una especie de costal muy largo que traía el ermitaño, y vió dentro la palangana de oro guarnecida de piedras preciosas, que había hurtado. No se atrevió a decirle nada, pero estaba confuso y perplejo.

A la hora de medio día se presentó el ermitaño a la puerta de una casuca muy mezquina, donde vivía un rico avariento, y pidió que le hospedaran por pocas horas. Recibióle con áspero rostro un criado viejo mal vestido, y llevó a Zadig con el ermitaño a la caballeriza, donde les sirvieron unas aceitunas podridas, un poco de pan bazo y de vino avinagrado. Comió y bebió el ermitaño con tan buen humor como el día antes; y, dirigiéndose luego al criado viejo, que no quitaba la vista de uno y otro porque no hurtaran nada, y que les daba prisa para que se fuesen, le dió las dos monedas de oro que había recibido aquella mañana, y agradeciéndole su cortesía, añadió: «Ruégoos que me permitáis hablar con vuestro amo.» Atónito el criado le presentó los dos caminantes. «Magnífico señor, dijo el ermitaño, no puedo menos de daros las más rendidas gracias por el agasajo tan noble con que nos habéis hospedado: dignaos de admitir esta palangana de oro en corta paga de mi

gratitud.» Poco faltó para desmayarse con el gozo el avariento; y el ermitaño, sin darle tiempo para volver de su asombro, se partió a toda priesa con su compañero joven. «Padre mío, le dijo Zadig, ¿qué quiere decir lo que estoy viendo? Paréceme que no os semejáis en nada a los demás: ¡robáis una palangana de oro guarnecida de piedras preciosas a un señor que os hospeda con magnificencia, y se la dais a un avariento que indignamente os trata! —Hijo, respondió el anciano, el hombre magnífico que sólo por vanidad y por hacer alarde de sus riquezas hospeda a los forasteros, se tornará más cuerdo, y aprenderá el avariento a ejercitar la hospitalidad. No os dé pasmo nada y seguidme.» Todavía no atinaba Zadig si iba con el más loco o con el más cuerdo de los hombres; pero tanto era el dominio que se había granjeado en su ánimo el ermitaño, que obligado también por su juramento no pudo menos de seguirle.

Aquella tarde llegaron a una casa aseada, pero sencilla, y donde nada respiraba prodigalidad ni parsimonia. Era su dueño un filósofo retirado del tráfago del mundo, que cultivaba en paz la sabiduría y la virtud y que nunca se aburría. Había tenido gusto especial en edificar este retirado albergue, donde recibía a los forasteros con una dignidad que en nada se parecía a la ostentación. Él mismo salió al encuentro a los dos

caminantes, los hizo descansar en un aposento muy cómodo y poco después vino él en persona a convidarlos a un banquete aseado y bien servido, durante el cual habló con mucho tino de las últimas revoluciones de Babilonia. Pareció adicto de corazón a la reina y hubiera deseado que Zadig se hubiera hallado entre los competidores a la corona: «Pero no merecen los hombres, añadió, tener un rey como Zadig.» Abochornado éste sentía crecer su dolor. En la conversación estuvieron todos conformes en decir que no siempre iban las cosas de este mundo a gusto de los sabios; pero sustentó el ermitaño que no conocíamos las vías de la Providencia y que era desacierto en los hombres fallar acerca de un todo, cuando no veían más que una pequeñísima parte.

Tratóse de las pasiones. «¡Cuán fatales son! dijo Zadig. —Son, replicó el ermitaño, los vientos que hinchan las velas del navío; algunas veces le sumergen, pero sin ellas no es posible navegar. La bilis hace iracundo y causa enfermedades; mas sin bilis no pudiera uno vivir. En la tierra todo es peligroso y todo necesario.»

Tratóse del deleite y probó el ermitaño que era una dádiva de la divinidad. «Porque el hombre, dijo, por sí propio no puede tener sensaciones ni ideas: todo en él es prestado, y la pena y el deleite le vienen de otro, como su mismo ser.»

Pasmábase Zadig de que un hombre que tantos desatinos había cometido, discurriese con tanto acierto. Finalmente, después de una conversación no menos grata que instructiva, llevó su huésped a los dos caminantes a un aposento, dando gracias al cielo que le había enviado dos hombres tan sabios y virtuosos. Brindóles con dinero de un modo ingenuo y noble que no podía disgustar; rehusóle el ermitaño, y le dijo que se despedía de él porque hacía ánimo de partirse para Babilonia antes del amanecer. Fué afectuosa su separación, y con especialidad Zadig se quedó penetrado de estimación y cariño a tan amable huésped.

Cuando estuvo con el ermitaño en su aposento, hicieron ambos un pomposo elogio de su huésped. Al rayar el alba despertó el anciano a su camarada. «Vámonos, le dijo; quiero, empero, mientras que duerme todo el mundo, dejar a este buen hombre una prueba de mi estimación y mi cariño.» Diciendo esto, cogió una tea y pegó fuego a la casa. Asustado Zadig, dió gritos y le quiso estorbar que cometiese acción tan horrenda; pero se le llevaba tras sí con superior fuerza el ermitaño. Ardía la casa, y el ermitaño, que junto con su compañero ya estaba desviado, la miraba arder con mucho sosiego. «Loado sea Dios, dijo, ya está la casa de mi buen huésped quemada hasta los cimientos. ¡Qué hombre tan feliz!» Al oír

estas palabras le vinieron tentaciones a Zadig de soltar la risa, de decir mil picardías al padre reverendo, de darle de palos y de escaparse; pero las reprimió todas, siempre dominado por la superioridad del ermitaño, y le siguió hasta la última jornada.

Alojáronse en casa de una caritativa y virtuosa viuda, la cual tenía un sobrino de catorce años, muchacho graciosísimo y que era su única esperanza. Agasajólos lo mejor que pudo en su casa y al siguiente día mandó a su sobrino que fuera acompañando a los dos caminantes hasta un puente que se había roto poco tiempo hacía y era un paso peligroso. Precedíales muy solícito el muchacho, y cuando hubieron llegado al puente, le dijo el ermitaño: «Ven acá, hijo mío, que quiero manifestar mi agradecimiento a tu tía»; y agarrándole de los cabellos le tira al río. Cae el chico, nada un instante encima del agua y se le lleva la corriente. «¡Oh monstruo, oh hombre, el más perverso de los hombres!» exclamó Zadig. —De tener más paciencia me habíais dado palabra, interrumpió el ermitaño; sabed que debajo de los escombros de aquella casa a que ha pegado fuego la Providencia, ha encontrado su dueño un inmenso tesoro; sabed que este mancebo ahogado por la Providencia había de asesinar a su tía de aquí a un año, y de aquí a dos a vos mismo. —¿Quién te lo ha dicho, inhumano? exclamó Zadig; y aun cuando hu-

bieses leído ese suceso en tu libro de los destinos, ¿qué derecho tienes para ahogar a un muchacho que no te ha hecho mal ninguno?»

Todavía estaba hablando el babilonio, cuando advirtió que no tenía ya barba el anciano y que se remozaba su semblante. Luego desapareció su traje de ermitaño y cuatro hermosas alas cubrieron un cuerpo majestuoso y resplandeciente. «¡Oh paraninfo del cielo; oh ángel divinol exclamó prostrado Zadig; ¿conque has bajado del Empíreo para enseñar a un flaco mortal a que se someta a sus eternos decretos? — Los humanos, dijo el ángel Jesrad, sin saber de nada fallan de todo: entre todos los mortales tú eras el que merecías más ser ilustrado.» Pidióle Zadig licencia para hablar y le dijo: «No me fio de mi entendimiento; pero sí he de ser osado a suplicarte que disipes una duda mía; dime: ¿no valía más haber enmendado a ese muchacho y héchole virtuoso que ahogarle? — Si hubiese sido virtuoso y vivido, respondió Jesrad, era su suerte ser asesinado con la mujer con quien se había de casar y el hijo que de este matrimonio había de nacer. — ¿Conque es indispensable, dijo Zadig, que haya atrocidades y desventuras, y que éstas recaigan en los hombres virtuosos? — Los malos, replicó Jesrad, siempre son desdichados, y sirven para probar un corto número de justos sembrado sobre el haz de la tierra, sin que haya mal de don-

de no resulte un bien. —Empero, dijo Zadig, ¿si sólo hubiese bienes sin mezcla de males? —La tierra, entonces, replicó Jesrad, fuera otra tierra; la cadena de los sucesos otro orden de sabiduría; y este orden, que sería perfecto, sólo en la mansión del Ser Supremo, donde no puede haber mal ninguno, puede existir. Millones de mundos ha criado, y no hay dos que puedan parecerse uno a otro; que esta variedad inmensa es un atributo de su inmenso poder. No hay en la tierra dos hojas de árbol, ni en los infinitos campos del cielo dos globos enteramente parecidos; y cuanto ves en el pequeñísimo átomo donde has nacido forzosamente, había de existir en su tiempo y lugar determinado, conforme a las inmutables órdenes de aquel que todo lo abraza. Piensan los hombres que este niño que acaba de morir se ha caído por casualidad en el río, y que aquella casa se quemó por casualidad; mas no hay casualidad, que todo es prueba o castigo, remuneración o providencia. Acuérdate de aquel pescador que se tenía por el más desventurado de los mortales, y Orosmades te envió para mudar su suerte. Deja, flaco mortal, de disputar contra lo que debes adorar. —Empero, dijo Zadig...» Mientras él decía *empero*, ya dirigía el ángel su raudo vuelo a la décima esfera. Zadig veneró arrodillado la Providencia y se sometió. De lo alto de los cielos le gritó el ángel: «Encamínate a Babilonia.»

CAPÍTULO XXI

LAS ADIVINANZAS

Fuera de sí Zadig, como uno que ha visto caer junto a sí un rayo, caminaba desatentado. Llegó a Babilonia el día que para acertar las adivinanzas y responder a las preguntas del sumo mago estaban ya reunidos en el principal atrio del palacio todos cuantos habían combatido en el palenque, y habían llegado todos los mantenedores de la justa menos el de las armas verdes. Luego que entró Zadig en la ciudad, se agolpó en torno de él la gente, sin que se cansaran sus ojos de mirarle, su lengua de darle bendiciones, ni su corazón de desear que se ciese la corona. El envidioso, que le vió pasar, se esquivó despechado y le llevó en volandas la muchedumbre al sitio de la asamblea. La reina, a quien informaron de su arribo, vacilaba agitada de temor y esperanza; y llena de desasosiego, no podía entender por qué venía Zadig desarmado, o cómo llevaba Itobad las armas blancas. Alzóse un

confuso murmullo así que columbraron a Zadig; todos estaban pasmados y llenos de alborozo de verle; pero solamente los caballeros que se habían peleado tenían derecho a presentarse en la asamblea.

«Yo también he peleado, dijo; pero otro ha usurpado mis armas, y hasta que tenga la honra de acreditarlo, pido licencia para presentarme a acertar los enigmas.» Votaron, y estaba tan grabada en todos los ánimos la reputación de su probidad, que unánimemente fué admitido.

La primera cuestión que propuso el sumo mago fué: «¿Cuál es la más larga y más corta de todas las cosas del mundo, la más breve y más lenta, la más divisible y más extensa, la que más se desperdicia y más se llora haber perdido, sin la que nada se puede hacer, que se traga todo lo mezquino y da vida a todo lo grande?»

Tocaba a Itobad responder, y dijo que él no entendía de adivinanzas y que le bastaba haber sido vencedor lanza en ristre. Unos dijeron que era la fortuna, otros que la tierra y otros que la luz. Zadig dijo que era el tiempo. «No hay cosa más larga, añadió, pues mide la eternidad; ni más corta, pues falta para todos nuestros planes; ni más lenta para el que espera, ni más veloz para el que disfruta; se extiende a lo infinitamente grande y se divide hasta lo infinitamente pequeño; ninguno hace

aprecio de él, y todos lloran su pérdida; sin él nada se hace; sepulta en el olvido cuanto es indigno de la posteridad, y hace inmortales las grandes acciones.» La asamblea confesó que tenía razón Zadig.

Preguntaron luego: «¿Qué es lo que recibimos sin agradecerlo, disfrutamos sin saber cómo, damos a otros sin saber dónde estamos, y perdemos sin echarlo de ver?»

Cada uno dijo su cosa; sólo Zadig adivinó que era la vida y con la misma facilidad acertó los demás enigmas. Itobad decía al fin que no había cosa más fácil, y que con la mayor facilidad habría él dado con ello si hubiera querido tomarse el trabajo. Propusiéronse luego cuestiones acerca de la justicia, del sumo bien, del arte de reinar, y las respuestas de Zadig se reputaron por las más sólidas. «Lástima es, decían todos, que sujeto de tanto talento sea tan mal jinete.

—Ilustres señores, dijo en fin Zadig, yo he tenido la honra de vencer en el palenque, que soy el que tenía las armas blancas. El señor Itobad se revistió de ellas mientras que yo estaba durmiendo, creyendo que sin duda le sentarían más bien que las verdes. Le reto para probarle delante de todos vosotros, con mi bata y mi espada, contra toda su luciente armadura blanca que me ha quitado, que fuí yo quien tuve la honra de vencer al valiente Otames.»

Admitió Itobad el duelo con mucha con-

fianza, no dudando de que con su yelmo, su coraza y sus brazaletes, acabaría fácilmente con un campeón que se presentaba en bata y con su gorro de dormir. Desnudó Zadig su espada después de hacer una cortesía a la reina, que agitada de temor y alborozo le miraba; Itobad desenvainó la suya sin saludar a nadie, y acometió a Zadig como quien nada tenía que temer. Ibale a hender la cabeza de una estocada, cuando paró Zadig el golpe, haciendo que la espada de su contrario pegase en falso y se hiciese pedazos. Abrazándose entonces con su enemigo le derribó al suelo, y poniéndole la punta de la espada por entre la coraza y el espaldar: «Dejaos desarmar, le dijo, si no queréis perder la vida.» Pasmado Itobad, como era su costumbre, de las desgracias que a un hombre como él sucedían, no hizo resistencia a Zadig, que muy a su sabor le quitó su magnífico yelmo, su soberbia coraza, sus hermosos brazaletes, sus lucidas escarcelas, y así armado fué a postrarse a las plantas de Astarté. Sin dificultad probó Cadór que pertenecían estas armas a Zadig, el cual por consentimiento unánime fué alzado por rey, con sumo beneplácito de Astarté, que después de tantas desventuras disfrutaba la satisfacción de contemplar a su amante digno de ser su esposo a vista del universo. Fuése Itobad a su casa a que le llamaran Su Excelencia. Zadig fué rey y feliz, no olvidándose

de cuanto le había enseñado el ángel Jesrad, y acordándose del grano de arena convertido en diamante y él y la reina adoraron la Providencia. Dejó Zadig correr por el mundo a la bella antojadiza Misuf; envió a llamar al bandolero Arbogad, a quien dió un honroso puesto en el ejército, prometiéndole que le adelantaría hasta las primeras dignidades militares si se portaba como valiente militar, y que le mandaría ahorcar si hacía el oficio de ladrón.

Setoc, llamado de lo interior de la Arabia, vino con la hermosa Almina y fué nombrado superintendente del comercio de Babilonia. Cador, colocado y estimado como merecían sus servicios, fué amigo del rey, y éste ha sido el único monarca en la tierra que haya tenido un amigo. No se olvidó Zadig del mudo, ni del pescador, a quien dió una casa muy hermosa. Orcán fué condenado a pagarle una fuerte cantidad de dinero y a restituirle su mujer; pero el pescador, que se había hecho hombre cuerdo, no quiso más que el dinero.

La hermosa Semira no se podía consolar de haberse persuadido a que hubiese quedado Zadig tuerto, ni se hartaba Azora de llorar por haber querido cortarle las narices. Calmó el rey su dolor con dádivas; pero el envidioso se cayó muerto de pesar y vergüenza. Disfrutó el imperio la paz, la gloria y la abundancia, y éste fué el más flo-

reciente siglo del mundo, gobernado por el amor y la justicia. Todos bendecían a Zadig y Zadig bendecía el cielo.

NOTA. Aquí se concluye el manuscrito que de la historia de Zadig hemos hallado. Sabemos que le sucedieron luego otras muchas aventuras que se conservan en los anales contemporáneos, y suplicamos a los eruditos intérpretes de lenguas orientales que nos las comuniquen si a su noticia llegaren.

FIN DE LA HISTORIA DE ZADIG

II

MEMNÓN

o

LA CORDURA HUMANA

Púsosele en la cabeza a Memnón un día la desatinada idea de ser completamente cuerdo; que pocos hombres hay a quien no haya pasado por la cabeza semejante locura. Memnón discurría así: «Para ser muy cuerdo, y a consecuencia muy feliz, basta con no dejarse arrastrar de las pasiones; cosa muy fácil, como nadie ignora. Lo primero, nunca he de querer a mujer ninguna, y en viendo una beldad acabada, diré en mi interior: 'Un día se ha de arrugar ese semblante; ese turgente y redondo pecho se ha de tornar fofo y lacio; esa tan bien poblada cabeza ha de quedarse calva, y me basta con mirarla desde ahora, como la he de ver entonces, para que esa linda cabeza no me haga perder la mía.'

«Lo segundo, siempre seré sobrio, por más que me tiente la golosina, los exquisitos vinos y el incentivo de la sociedad. Me figuraré las resultas de la glotonería, la cabeza cargada, el estómago descompuesto, perdida la razón, la salud y el tiempo; y así sólo comeré lo que necesite, disfrutaré sana salud y tendré siempre claras y luminosas las

ideas. Cosa es ésta tan fácil, que no es meritorio salirse con ella.

«Luego, continuaba Memnón, es necesario no descuidar su caudal; mis deseos son moderados; tengo mi dinero que me produce buenos réditos y con buenas fianzas en poder del tesorero general de Nínive, y me basta para vivir sin depender de nadie, que es la mayor fortuna, porque nunca me veré en la cruel precisión de ir a besar manos de palaciegos; a nadie tendré envidia, y de nadie seré envidiado; cosa no menos fácil. Amigos tengo, dijo, en fin, y los conservaré, porque nunca les haré mal tercio; no se enfadarán jamás conmigo ni yo con ellos; tampoco en esto se ofrece dificultad.»

Formado así su planecico de moderación, dando paseos por su cuarto, se asomó Memnón a la ventana y vió dos señoras que iban por unas calles de plátanos, que inmediatas a su casa había. Era vieja la una, y no la aquejaba al parecer nada; la otra era moza, linda y tenía trazas de estar muy apesadumbrada; suspiraba y lloraba, y eso mismo le daba más gracia. Moviése mucho nuestro sabio, no con la beldad de la dama (porque estaba seguro de no rendirse a tal flaqueza), mas sí por el desconuelo en que la veía. Bajó y se acercó a la ninivita joven, con ánimo de darle prudentes consuelos. Contóle esta hermosa con la más ingenua y tierna expresión los perjuicios que le hacía

un tío que no tenía, con qué artificio la había privado de un caudal que nunca había poseído y los temores que le causaban sus arrebatos. «Vos me parecéis hombre discreto, le dijo, y si me hicierais el favor de venir hasta mi casa y examinar mis asuntos, estoy cierta de que me sacaríais del cruel apuro en que me veo.» No tuvo reparo Memnón en acompañarla, para examinar con madurez sus asuntos y darle buenos consejos.

Llevóle la afligida señora a un retrete bien aromado, y le obligó con mucha cortesía a sentarse en un muelle sofá, donde estaban, las piernas cruzadas, uno enfrente de otro. Hablaba la dama con los ojos bajos; de cuando en cuando se le iban las lágrimas, y cuando los levantaba, siempre topaba con las miradas del cuerdo Memnón. Eran sus razones cariñosas en demasía, y mucho más cuando ambos se miraban. Memnón tomaba muy a pecho sus asuntos, y a cada instante crecía en él el anhelo de servir a tan hermosa y desdichada persona. Con el calor de la conversación dejaron poco a poco de encontrarse uno enfrente de otro y de tener cruzadas las piernas, aconsejándola Memnón tan de cerca, y siendo tan cariñosos sus consejos, que ni uno ni otro podían hablar de asuntos, ni sabían dónde estaban.

Estando en esto llega, como ya el lector se ha podido imaginar, el tío, el cual venía

armado de punta en blanco, y lo primero que dijo fué que iba a matar, como era justo, al sabio Memnón y a su sobrina, y lo último, que podría perdonarlos si le daban mucho dinero. Vióse precisado Memnón a darle cuanto tenía, y gracias a que en aquellos venturosos tiempos no había peores resultas que temer, que aun no estaba descubierta la América, ni eran las hermosas damas afligidas tan peligrosas como ahora.

Confuso y desesperado Memnón, se volvió a su casa, donde encontró una esquila convidándole a comer con unos amigos íntimos. «Si me quedo solo en casa, dijo, tendré preocupado el ánimo con mi triste aventura, no comeré y caeré malo; más vale hacer una frugal comida con mis amigos íntimos, y con su amena compañía olvidarme del disparate que esta mañana he cometido.» Fuése al convite, y viendo que estaba algo triste, le obligaron a que bebiese para disipar su melancolía. El vino usado con moderación es medicina para el ánimo y para el cuerpo; así pensaba el sabio Memnón, y se emborrachó. Propónenle jugar una mano de sobremesa; un juego donde se atraviesa poco, es una inocente diversión. Juega y le ganan cuanto traía en el bolsillo y cuatro veces más sobre su palabra. Originase una contienda sobre el juego, irrítanse los ánimos, le tira uno de sus íntimos amigos a la cabeza un cubilete que le saca un ojo, y

traen a casa al sabio Memnón borracho, sin dinero y con un ojo menos.

Habiendo dormido un poco el lobo, envía a su criado a casa del tesorero general de rentas de Nínive, a que le diera dinero para pagar a sus íntimos amigos, y le trae el criado la nueva de que aquella mañana había hecho una quiebra de mala fe su deudor, con la cual dejaba por puertas a cien familias. Despechado Memnón, se va a palacio con un parche en el ojo y un memorial en la mano, pidiendo justicia al rey del fallido, y encuentra en una sala a muchas damas, todas como peonzas al revés, con elegantes tontillos de veinte pies de circunferencia y batas de treinta de cola. Una que le conocía algo, dijo mirándole al soslayo: «¡Jesús, qué horror!» Y otra que le conocía más: «Buenas tardes, señor Memnón; de veras, señor Memnón, que me alegro mucho de veros. ¿Cómo es que estáis tuerto, señor Memnón?» Y dicho esto, se fué sin aguardar respuesta. Agazapóse Memnón en un rincón, esperando a poderse echar a los pies del monarca. Llegó Su Majestad, besó Memnón tres veces el suelo y le dió su memorial, que tomó el soberano con mucha afabilidad, y se le alargó a uno de sus sátrapas, para que le diera cuenta. Llama el sátrapa a Memnón aparte, y le dice en tono de mofa y ademán de insulto: «Donoso tuerto sois, pues os atrevéis a dar al

rey un memorial que no ha pasado por mi mano, y cometéis con eso el atentado de pedir justicia de un fallido muy honrado, que está bajo mi amparo y es sobrino de una doncella de servicio de mi querida. No deis más paso en el asunto, si no queréis perder el ojo sano que os queda.»

De esta suerte, habiendo Memnón renunciado por la mañana de mozas, de comilonas, de juego, de contiendas, y sobre todo de palacio, antes de anochecer había sido engañado y estafado por una hermosa dama, se había emborrachado, había jugado, le habían sacado un ojo, y había ido a palacio, donde se habían reído de él.

Confuso, absorto y rendido al peso de su sentimiento, se volvía medio muerto a su casa, y, al ir a entrar, la encontró llena de alguaciles y escribanos que cargaban con los muebles a nombre de sus acreedores. Paróse casi sin sentido debajo de un plátano, y se encuentra con la linda dama de aquella mañana, que se andaba paseando con su amado tío, y que no se pudo tener de risa al ver a Memnón con su parche. Cerró la noche y se acostó Memnón sobre un montón de paja, cerca de las paredes de su casa; entróle calentura, se aletargó con la fuerza de ella y se le apareció en sueños un espíritu celestial, el cual era resplandeciente como el sol, tenía seis hermosas alas, pero sin pies, ni cabeza,

ni cola, y no se parecía a cosa ninguna.

«¿Quién eres?, le dijo Memnón. —Tu genio bueno, le respondió. —Pues vuélveme, repuso Memnón, mi ojo, mi salud, mi caudal, mi cordura»; y de seguida le contó de qué modo todo lo había perdido aquel día. «Aventuras son esas, replicó el espíritu, que nunca suceden en el mundo donde nosotros vivimos. —¿En qué mundo vivís?, le dijo el hombre afligido. —Mi patria, respondió el genio, dista quinientos millones de leguas del sol, y es aquella estrellita junto a Sirio que estás viendo desde aquí. —¡Lindo país!, dijo Memnón. ¿Conque no tenéis bribonas que engañan a los hombres de bien, ni amigos íntimos que les estafan su dinero y les sacan un ojo, ni deudores que quiebren, ni sátrapas que se rían de vosotros cuando os niegan justicia? —No, le dijo el morador de la estrella, nada de eso; no nos engañan las mujeres, porque no las hay; no hacemos excesos de glotonería, porque no comemos; no nos pueden sacar los ojos, porque no se parece nuestro cuerpo al vuestro; ni los sátrapas cometen injusticias, porque todos son iguales.»

Díjole entonces Memnón: «Señor Ilustrísimo, sin mozas y sin comer, ¿en qué pasáis el tiempo? —En cuidar, dijo el genio, de los demás globos que están a nuestro cargo, y yo he venido a consolarte. —¡Ayl, replicó Memnón, ¿por qué no habéis venido la no-

che pasada y me hubierais estorbado hacer tanto disparate? —Porque estaba con Asán, tu hermano mayor, le dijo el morador de los cielos, el cual es más desventurado que tú, habiendo Su Majestad el clemente rey de las Indias, en cuyo palacio tiene la honra de estar empleado, mandándole sacar ambos ojos por una leve falta, y teniéndole en un calabozo amarrado de pies y manos. —Par diez, exclamó Memnón, que estamos medrados con tener un genio bueno en nuestra familia, si de dos hermanos uno está ciego y otro tuerto, uno acostado sobre paja y otro en una cárcel. —Tu suerte se mudará, replicó el animal de la estrella; verdad es que toda la vida serás tuerto; pero, como no sea eso, vivirás bastante feliz, con tal que nunca hagas el desatinado propósito de ser completamente cuerdo. —¿Conque eso es cosa que no es posible conseguir?, replicó Memnón arrancando un sollozo. —Como no es posible, respondió el otro, ser completamente inteligente, completamente fuerte, completamente poderoso o completamente feliz. Nosotros mismos estamos muy distantes de serlo: un globo hay, a la verdad, donde todo eso se encuentra; pero todo va por grados en los cien mil millones de mundos sembrados en el espacio. En el segundo hay menos placer y menos sabiduría que en el primero; en el tercero, menos que en el segundo, y así se sigue hasta el postrero, donde todo

el mundo es enteramente loco. —Mucho me temo, dijo Memnón, que nuestro globo sea justamente esa casa de orates del universo que vos decís. —No tanto como eso, dijo el espíritu, pero le anda cerca, y es preciso que cada cosa ocupe su sitio señalado. —En tal caso, dijo Memnón, muy descaminados van ciertos poetas y ciertos filósofos, que dicen que *todo está bien*. —Razón llevan, dijo el filósofo del otro mundo, si contemplan la colocación del universo entero. —¡Ahl, replicó el pobre Memnón, eso no lo creeré mientras fuere tuerto.»

FIN DE MEMNÓN

III

MICROMEGAS

HISTORIA FILOSÓFICA

ADVERTENCIA

Esta novela puede considerarse como una imitación de Gulliver y hay en ella varias alusiones. El enano de Saturno es Mr. de Fontenelle, de quien habló mal Voltaire, como de casi todos los grandes escritores de su tiempo, nacionales y extranjeros.

CAPÍTULO PRIMERO

VIAJE DE UN MORADOR DEL MUNDO DE LA ESTRELLA SIRIO AL PLANETA DE SATURNO

Había en uno de los planetas que giran en torno de la estrella llamada Sirio, un mozo de mucho talento, a quien tuve la honra de conocer en el postrer viaje que hizo a nuestro mezquino hormiguero. Era su nombre Micromegas, nombre que cae perfectamente a todo grande, y tenía ocho leguas de alto, quiero decir veinticuatro mil pasos geométricos de cinco pies de rey.

Algún algebrista, casta de gente muy útil al público, tomará a este paso de mi historia la pluma y calculará que teniendo el señor don Micromegas, morador del país de Sirio, desde la planta de los pies al colodriillo veinticuatro mil pasos, que hacen ciento y veinte mil pies de rey, y nosotros, ciudadanos de la tierra, no pasando por lo común de cinco pies, y teniendo nuestro globo nueve mil leguas de circunferencia, es absolutamente indispensable que el planeta donde

nació nuestro héroe tenga cabalmente veintidós millones y seiscientas mil veces más de circunferencia que nuestra tierra. Pues no hay cosa más común ni más natural; y los Estados de ciertos principillos de Alemania o de Italia, que pueden andarse en media hora, comparados con la Turquía, la Rusia o la América española, son una imagen, todavía muy distante de la realidad, de las diferencias que ha establecido la naturaleza entre los seres.

Es la estatura de su excelencia la que llevamos dicha, de donde colegirán todos nuestros pintores y escultores que su cuerpo podía tener unos cincuenta mil pies de rey de circunferencia, porque es muy bien proporcionado.

Su entendimiento es de los más perspicaces que se puedan ver; sabe una multitud de cosas, y algunas ha inventado: apenas rayaba con los doscientos cincuenta años, siendo estudiante en el colegio de jesuitas de su planeta, como es allí estilo común, adivinó por la fuerza de su inteligencia más de cincuenta proposiciones de Euclides, que son diez y ocho más que hizo Blas Pascal, el cual habiendo adivinado, según dice su hermana, treinta y dos jugando, llegó a ser, andando los años, harto medianamente geómetra y malísimo metafísico. De edad de cuatrocientos cincuenta años, que no hacía más que salir de la niñez, disecó unos

insectos muy chicos que no llegaban a cien pies de diámetro, y se escondían a los microscopios ordinarios, y compuso acerca de ellos un libro muy curioso, pero que le trajo no pocos disgustos. El muftí de su país, no menos cosquilloso que ignorante, encontró en su libro proposiciones sospechosas, malsonantes, temerarias, heréticas, *o que oían a herejía*, y le persiguió de muerte; tratábase de saber si la forma substancial de las pulgas de Sirio era de la misma naturaleza que la de los caracoles. Defendióse con mucha sal Micromegas: se declararon las mujeres en su favor, puesto que al cabo de doscientos veinte años que había durado el pleito, hizo el muftí condenar el libro por calificadores que ni le habían leído, ni sabían leer, y fué desterrado de la corte el autor por tiempo de ochocientos años. ¹

No le afligió mucho el salir de una corte llena de enredos y chismes. Compuso unas décimas muy graciosas contra el muftí, que a éste no le importaron un bledo, y se dedicó a viajar de planeta en planeta, para acabar de perfeccionar su razón y su corazón, como dicen. Los que están acostumbrados a caminar en coche de colleras, o en

¹ El teatino Boyer había perseguido a Voltaire por haber éste dicho en sus *Cartas filosóficas* que las facultades de nuestra alma se desarrollan al mismo tiempo que nuestros órganos, del mismo modo que las facultades del alma de los animales.

silla de posta, se pasmarán de los carruajes de allá arriba, porque nosotros, en nuestra pelota de cieno no entendemos de otros estilos que los nuestros. Sabía completamente las leyes de la gravitación y de las fuerzas atractivas y repulsivas nuestro caminante, y se valía de ellas con tanto acierto que ora montado en un rayo del sol, ora cabalgando en un cometa, andaban de globo en globo él y sus sirvientes, lo mismo que revolotea un pajarillo de rama en rama. En poco tiempo hubo corrido la vía láctea; y siento tener que confesar que nunca pudo columbrar, por entre las estrellas de que está sembrada, aquel hermosísimo cielo empíreo, que con su antejo de larga vista descubrió el ilustre Derham,¹ teniente cura. No digo yo por eso que no le haya visto muy bien el señor Derham; Dios me libre de cometer tamaño yerro; mas al cabo Micromegas se hallaba en el país, y era buen observador, yo no quiero contradecir a nadie.

Después de muchos viajes llegó un día Micromegas al globo de Saturno, y si bien estaba acostumbrado a ver cosas nuevas, todavía le paró confuso la pequeñez de aquel planeta y de sus moradores, y no pudo menos de soltar aquella sonrisa de superioridad.

¹ Sabio inglés, autor de la *Teología astronómica*, y de otras obras que tienen por objeto probar la existencia de Dios descubriendo las maravillas de la naturaleza.

dad que los más cuerdos no pueden contener a veces. Verdad es que no es Saturno más grande que novecientas veces la tierra, y los habitantes del país son enanos de unas dos mil varas, con corta diferencia, de estatura. Rióse al principio de ellos con sus criados, como hace un músico italiano de la música de Lulli cuando viene a Francia; mas era el sirio hombre de razón, y presto reconoció que podía muy bien un ser que piensa no tener nada de ridículo, aunque no pasara de seis mil pies su estatura. Acostumbróse a los saturninos después de haberlos pasmado, y se hizo íntimo amigo del secretario de la Academia de Saturno, hombre de mucho talento que, a la verdad, nada había inventado, pero que daba muy lindamente cuenta de las invenciones de los demás, y que hacía regularmente coplas chicas y cálculos grandes. Pondré aquí, para satisfacción de mis lectores, una conversación muy extraña que con el señor secretario tuvo un día Micromegas.

CAPÍTULO II

CONVERSACIÓN DEL MORADOR DE SIRIO CON EL DE SATURNO

Acostóse su Excelencia; acercóse a su rostro el secretario, y dijo Micromegas: «Confesemos que es muy varia la naturaleza. —Verdad es, dijo el saturnino; es la naturaleza como un jardín, cuyas flores... —Ah, dijo el otro, dejaos de jardinerías. —Pues es, siguió el secretario, como una reunión de rubias y pelinegras, cuyos atavíos... —¿Qué me importan vuestras pelinegras?, interrumpió el otro. —O bien como una galería de cuadros, cuyas imágenes... —No, señor, no, replicó el caminante; la naturaleza es como la naturaleza. ¿A qué diablos andáis buscando esas comparaciones? —Por recrearos, respondió el secretario. —Si no quiero yo que me recreen, lo que quiero es que me instruyan, repuso el caminante. Decidme lo primero cuántos sentidos tienen los hombres de vuestro globo. —Nada más que setenta y dos, dijo el académico, y todos los días nos

lamentamos de tanta escasez; que nuestra imaginación se deja atrás nuestras necesidades, y nos parece que con nuestros setenta y dos sentidos, nuestro ánulo y nuestras cinco lunas, no tenemos lo suficiente; y es cierto que no obstante nuestra mucha curiosidad y las pasiones que de nuestros setenta y dos sentidos son hijas, nos sobra tiempo para aburrirnos. —Bien lo creo, dijo Micromegas, porque en nuestro globo tenemos cerca de mil sentidos y todavía nos quedan no sé qué vagos deseos, no sé qué inquietud, que sin cesar nos avisa que somos chica cosa, y que hay otros seres mucho más perfectos. He hecho algunos viajes y he visto otros mortales muy inferiores a nosotros, y otros que nos son muy superiores; mas ninguno he visto que no tenga más deseos que verdaderas necesidades y más necesidades que satisfacciones. Acaso llegaré un día a un país donde nada haga falta; pero hasta ahora no he podido saber de tal país.» Echáronse entonces a formar conjeturas el saturnino y el sirio; pero después de muchos raciocinios, no menos ingeniosos que inciertos, fué forzoso volver a sentar hechos. «¿Cuánto tiempo vivís? dijo el sirio. —¡Ah!, muy poco, replicó el hombrecillo de Saturno. —Lo mismo sucede en nuestro país, dijo el sirio: siempre nos estamos quejando de la cortedad de la vida. Menester es que sea ésta universal pensión de la naturaleza. —¡Ayl!, nuestra vida, dijo el

saturnino, se ciñe a quinientas revoluciones solares (que vienen a ser quince mil años, o cerca de ellos contando como nosotros). Ya veis que eso es morir casi así que uno nace: es nuestra existencia un punto, nuestra vida un momento, nuestro globo un átomo, y apenas empieza uno a instruirse algo, cuando le arrebatada la muerte antes de adquirir experiencia. Yo por mí no me atrevo a formar proyecto ninguno, y me encuentro como la gota de agua en el inmenso Océano; y lo que más sonrojo me causa en vuestra presencia, es contemplar cuán ridícula figura hago en este mundo.»

Replicóle Micromegas: «Si no fuerais filósofo, tendría recelo de desconsolaros diciéndoos que es nuestra vida setecientas veces más dilatada que la vuestra; pero bien sabéis que cuando se ha de restituir el cuerpo a los elementos y reanimar bajo distinta forma la naturaleza, que es lo que llaman morir; cuando es llegado, digo, este momento de metamorfosis, poco importa haber vivido una eternidad o un día solo, que uno y otro es lo mismo. Yo he estado en países donde viven las gentes mil veces más que en el mío, y he visto que todavía se quejaban; pero en todas partes se encuentran sujetos de razón que saben resignarse y dar gracias al Autor de la naturaleza, el cual, con una especie de maravillosa uniformidad, ha esparcido en el universo las variedades con una profusión

infinita. Así, por ejemplo, todos los seres que piensan son diferentes, y todos se parecen en el don de pensar y desear. En todas partes es la materia extensa; pero en cada globo tiene propiedades distintas. ¿Cuántas de estas propiedades tiene vuestra materia? —Si habláis de las propiedades sin las cuales creemos que no pudiera subsistir nuestro globo como él es, dijo el saturnino, pasan de trescientas; conviene a saber: la extensión, la impenetrabilidad, la movilidad, la gravitación, la divisibilidad, etc. —Sin duda, replicó el caminante, que basta ese corto número para el plan del Criador en vuestra estrecha habitación, y en todas cosas adoro su sabiduría, porque si en todas veo diferencias, también contemplo en todas proporciones. Vuestro globo es chico, y también lo son sus moradores; tenéis pocas sensaciones, y goza vuestra materia de pocas propiedades: todo eso es disposición de la Providencia. ¿De qué color es vuestro sol bien examinado? —Blanquecino muy ceniciento, dijo el saturnino, y cuando dividimos uno de sus rayos, hallamos que tiene siete colores. —El nuestro tira a encarnado, dijo el sirio, y tenemos treinta y nueve colores primitivos. En todos cuantos he examinado no he hallado un sol que se parezca a otro, como no se ve en nuestro planeta una cara que no se diferencie de todas las demás.»

Después de otras muchas cuestiones aná-

logas, se informó de cuántas substancias distintas se conocían en Saturno, y le fué respondido que había hasta unas treinta: Dios, el espacio, la materia, los seres extensos que sienten, los seres extensos que sienten y piensan, los seres que piensan y no son extensos, los que se penetran y los que no se penetran, etc. El sirio, en cuyo planeta hay trescientas, y que había en sus viajes descubierto hasta tres mil, dejó extraordinariamente asombrado al filósofo de Saturno. Finalmente, habiéndose comunicado uno a otro casi todo cuanto sabían y muchas cosas que no sabían, y habiendo discurrido por espacio de toda una revolución solar, se determinaron a hacer juntos un corto viaje filosófico.

CAPÍTULO III

VIAJE DE LOS DOS HABITANTES DE SIRIO Y SATURNO

Ya estaban para embarcarse nuestros dos caminantes en la atmósfera de Saturno con muy decente provisión de instrumentos de matemáticas, cuando la dama del saturnino, que lo supo, le vino a dar amargas quejas. Era ésta una morenita muy agraciada, que no tenía más que mil quinientas varas de estatura, pero que con sus gracias reparaba lo chico de su cuerpo. «¡Ah, cruell, exclamó; después que te he resistido mil quinientos años, cuando apenas me había rendido, no habiendo pasado arriba de cien años en tus brazos, ¡me abandonas por irte a viajar con un gigante del otro mundo! Anda, que no eres más que un curioso y nunca has estado enamorado; que si fueras saturnino legítimo, más constante serías. ¿Adónde vas? ¿Qué quieres? Menos errantes son que tú nuestras cinco lunas, y menos mudable nuestro ánulo. Esto se acabó; nunca más he

de querer.» Abrazóla el filósofo, lloró con ella, aunque filósofo; y la dama, después de haberse desmayado, se fué a consolar con un petimetre.

Partiéronse nuestros dos curiosos, y saltaron primero al ánulo, que encontraron muy aplastado, como lo ha adivinado un ilustre habitante de nuestro glóbulo, y desde allí anduvieron de luna en luna. Pasó un cometa por junto a la última, y se tiraron a él con sus sirvientes y sus instrumentos. Apenas hubieron andado ciento cincuenta millones de leguas, se toparon con los satélites de Júpiter. Apeáronse en este planeta, donde se detuvieron un año, y aprendieron secretos muy curiosos, que se habrían dado a la imprenta si no hubiese sido por los señores inquisidores, que han encontrado proposiciones algo duras de tragar; pero yo logré leer el manuscrito en la biblioteca del ilustrísimo señor arzobispo de..., que me permitió registrar sus libros, con toda la generosidad y bondad que a tan ilustre prelado caracterizan.

Volvamos, empero, a nuestros caminantes. Al salir de Júpiter atravesaron un espacio de cerca de cien millones de leguas, y costearon el planeta Marte, el cual, como todos saben, es cinco veces más pequeño que nuestro glóbulo, y vieron dos lunas que sirven a este planeta y no han podido descubrir nuestros astrónomos. Bien sé que el

abate Jiménez escribirá con mucho donaire contra la existencia de dichas lunas, mas yo apelo a los que discurren por analogía; todos excelentes filósofos que saben muy bien que no le sería posible a Marte vivir sin dos lunas a lo menos, estando tan distante del Sol. Sea como fuere, a nuestros caminantes les pareció cosa tan chica, que se temieron no hallar posada cómoda, y pasaron adelante, como hacen dos caminantes cuando topan con una mala venta en despoblado, y siguen hasta el pueblo inmediato. Pero luego se arrepintieron el sirio y su compañero, que anduvieron un largo espacio sin hallar albergue. Al cabo columbraron una lucecilla, que era la Tierra, y que pareció muy mezquina cosa a gentes que venían de Júpiter. No obstante, recelando arrepentirse otra vez, se determinaron a desembarcar en ella. Pasaron a la cola del cometa, y hallando una aurora boreal a mano, se metieron dentro y aportaron en tierra a la orilla septentrional del mar Báltico, a cinco de julio de mil setecientos treinta y siete.

CAPÍTULO IV

QUE DA CUENTA DE LO QUE SUCEDIÓ EN EL GLOBO DE LA TIERRA

Habiendo descansado un poco, se almorzaron dos montañas que les guisaron sus criados con mucho aseo. Quisieron luego reconocer el mezquino país donde se hallaban, y se dirigieron de Norte a Sur. Cada paso ordinario del sirio y su familia era de unos treinta mil pies de rey; seguíale de lejos el enano de Saturno, que perdía el aliento, porque tenía que dar doce pasos mientras alargaba el otro la pierna, casi como un perrillo faldero que sigue, si se me permite la comparación, a un capitán de guardias del rey de Prusia.

Como andaban de priesa estos extranjeros, dieron la vuelta al globo en treinta y seis horas; verdad es que el Sol o, por mejor decir, la Tierra, hace el mismo viaje en un día; pero hemos de reparar que es cosa más fácil girar sobre su eje que andar a pie. Volvieron al cabo al sitio donde estaban

primero, habiendo visto la balsa, casi imperceptible para ellos, que llaman el Mediterráneo, y el otro estanque chico que con nombre de grande Océano rodea nuestra madriguera; al enano le daba el agua a media pierna, y apenas si se había mojado el otro los talones. Fueron y vinieron arriba y abajo, haciendo cuanto podían por averiguar si estaba o no habitado este globo; bájanse, acostáronse, tentaron por todas partes; pero eran tan desproporcionados sus ojos y manos con los mezquinos seres que andan arrastrando acá bajo, que no tuvieron la más leve sensación por donde pudiesen caer en sospecha de que existimos nosotros y nuestros hermanos los demás moradores de este globo.

El enano, que algunas veces fallaba con alguna precipitación, decidió luego que no había vivientes en la Tierra, y su razón primera fué que no había visto ninguno. Micromegas le dió a entender con mucha urbanidad que no era fundada la consecuencia. «Porque, le dijo, con vuestros ojos tan chicos no veis ciertas estrellas de quincuagésima magnitud, que distingo yo con mucha claridad. ¿Colegís por eso que no haya tales estrellas? —Si lo he tentado todo, dijo el enano. —¿Y si no habéis sentido lo que hay?, dijo el otro. —Si está tan mal compaginado este globo, replicó el enano; si es tan irregular, y de una configuración que parece

tan ridícula, que todo él se me figuraba un caos. ¿No veis esos arroyuelos, que ninguno corre derecho; esos estanques que ni son redondos, ni cuadrados, ni ovalados, ni de figura regular ninguna; todos esos granillos puntiagudos de que está erizado, y se me han entrado en los pies? (y quería hablar de las montañas). ¿No notáis la forma de todo el globo, aplastado por los polos, y girando en torno del Sol con tan desconcertada dirección, que por necesidad los climas de ambos polos han de estar incultos? Lo que me fuerza a creer de veras que no hay vivientes en él, es que ninguno que tuviese razón querría habitarle. —¿Qué importa?, dijo Micromegas: acaso no tienen sentido común los habitantes, pero al cabo no es de presumir que se haya hecho esto sin algún fin. Decís que aquí todo os parece irregular, porque está todo tirado a cordel en Júpiter y Saturno. Pues por esa misma razón acaso hay aquí algo de confusión. ¿No os he dicho ya que siempre había notado variedad en mis viajes?» Replicó el saturnino a estas razones, y no se hubiera concluído la disputa, si en el calor de ella no hubiese roto Micromegas el hilo de su collar de diamantes, y caído éstos, que eran unos brillantes muy lindos, aunque pequeñitos y desiguales, que los más gruesos pesaban cuatrocientas libras y cincuenta los más menudos. Cogió el enano algunos, y, arrimándoselos a los ojos,

vió que del modo que estaban brillantados, eran microscopios excelentes; cogió, pues, un microscopio chico de ciento sesenta pies de diámetro, y se le aplicó a un ojo, mientras que se servía Micromegas de otro de dos mil quinientos pies. Al principio no vieron nada con ellos, puesto que eran aventajados; fué preciso ponerse en la posición que se requería. Al cabo vió el morador de Saturno una cosa imperceptible que se meneaba entre dos aguas en el mar Báltico, y era una ballena; púsola bonitamente encima del dedo, y, colocándola en la uña del pulgar, se la enseñó al sirio, que por la segunda vez se echó a reír de la enorme pequeñez de los moradores de nuestro globo. Convencido el saturnino de que estaba habitado nuestro mundo, se imaginó luego que sólo por ballenas lo estaba; y como era gran discursador, quiso adivinar de dónde venía el movimiento a un átomo tan ruin, y si tenía ideas, voluntad y libre albedrío. Micromegas no sabía qué pensar; mas habiendo examinado con mucha paciencia el animal, sacó de su examen que no podía residir un alma en cuerpo tan chico. Inclinábanse, pues, nuestros dos caminantes a creer que no hay razón en nuestra habitación, cuando, con el auxilio del microscopio, distinguieron otro bulto más grueso que una ballena, que en el mar Báltico andaba fluctuando. Ya sabemos que hacia aquella época volvía del círculo

polar una bandada de filósofos que habían ido a hacer observaciones en que nadie hasta entonces había pensado. Trajeron los papeles públicos que había zozobrado su embarcación en las costas de Botnia, y que les había costado mucho trabajo salir a salvamento; pero nunca se sabe en este mundo lo que hay por debajo de cuerda. Yo voy a contar con ingenuidad el suceso, sin quitar ni añadir nada; esfuerzo que de parte de un historiador es sobremanera meritorio.

CAPÍTULO V

EXPERIENCIAS Y RACIOCINIOS DE AMBOS CAMINANTES

Tendió Micromegas con mucho tiento la mano al sitio donde se veía el objeto, y alargando y encogiendo los dedos de miedo de equivocarse, y abriéndolos luego y cerrándolos, agarró con mucha maña el navío donde iban estos señores, y se le puso sobre la uña, sin apretarle mucho, por no estrujarle. «Hete aquí un animal muy distinto del otro», dijo el enano de Saturno; y el sirio puso el pretenso animal en la palma de la mano. Los pasajeros y marineros de la tripulación, que se creen arrebatados por un huracán, y que piensan haber varado en un bajío, están todos en movimiento, cogen los marineros toneles de vino, los tiran a la mano de Micromegas, y ellos se tiran después; agarran los geómetras de sus cuartos de círculo sus sectores y sus muchachas laponas, y se apean en los dedos del sirio; por fin, tanto se afanaron, que sintió que se

meneaba una cosa que le escarabajaba en los dedos, y era un garrote con un hierro a la punta que le clavaban hasta un pie en el dedo índice: esta picazón le hizo creer que había salido algo del cuerpo del animalejo que en la mano tenía; mas no pudo sospechar al principio otra cosa, pues su microscopio, que apenas bastaba para distinguir un navío de una ballena, no podía hacer visible un entecillo tan imperceptible como un hombre. No quiero zaherir aquí la vanidad de ninguno; pero ruego a la gente vanagloriosa que pare la consideración en este lugar, y contemple que suponiendo la estatura ordinaria de un hombre de cinco pies de rey, no hacemos más bulto en la tierra que el que en una bola de diez pies de circunferencia hiciera un animal que tuviese un seiscientos mil avos de pulgada de alto. Figurémonos una substancia que pudiera llevar el globo terráqueo en la mano, y que tuviese órganos análogos a los nuestros, y es cosa muy factible que haya muchas de estas substancias; y colijamos qué es lo que de las funciones de guerra, en que hemos ganado dos o tres lugarejos que luego ha sido fuerza restituir, pensarían.

No me queda duda de que si algún capitán de granaderos leyere esta obra, haga a su tropa que se ponga gorras dos pies más altas; pero le advierto que, por más que haga, siempre serán él y sus solda-

dos unos seres infinitamente pequeños.

¡Qué maravillosa maña hubo de necesitar nuestro filósofo de Sirio para atinar a columbrar los átomos de que acabo de hablar! Cuando Leuwenhoek y Hartsoeker vieron o creyeron que veían, por la vez primera, la simiente de que somos formados, no fué, ni con mucho, tan asombroso su descubrimiento. ¡Qué gusto el de Micromegas cuando vió estas maquinillas menearse, cuando examinó sus movimientos todos y siguió todas sus operaciones! ¡Cómo clamaba! ¡Con qué júbilo alargó a su compañero de viaje uno de sus microscopios! «Viéndolo estoy, decían ambos juntos; contemplad cómo se cargan, cómo se bajan y se alzan.» Así decían, y les temblaban las manos de gozo de ver objetos tan nuevos, y de temor de perderlos de vista. Pasando el saturnino de un extremo de confianza al opuesto de credulidad, se figuró que los estaba viendo ocupados en la propagación. ¡Ah! dijo el saturnino, *cogida tengo la naturaleza con las manos en la masa*¹. Engañábanle, empero, las apariencias, y así sucede muy frecuentemente, cuando uno usa y cuando no usa microscopios.

¹ Frase irónica de Fontenelle al dar cuenta de algunas observaciones de historia natural.

CAPÍTULO VI

DE LO QUE LES ACONTECIÓ CON UNOS HOMBRES

Muy mejor observador Micromegas que su enano, vió claramente que se hablaban los átomos, y se lo hizo notar a su compañero, el cual, con la vergüenza de haberse engañado acerca del artículo de la generación, no quiso creer que semejante especie de bichos se pudieran comunicar ideas. Tenía el don de lenguas no menos que el sirio, y no oyendo hablar a nuestros átomos, suponía que no hablaban; y luego ¿cómo habían de tener los órganos de la voz unos entes tan imperceptibles, ni qué se habían de decir? Para hablar es indispensable pensar, y si pensaban, tenían algo que equivalía al alma; y atribuir una cosa equivalente al alma a especie tan ruin, se le hacía mucho disparate. Díjole el sirio: «¿Pues no creíais, poco hace, que se estaban enamorando? ¿Pensáis que enamora nadie sin pensar y sin hablar palabra, a lo menos sin darse a entender? ¿O suponéis que es cosa más

fácil hacer un chiquillo que un silogismo? —A mí uno y otro me parecen impenetrables misterios. —No me atrevo ya, dijo el enano, a creer ni a negar cosa ninguna: procuremos examinar estos insectos y discurriremos luego. —¡Que me placel» respondió Micromegas; y sacando unas tijeras se cortó las uñas, y con lo que cortó de la uña de su dedo pulgar, hizo al punto una especie de bocina grande, como un embudo inmenso, y puso el cañón al oído: la circunferencia del embudo cogía el navío y toda su tripulación, y la más débil voz se introducía en las fibras circulares de la uña; de suerte que, merced a su industria, el filósofo de allá arriba oyó perfectamente el zumbido de nuestros insectos de acá abajo, y en pocas horas logró distinguir las palabras y entender al cabo el francés. Lo mismo hizo el enano, aunque no con tanta facilidad. Creía por puntos el asombro de los dos viajeros al oír unos oradores hablar con bastante razón, y les parecía inexplicable este juego de la naturaleza. Bien se discurre que se morían el enano y el sirio de deseos de entablar conversación con los átomos; mas se temía el enano que su tonante voz, y más aún la de Micromegas, atronara a los oradores sin que la oyesen. Trataron, pues, de disminuir su fuerza, y para ello se pusieron en la boca unos mondadientes muy menudos, cuya punta muy afilada iba a parar jun-

to al navío. Puso el sirio al enano sobre sus rodillas, y encima de una uña el navío con la tripulación; bajó la cabeza y habló muy quedo, y después de todas estas precauciones y otras muchas más, dijo lo siguiente:

«Invisibles insectos que la diestra del Criador se plugo en producir en el abismo de los infinitamente pequeños, yo le bendigo porque se dignó manifestarme impenetrables secretos. Acaso nadie se dignará de miraros en mi corte; pero yo a nadie desprecio, y os brindo con mi protección.»

Si ha habido asombros en el mundo, ninguno ha llegado al de los que estas razones oyeron decir sin poder atinar de dónde salían. Rezó el capellán las preces de conjuros, votaron y renegaron los marineros, y fraguaron un sistema los filósofos del navío; pero por más sistemas que imaginaron, no les fué posible atinar quién era el que les hablaba. Entonces les contó en breves palabras el enano de Saturno, que tenía menos recia la voz que Micromegas, con qué gente estaban hablando y su viaje de Saturno; les informó de quién era el señor Micromegas, y habiéndose compadecido de que fueran tan chicos, les preguntó si habían vivido siempre en un estado tan rayano de la nada, y qué era lo que hacían en un globo que al parecer era peculio de ballenas; si eran dichosos, si tenían alma, si multiplicaban y otras mil preguntas de este jaez.

Enojado de que dudasen si tenía alma, un raciocinador de la banda, más osado que los demás, observó al interlocutor con unas pínulas adaptadas a un cuarto de círculo, midió dos triángulos y al tercero le dijo así: «¿Conque creéis, señor caballero, que porque tenéis dos mil varas de pies a cabeza sois algún...? — ¡Dos mil varas!, exclamó el enano; pues no se equivoca ni en una pulgada. ¡Conque me ha medido este átomo! ¡Conque es geómetra y sabe mi tamaño, y yo que no le puedo ver sin auxilio de un microscopio, no sé aún el suyo! — Sí que os he medido, dijo el físico, y también mediré al gigante compañero vuestro.» Admitióse la propuesta, y se acostó su excelencia por el suelo, porque estando en pie, su cabeza era muy más alta que las nubes, y nuestros filósofos le plantaron un árbol muy grande en cierto sitio que Torres o Quevedo hubieran nombrado por su nombre, pero que yo no me atrevo a mentar por el mucho respeto que tengo a las damas; y luego, por una serie de triángulos, conexos unos con otros, coligieron que la persona que medían era un mancebito de ciento veinte mil pies de rey.

Prorrumpió entonces Micromegas en estas razones: «Ya veo que nunca se han de juzgar las cosas por su aparente magnitud. ¡Oh Dios! que diste la inteligencia a unas substancias que despre-

ciables parecen, lo infinitamente pequeño no cuesta más a tu omnipotencia que lo infinitamente grande; y si es dable que haya otros seres más chicos que éstos, acaso tendrán una inteligencia superior a la de aquellos inmensos animales que he visto en el cielo, y que con un pie cubrirían el globo entero donde ahora me encuentro.»

Respondióle uno de los filósofos que bien podía creer, sin que le quedase duda, que había seres inteligentes mucho más chicos que el hombre, y le contó, no las fábulas que nos ha dejado Virgilio sobre las abejas, sino lo que Swammerdam ha descubierto, y lo que ha disecado Réaumur. Instruyóle luego de que hay animales que son, con respecto a las abejas, lo que son las abejas con respecto al hombre y lo que era el sirio propio con respecto a aquellos animales tan corpulentos de que hablaba, y lo que son estos grandes animales con respecto a otras sustancias ante las cuales parecen imperceptibles átomos. Poco a poco fué haciéndose interesante la conversación, y dijo así Micromegas.

CAPÍTULO VII

CONVERSACIÓN CON LOS HOMBRES

«¡Oh átomos inteligentes, en quienes se plugo el eterno ser en manifestar su arte y su potencial, sin duda que en vuestro globo disfrutáis contentos purísimos; pues teniendo tan poca materia y pareciendo todos espíritus, debéis emplear vuestra vida en amar y pensar, que es la verdadera vida de los espíritus. En parte ninguna he visto la verdadera felicidad, mas estoy cierto de que ésta es su mansión.» Encogieron de hombros al oír este razonamiento los filósofos todos, y más ingenuo uno de ellos confesó sinceramente que, exceptuando un cortísimo número de moradores poquísimos apreciados, todo lo demás es una cáfila de locos, de perversos y desdichados. «Más materia tenemos, dijo, de la que es menester para obrar mal, si procede el mal de la materia, y más inteligencia, si proviene de la inteligencia. ¿Sabéis, por ejemplo, que a la hora esta cien mil locos de nuestra especie, que lle-

van sombreros, están matando a otros cien mil animales cubiertos de un turbante, o muriendo a sus manos, y que así es estilo en toda la tierra, de tiempo inmemorial acá?» Horrorizóse el sirio, y preguntó el motivo de tan horribles contiendas entre animalejos tan ruines. «Trátase, dijo el filósofo, de unos pedacillos de tierra tamaños como vuestro pie, y no porque ni uno de los millones de hombres que pierden la vida solicite un terrón siquiera de dicho pedazo, que se trata de saber si ha de pertenecer a cierto hombre que llaman Sultán, o a otro que apellidan César, no sé por qué. Ninguno de los dos ha visto ni verá nunca el rinconcillo de tierra que está en litigio, ni menos casi ninguno de los animales que recíprocamente se asesinan han visto tampoco al animal por quien asesinan.

—¡Desventurado!, exclamó indignado el sirio: ¿cómo es posible imaginar tan furioso frenesí? Arranques me vienen de dar tres pasos, y con tres patadas estrujar todo ese hormiguero de ridículos asesinos. —No os toméis ese trabajo, le respondieron, que sobrado se afanan ellos en labrar su ruina. Sabed que dentro de diez años no quedará en vida el diezmo de estos miserables, y que, aun sin sacar la espada, casi todos se los lleva la hambre, la tática o la destemplanza, aparte de que no son ellos los que merecen castigo, sino los ociosos despiadados que meti-

dos en su gabinete mandan, mientras digieren la comida, degollar un millón de hombres, y dan luego solemnes acciones de gracias a Dios.» Sentíase el caminante movido a piedad del mezquino linaje humano, en el cual tantas contradicciones descubría. «Siendo vosotros, dijo a estos señores, del corto número de sabios que sin duda a nadie matan por dinero, os ruego que me digáis cuáles son vuestras ocupaciones. —Disecamos moscas, respondió el filósofo, medimos líneas, combinamos números, estamos conformes acerca de dos o tres puntos que entendemos, y divididos sobre dos o tres mil que no entendemos.» Ocurrióles al sirio y al saturnino hacer preguntas a los átomos pensadores para saber sobre qué estaban acordes. «¿Qué distancia hay, dijo éste, desde la estrella de la Canícula hasta la grande de Géminis?» Respondiéronle todos juntos: «Treinta y dos grados y medio.—¿Cuánto dista de aquí la Luna?—Sesenta semi-diámetros de la Tierra.—¿Cuánto pesa vuestro aire?» Creía haberlos cogido; pero todos le dijeron que pesaba novecientas veces menos que el mismo volumen del agua más ligera, y diez y nueve mil veces menos que el oro. Atónito el enanillo de Saturno con sus respuestas, estaba tentado a creer que eran mágicos aquellos mismos a quienes un cuarto de hora antes les había negado la inteligencia.

Díjoles finalmente Micromegas: «Una vez

que tan puntualmente sabéis lo que hay fuera de vosotros, sin duda que mejor sabréis lo que hay dentro: decidme, pues, qué cosa es vuestra alma y cómo se forman vuestras ideas.» Los filósofos hablaron todos a la par, como antes, pero todos fueron de distinto parecer. Citó el más anciano a Aristóteles, otro pronunció el nombre de Descartes, éste el de Malebranche, aquél el de Leibniz, y el de Locke otro. El anciano peripatético dijo con toda confianza: El alma es una *entelechia*, una razón en virtud de la cual tiene la potencia de ser lo que es; así lo dice expresamente Aristóteles, pág. 633 de la edición del Louvre: *Entelexeia esti*, etc. —No entiendo el griego, dijo el gigante. —Ni yo tampoco, respondió el orador filosófico. —¿Pues a qué citáis, replicó el sirio, a ese Aristóteles en griego? —Porque lo que uno no entiende, repuso el sabio, lo ha de citar en lengua que no sabe.»

Tomó el hilo el cartesiano, y dijo: «Es el alma un espíritu puro que en el vientre de su madre ha recibido todas las ideas metafísicas, y que así que sale de él se ve precisado a ir a la escuela y aprender de nuevo lo que tan bien sabía y que nunca volverá a saber. —Pues estás medrado, respondió el animal de ocho leguas, con que supiera tanto tu alma cuando estabas en el vientre de tu madre, si había de ser tan ignorante cuando fueras tú hombre con barba. ¿Y qué en-

tiendes por espíritu?—¿Qué es lo que me preguntáis?, dijo el discurredor; no tengo idea ninguna de él: dicen que lo que no es materia—. ¿Y sabéis lo que es materia?—Eso sí, respondió el hombre. Esa piedra, por ejemplo, es parda, y de tal figura, tiene tres dimensiones, y es grave y divisible. —Así es, dijo el sirio; pero esa cosa que te parece divisible, grave y parda, ¿me dirás qué es? Algunos atributos ves, pero el sostén de estos atributos ¿le conoces?—No, dijo el otro. —Luego no sabes qué cosa sea la materia.»

Dirigiéndose entonces el señor Micromegas a otro sabio que encima de su dedo pulgar tenía, le preguntó qué era su alma y qué hacía. «Cosa ninguna, respondió el filósofo malebranchista; Dios es quien lo hace todo por mí; en Él lo veo todo, en Él lo hago todo y Él es quien todo lo hace sin cooperación mía. —Tanto monta no existir, replicó el filósofo de Sirio. Y tú, amigo, le dijo a un leibniziano que allí estaba, ¿qué dices? ¿qué es tu alma? —Un puntero de reloj, dijo el leibniziano, que señala las horas mientras las toca mi cuerpo; o bien, si os parece, el alma las toca mientras el cuerpo las señala, o mi alma es el espejo del universo y mi cuerpo el marco del espejo: todo esto es claro.»

Estábalos oyendo un sectario de Locke, y cuando le tocó hablar, dijo: «Yo no sé cómo pienso, lo que sé es que nunca he pensado

como no sea por medio de mis sentidos. Que haya substancias inmateriales e inteligentes, no pongo duda; pero que no pueda Dios comunicar la inteligencia a la materia, eso lo dudo mucho. Respeto el eterno poder, y sé que no me compete limitarle; no afirmo nada, y me ciño a creer que hay muchas más cosas posibles de lo que se piensa.»

Sonrióse el animal de Sirio, y le pareció que no era éste el menos cuerdo; y si no hubiera sido por la mucha desproporción, hubiera dado un abrazo el enano de Saturno al sectario de Locke. Por desgracia, se encontraba en la banda un animalucho con un bonete en la cabeza, que cortando el hilo a todos los filósofos, dijo que él sabía el secreto, que se hallaba en la Suma de Santo Tomás; y mirando de pies a cabeza a los dos moradores celestes, les sustentó que sus personas, sus mundos, sus soles y sus estrellas todo había sido criado para el hombre. Al oír tal sandez, nuestros dos caminantes hubieron de caerse uno sobre otro, pereciéndose de aquella inextinguible risa que, según Homero, cupo en suerte a los dioses; iban y venían sus barrigas y sus espaldas, y en estas idas y venidas se cayó el navío de la uña del sirio en el bolsillo de los calzones del saturnino. Buscáronle ambos mucho tiempo; al cabo toparon la tripulación y la metieron en el navío lo mejor que pudieron. Cogió el sirio a los oradorcillos y les habló

con mucha afabilidad, aunque estaba algo mohino de ver que unos infinitamente pequeños tuvieran una vanidad casi infinitamente grande. Prometi6les que compondrfa un libro de filosoffa escrito de letra muy menuda para su uso, y que en 6l verfan el porqu6 de todas las cosas; y con efecto, antes de irse les di6 el prometido libro, que llevaron a la Academia de Ciencias de Parfs. Mas cuando le abri6 el secretario, se hall6 con que estaba todo en blanco, y dijo: *¡Ay! ya me lo presumfa yo.*

FIN DE MICROMEGAS

The first object of the present report is to
 describe the results of the experiments conducted
 during the past few months. The second object
 is to compare the results with those obtained
 in previous experiments. The third object
 is to discuss the causes of the observed
 differences. The fourth object is to suggest
 the reasons for the observed differences.

The first object of the present report is to
 describe the results of the experiments conducted
 during the past few months. The second object
 is to compare the results with those obtained
 in previous experiments. The third object
 is to discuss the causes of the observed
 differences. The fourth object is to suggest
 the reasons for the observed differences.

IV

HISTORIA
DE UN BUEN BRAHMA

IV

HISTORIA

DE UN BUX BRANNA

En mis viajes encontré un brahma anciano, sujeto muy cuerdo, instruído y discreto, y con esto rico, cosa que le hacía más cuerdo; porque como no le faltaba nada, no necesitaba engañar a nadie. Gobernaban su familia tres mujeres muy hermosas, cuyo esposo era; y cuando no se recreaba con sus mujeres, se ocupaba en filosofar. Vivía junto a su casa, que era hermosa, bien alhajada y con amenos jardines, una india vieja, tonta y muy pobre.

Díjome un día el brahma: «Quisiera no haber nacido.» Preguntéle por qué, y me respondió: «Cuarenta años ha que estoy estudiando, y todos cuarenta los he perdido; enseño a los demás y lo ignoro todo. Este estado me tiene tan aburrido y tan descontento, que no puedo aguantar la vida; he nacido, vivo en el tiempo, y no sé qué cosa es el tiempo; me hallo en un punto entre dos eternidades; consto de materia, pienso, y nunca he podido averiguar la causa eficiente del pensamiento; ignoro si es mi entendimiento una mera facultad, como la de andar y dige-

rir, y si pienso con mi cabeza lo mismo que palpo con mis manos. No solamente ignoro el principio de mis pensamientos, mas también se me esconde igualmente el de mis movimientos; no sé por qué existo, y, no obstante, todos los días me hacen preguntas sobre todos estos puntos; y como tengo que responder por precisión, y no sé qué decir, hablo mucho, y, después de haber hablado, me quedo avergonzado y confuso de mí propio.

«Peor es todavía cuando me preguntan si Brahma fué producido por Visnú o si ambos son eternos. A Dios pongo por testigo de que no lo sé, y bien se echa de ver en mis respuestas. 'Reverendo Padre, me dicen, explicadme cómo el mal inunda la tierra entera.' Tan adelantado estoy yo como los que me hacen esta pregunta. Unas veces les digo que todo está perfectísimo; pero los que han perdido sus caudales y sus miembros en la guerra no lo quieren creer ni yo tampoco, y me vuelvo a mi casa abrumado de mi curiosidad y mi ignorancia. Leo nuestros libros antiguos y me ofuscan más las tinieblas. Hablo con mis compañeros: unos me aconsejan que disfrute de la vida y me ría de la gente; otros creen que saben algo y se descarrían en sus desatinos, y todo aumenta la angustia que padezco. Muchas veces estoy a pique de desesperarme contemplando que, al cabo de todas mis investigaciones, no sé ni de

dónde vengo, ni qué soy, ni adónde iré, ni qué he de ser.»

Causóme lastima de veras el estado de este buen hombre, que no había otro de más razón ni más ingenuo, y me convencí de que era más desdichado el que más entendimiento tenía y era más sensible.

Aquel mismo día visité a la vieja vecina suya y le pregunté si se había apesadumbreado alguna vez por no saber qué era su alma, y ni siquiera entendió mi pregunta. Ni un instante en toda su vida había reflexionado en uno de los puntos que tanto atormentaban al brahma; creía con toda su alma en las transformaciones de Visnú y se tenía por la más dichosa mujer con tal que, de cuando en cuando, tuviese agua del Ganges para bañarse.

Atónito de la felicidad de esta pobre mujer, me volví a ver con mi filósofo y le dije: «¿No tenéis vergüenza de vuestra desdicha, cuando a la puerta de vuestra casa hay una vieja automática que en nada piensa y vive contentísima? —Razón tenéis, me respondió, y cien veces he dicho para mí que sería muy feliz si fuera tan tonto como mi vecina; mas no quiero gozar semejante felicidad.»

Más golpe me dió esta respuesta del brahma que todo cuanto primero me había dicho; y examinándome a mí propio, vi que efectivamente no quisiera yo ser feliz a trueque de ser un majadero.

Propúsose el caso a varios filósofos, y todos fueron de mi parecer. «No obstante, decía yo entre mí, rara contradicción es pensar así, porque al cabo lo que importa es ser feliz, y nada monta tener entendimiento o ser necio. Más digo: los que viven satisfechos con su suerte, bien ciertos están de que viven satisfechos; y los que discurren, no lo están de que discurren bien. Luego cosa es clara, añadía yo, que debiera uno escoger no tener migaja de razón, si en algo contribuye la razón a nuestra infelicidad.» Todo el mundo fué de mi mismo dictamen; mas ninguno hubo que quisiese entrar en el ajuste de volverse tonto por vivir contento. De aquí saco que si hacemos mucho aprecio de la felicidad, más aprecio hacemos todavía de la razón. Mas, reflexionándolo bien, parece que preferir la razón a la felicidad es garrafal desatino. Pues ¿cómo hemos de explicar esta contradicción? Lo mismo que todas las demás, y sería el cuento de nunca acabar.

FIN DE LA HISTORIA DE UN BUEN BRAHMA

V

EL BLANCO Y EL NEGRO

En la provincia de Candahar todo el mundo sabe la aventura del joven Rustán, que era hijo único de un mirza del país, que es como si dijéramos marqués en Francia o barón en Alemania. Su padre el mirza tenía un decente caudal, y el joven Rustán se iba a casar con una señorita o mirzasa igual suya; ambas familias lo deseaban; Rustán había de ser el consuelo de sus padres, hacer feliz a su mujer y serlo en su compañía. Quiso empero la desgracia que viese a la princesa de Cachemira en la feria de Cabul, que es la feria más famosa del mundo, más concurrida sin comparación que las de Badora y Astracán.

El motivo de venir a la feria el príncipe viejo de Cachemira con su hija, fué porque había perdido las dos alhajas más preciosas de su tesoro: la una era un diamante del tamaño del dedo pulgar, en que por un arte que poseían a la sazón los indios, y que luego se ha perdido, estaba grabada su hija; y la otra un venablo que por sí propio iba adonde se quería, cosa no muy rara en nues-

tro país, pero que lo era en Cachemira.

Un faquir de Su Alteza le robó ambas alhajas y se las llevó a la princesa. «Guardadlas entrambas con esmero, la dijo, porque pende vuestra suerte de ellas.» Fuése, dicho esto, y no se le volvió a ver.

En tanto, desesperado el duque de Cachemira, se resolvió a ir a ver si entre todos los mercaderes que de las cuatro partes del mundo van a la feria de Cabul, habría alguno que tuviese su arma y su diamante. En todos sus viajes le acompañaba su hija. Esta llevaba su diamante bien escondido en su cinto, y el venablo, que no podía esconder tan bién, le había dejado en Cachemira encerrado en su arcón de la China. Viéronse Rustán y ella en Cabul, y se enamoraron uno de otro con todo el candor de su edad y la fineza de su país. En prenda de su amor dió la princesa su diamante a Rustán, y éste le prometió, al despedirse, que iría a verla en secreto a Cachemira.

Tenía el mancebo mirza dos validos que le servían de secretarios, escuderos, mayordomos y ayudas de cámara. Llamábase el uno Topacio, y era lindo, bien plantado, blanco como una circasiana, afable y servicial como un armenio, y modesto como un güebro. El nombre del otro era Ébano, que era un negro muy lindo, más activo y más industrioso que Topacio, y a quien nada se le hacía difícil. Comunicóles el proyecto de su viaje.

Topacio procuró disuadirle con el celo circunspecto de un servidor que no quería desagradarle, y le representó todo cuanto aventuraba. Dos familias se iban a quedar desesperadas; daba una puñalada en el corazón a sus padres. Algo hizo vacilar a Rustán; pero Ébano le confirmó en su pensamiento y le quitó todos sus escrúpulos.

No tenía dinero el mozo para un viaje tan dilatado, y el prudente Topacio nunca hubiera buscado quien se le prestase; pero Ébano se encargó de remover este obstáculo. Cogió sin que nadie lo advirtiese el diamante de su amo; hizo hacer uno falso que se le pareciera y que sustituyó en su lugar, y empeñó el legítimo a un armenio por algunos millares de rupias.

Cuando tuvo el marqués sus rupias, presto estuvo todo listo para ponerse en camino. Cargaron el bagaje sobre un elefante y montaron a caballo. Topacio le dijo a su amo: «Me he tomado la libertad de haceros representaciones contra vuestra empresa; pero ahora sólo me resta obedeceros: soy vuestro, os quiero bien y os seguiré hasta el fin del mundo; pero consultemos de camino el oráculo que dista dos parasangas.» Hízolo así Rustán, y respondió el oráculo: *Si vas al Oriente, estarás al Occidente.* Rustán no supo qué significaba esta respuesta. Topacio sustentó que no pronosticaba cosa buena, y Ébano, siempre condescen-

diente, le persuadió que era muy propicia.

Otro oráculo había en Cabul, que también consultaron. Este respondió: *Si posees, no poseerás; si eres vencedor, no lo serás; si eres Rustán, no lo serás.* Más inexplicable todavía pareció el segundo oráculo que el primero. «Muchos riesgos corremos», decía Topacio. «No temáis», decía Ébano; y a este ministro, como es de creer, le daba la razón siempre su amo, porque halagaba su pasión y su esperanza.

Saliendo de Cabul atravesaron una vasta selva, y, sentándose a comer en la hierba, dejaron que paciesen sueltos los caballos. Disponíanse a descargar el elefante, que llevaba la comida y el servicio, cuando advirtieron que no se hallaban Topacio ni Ébano en la caravana. Llámanlos; resuenan en toda la selva los nombres de Ébano y Topacio; búscanlos los criados por todas partes; atruenan a gritos la selva, y vuelven sin ver a nadie y sin que nadie responda. «Sólo hemos hallado, dijeron a Rustán, un buitre que reñía con un águila, y le arrancaba todas las plumas.» La narración de este combate movió a curiosidad a Rustán, y fué a pie al sitio de la pelea. No advirtió ni águila ni buitre, pero vió a su elefante que se iba cargado con su bagaje, y que le había embestido un grueso rinoceronte; uno peleaba a cornada, y el otro con la trompa. El rinoceronte se fué así que vió a Rustán, y se volvió a

traer el elefante; pero los caballos no se hallaron. «Cosas raras suceden en las selvas cuando uno va de camino», exclamó Rustán. Estaban consternados los criados, y desesperado el amo por haber perdido a la par sus caballos, su querido negro y el prudente Topacio, a quien siempre había tenido cariño, puesto que nunca seguía sus consejos.

Consolábase, empero, con la esperanza de verse en breve a las plantas de la princesa de Cachemira, cuando topó a un burro grande rayado, a quien un tremendo y vigoroso villano daba cien garrotazos. No hay animal más hermoso, más raro, ni que más ligero corra que los burros de esta especie; éste respondía a los reiterados golpes del villano a coces que podían arrancar un roble de raíz. El mirza joven tomó, como era justo, la defensa del asno, que era hermosa criatura, y el rústico se escapó jurándoselas al burro y diciéndole: «Tú me las pagarás.» Dió las gracias el asno a su libertador en su lengua; se arrimó a él, se dejó halagar y le halagó. Montó en él Rustán después de comer, y siguió con sus criados el camino de Cachemira, que unos iban a pie, y otros caballeros en elefante.

Pero apenas había subido en su asno, cuando en vez de encaminarse el animal a Cachemira, se vuelve hacia Cabul; y es en balde que el amo le tire de las riendas, que le dé sobarbadadas, que apriete las rodillas,

que le clave las espuelas, que le afloje y le tire del freno, que le pegue latigazos con ambas manos: el terco animal iba siempre corriendo a Cabul.

Rustán sudaba, se fatigaba y se desesperaba, cuando encontró un mercader de camellos que le dijo: «Nuestro amo, mal burro montáis, que os lleva adonde no queréis ir; si gustáis de vendérmele, yo os daré cuatro de mis camellos a escoger por él.» Rustán dió gracias a la Providencia, que le había proporcionado tan buen negocio. «No tenía razón Topacio, dijo, en pronosticarme que había de ser mi viaje aciago.» Montó el más hermoso de los camellos, siguiéronle los otros tres, alcanzó su caravana y se halló en el camino de la felicidad.

Apenas había andado cuatro parasangas se ve detenido por un torrente ancho, rápido y profundo, que envolvía con sus olas rocas cubiertas de espuma. Ambas orillas eran simas horrorosas que deslumbraban los ojos y acobardaban el ánimo; no había medio de pasar tirando a la derecha o a la izquierda. «A temerme empiezo, dijo Rustán, que tuviese razón Topacio en desaprobar mi viaje y que haya yo cometido un disparate con emprenderle; si estuviera Ébano me consolaría y encontraría algún recurso; pero todo me falta.» La consternación de su gente aumentaba su perplejidad; la noche era muy obscura, y toda la pasaron en lamen-

tos. En fin: el cansancio y el desaliento rindieron al sueño a nuestro enamorado caminante. Al amanecer se despierta; ve un soberbio puente de mármol que atravesaba el torrente de una a otra orilla.

Todo fué entonces exclamaciones y gritos de júbilo y asombro. «¿Es posible? ¿Es sueño? ¡Qué portentoso! ¡Qué maravilla! ¿Nos atreveremos a pasar?» Toda la comitiva se hincaba de rodillas, iba al puente, besaba la tierra, miraba al cielo, tendía las manos, ponía un pie temblando, iba y venía, estaba embelesado, y Rustán decía: «Cierto que me favorece el cielo. Topacio no sabía lo que se decía, y los oráculos eran propicios. Razón tenía Ébano. ¡Ah, si se hallara aquí!»

No bien hubo pasado la comitiva del otro lado del torrente, se hundió el puente en el agua con espantable estrépito. «Mejor, mejor, exclamó Rustán; bendito sea Dios, alabado sea el cielo, que no quiere que vuelva a mi país, donde habría sido un mero caballerecillo adocenado y quieren que me case con mi amada. Así seré príncipe de Cachemira, y, *poseyendo* mi principado, no *poseeré* mi mezquino marquesado de Candahar; *seré Rustán, y no lo sere*, siendo gran príncipe. Ya tenemos mucha parte del oráculo explicada en mi favor, y lo mismo se explicará lo demás; es mucha mi ventura. Mas ¿por qué no está Ébano conmigo? Mucha más falta me hace que Topacio.»

Anduvo luego algunas parasangas con la mayor alegría; pero al ponerse el sol, la caravana fué sobrecogida de susto al verse detenida por una larga hilera de montañas más inaccesibles que una contraescarpa y más altas que la torre de Babel si se hubiera concluído, que cerraban el paso.

Todo el mundo exclamó: «Dios ha dispuesto que perezcamos aquí; ha roto el puente para quitarnos toda esperanza de volver atrás y ha levantado la montaña para privarnos de todo medio de ir adelante. ¡Oh Rustán, marqués desventurado; nunca veremos a Cachemira ni tornaremos a la tierra de Candahar!»

El más acerbo dolor y el más desmayado abatimiento había sucedido en el ánimo de Rustán al júbilo sin tasa que había tenido, y estaba entonces muy distante de interpretar las profecías de un modo favorable. «¡Oh cielos! ¡Oh Dios clemente!, ¿cómo me has quitado a mi amigo Topacio?»

Estas palabras las pronunció lanzando hondos sollozos y vertiendo lágrimas en medio de sus sirvientes desesperados, cuando a deshora se abre la base de la montaña y se ofrece a los ojos deslumbrados con el esplendor una larga galería embovedada, iluminada con cien mil hachas. Dió Rustán un grito, sus criados se hincaron de rodillas o se cayeron al suelo de espanto, diciendo en altas voces: «¡Milagro! Rustán es el valido

de Visnú, el amado de Brahma y el que ha de ser dueño del mundo.» Rustán lo creía también y estaba fuera de sí encumbrándose a más alta esfera que un mortal. «¡Ahl Ebano, querido Ebano, ¿dónde estás?, decía: ¡oh, si fueras testigo de todos estos portentos!, ¿por qué te he perdido? Cara princesa de Cachemira, ¿cuándo veré tu bello rostro?»

Entra con sus criados, su elefante y sus camellos bajo la bóveda de la montaña, la cual iba a parar a una pradera esmaltada de flores, y regada de mil arroyuelos. Al fin de la pradera había dilatadas calles de árboles que se perdían de vista, y al fin de estas calles corría un río cuyas orillas hermoseaban mil quintas con deliciosos jardines. Por todas partes oía instrumentos y acordes voces y veía bailes. Pasó a toda prisa uno de los puentes del río y preguntó al primero que topó, qué país era aquel tan hermoso. El hombre a quien hizo la pregunta le respondió: «Esta es la provincia de Cachemira; los moradores se abandonan al contento y alegría porque celebramos las bodas de nuestra hermosa princesa, que se va a casar con el señor Barbabú, a quien se la ha prometido su padre; Dios perpetúe su felicidad.» Tomóle un desmayo a Rustán al oír estas palabras, y creyendo el señor cachemiriano que era propenso a mal de alferecía, le mandó llevar a su casa, donde permaneció largo rato sin cobrar el sentido. Fueron a llamar

a los dos médicos más hábiles del país, que tomaron el pulso al enfermo, el cual habiendo recobrádose un poco sollozaba, desencajados los ojos, y llamaba de cuando en cuando: «Topacio, Topacio, sobrada razón tenías.»

Uno de los dos médicos dijo al señor cachemiriano: «En su acento echo de ver que es un mozo de Candahar, que no se puede acostumbrar a los aires de este país: es menester enviarle a su tierra, y en sus ojos veo que ha perdido el juicio: conque fiádmeme, que yo le llevaré a su patria y le curaré.» El otro médico dijo que no adolecía más que de pesadumbre y que convenía llevarle a las bodas de la princesa y que bailara en ellas. Mientras que estaban en consulta, recobró el enfermo sus fuerzas; los dos médicos se fueron y se quedó Rustán solo con su huésped.

«Señor, le dijo, os ruego que me perdonéis si me he desmayado en vuestra presencia; bien sé que es descortesía y os suplico admitáis mi elefante en pago de los favores que os he debido. Contóle luego todas sus aventuras, pero sin hablarle del motivo de su viaje. «En nombre de Visnú y de Brahma, prosiguió, decidme quién es ese dichoso Barbabú que se casa con la princesa de Cachemira, por qué le ha escogido su padre para yerno y le quiere la princesa para esposo. —Señor, le respondió el cachemiria-

no, la princesa no quiere a Barbabú, al contrario, no hace nada más que llorar mientras que celebra toda la provincia con regocijo sus bodas; se ha encerrado en la torre de su palacio, y no quiere ver siquiera las fiestas que por ella se hacen.» Al oír Rustán estas razones, cobró vida nueva y la lozanía de sus mejillas. «Suplícoos que me digáis, continuó, por qué está empeñado el príncipe de Cachemira en dar su hija a ese Barbabú que ella no puede ver. —Yo 'os lo diré, respondió el cachemiriano: ¿sabéis que había perdido nuestro augusto príncipe un diamante grueso y un venablo que estimaba en mucho? —¡Ahl, bien lo sé, dijo Rustán. —Pues sabed, dijo el huésped, que desesperado nuestro príncipe de no saber el paradero de sus dos alhajas, después que le ha indagado en todo el mundo, há prometido su hija a quien le trajera la una o la otra, y se ha presentado el señor Barbabú con su diamante y mañana se casa con la princesa.»

Mudó Rustán de color, tartamudeó un cumplido, despidióse de su huésped, y fué corriendo en su dromedario a la capilla donde se había de celebrar la ceremonia. Llega al palacio del príncipe, dice que tiene cosa de mucha gravedad que comunicarle, solicita audiencia y le responden que está ocupado el príncipe en los preparativos de la boda, «Por eso mismo, dice, quiero hablar-

le.» Tanto apura, que le dan entrada. «Serénísimo señor, dice, corone Dios vuestra vida de gloria y magnificencia; vuestro yerno es un bribón.—¡Cómo un bribón! ¿Qué osadía es esa? ¿Se habla así a un duque de Cachemira del yerno que ha escogido? —Sí, un bribón, replicó Rustán; y para probárselo a Vuestra Alteza, aquí está su diamante que yo le traigo.»

Atónito el duque cotejó ambos diamantes; y como no sabía de joyero, no pudo decir cuál era el legítimo. «Dos diamantes están aquí, decía, y yo no tengo más que una hija: ¡extraña confusión es la mía!» Llamó a Barbabú, y le preguntó si le había engañado, y Barbabú juró que había comprado su diamante de un armenio. El otro no decía de dónde le había habido; pero propuso una salida, y fué que mandase Su Alteza un duelo entre él y su competidor. «No basta que dé vuestro yerno un diamante, decía, también es menester que dé pruebas de valor. ¿Paréceos bien, señor, que el que matare al otro se case con la princesa? —Muy bien, respondió el príncipe, será un espectáculo muy divertido para mi corte: reñid entrambos; el vencedor se revestirá las armas del vencido, como es costumbre en Cachemira, y será marido de mi hija.»

Al punto bajan los dos pretendientes al palenque de palacio. En la escalera había una marica y un cuervo; el cuervo gritaba:

«Reñid, reñid»; y la marica: «No riñáis», cosa que hizo reír al príncipe; pero los dos competidores apenas hicieron alto. Empezó el duelo, y todos los cortesanos formaban círculo en torno de los combatientes. La princesa, siempre encerrada en su torre, no quiso siquiera asistir a este espectáculo, que ni le había pasado por la imaginación que estuviese su amante en Cachemira, y tal aversión a Barbabú tenía, que no quería mirar cosa ninguna. El duelo fué conforme en todo a las reglas; Barbabú quedó muerto en el sitio, y la gente lo celebró mucho, porque era feo, y Rustán muy lindo: que casi siempre es lo que decide el favor del público.

Vistióse el vencedor la cota-malla, la banda y yelmo del vencido, y acompañado de toda la corte, vino a presentarse, al son de la música militar, debajo de la ventana de su dama. Todo el mundo gritaba: «Hermosa princesa, venid a ver a vuestro lindo marido, que ha dado la muerte a su feo competidor;» y sus damas repetían estas palabras. Asomóse, por desgracia, la princesa a la ventana, y viendo las armas de un hombre a quien aborrecía, fué corriendo desesperada a su arca de la China, y sacó de ella el fatal venablo, que fué a traspasar a su amado Rustán en la parte flaca de la coraza. Dió éste un fuerte grito, y creyó la princesa que reconocía la voz de su desdichado amante.

Baja suelto el cabello y la muerte en los ojos y en el corazón. Ya Rustán, bañado en sangre, había caído en brazos de su padre. Miróle la princesa. ¡Oh instantel ¡Oh vistol ¡Oh reconocimiento! ¿Quién puede expresar su dolor, su ternura y su horror? Lanzóse sobre él, y abrazándole estrechamente, le dijo: «Tú recibes los primeros y postreros besos de tu amante y tu homicida.» Saca luego el dardo de la herida, se le clava en el corazón y muere pegada a su adorado amante. Espantado, desatentado y a punto de muerte su padre, procura en balde llamarla a la vida, que ya no existía. Maldiciendo el dardo fatal, le hace mil añicos, tira los dos funestos diamantes, y mientras en vez de las bodas preparaban los funerales de su hija, hace llevar a su palacio a Rustán ensangrentado, a quien todavía quedaba un soplo de vida.

Lleváronle a una cama, y lo primero que vió a ambos lados de su lecho de muerte fué a Topacio y Ebano. La admiración que esta vista le causó le dió algo de fuerza. «¡Ah, crueles!, dijo, ¿por qué me habéis abandonado? Acaso viviría todavía la princesa si hubierais estado cerca del desventurado Rustán. —Ni un solo punto os he abandonado, dijo Topacio. —Sin cesar he estado junto a vos, dijo Ebano. —¡Ah!, ¿qué decís? ¿Por qué me insultáis en los postreros instantes de mi vida? —Bien me puedes creer,

dijo Topacio; bien sabes que nunca aprobé este funesto viaje, cuyas horribles consecuencias preveía: yo era el águila que reñía con el buitro, y a quien éste desplumó; yo era el elefante que se llevaba el bagaje para forzarte a volver a tu patria; yo era el asno rayado que contra tu voluntad te volvía a casa de tu padre; yo quien perdí tus caballos; yo quien formé el torrente que te impedía el paso; yo quien levanté la montaña que te cerraba tan fatal camino; yo era el médico que te aconsejaba los aires de tu patria y la marica que te gritaba que no riñeses.

—Y yo, dijo Ebano, era el buitro que peleaba el águila, el rinoceronte que daba cien cornadas al elefante, el villano que apaleaba el asno rayado, el mercader que te dió los camellos para tu pérdida; yo hice el puente por donde has pasado; yo abrí la caverna que has atravesado; yo soy el médico que te animaba a quedarte y el cuervo que te exhortaba a pelear.

—¡Ay! acuérdate de los oráculos, dijo Topacio. *Si vas al Oriente, estarás al Occidente.* —Sí, dijo Ebano, aquí entierran los muertos la cara vuelta al Occidente; claro estaba el oráculo, ¿por qué no le has entendido? *Has poseído, y no poseías;* porque el diamante que tenías era falso, y tú no lo sabías; eres vencedor y mueres; eres Rustán y dejas de serlo; conque todo se ha cumplido.»

Hablando estaba cuando cubrieron cuatro alas blancas el cuerpo de Topacio y cuatro negras el de Ebano. «¿Qué veo?» exclamó Rustán. Topacio y Ebano respondieron a la par: «Tus dos genios. —¡Ah! señores, les dijo el desventurado Rustán, ¿quién les ha metido en nada? ¿Ni a qué vienen dos genios para un pobre hombre? —Esa es la ley, dijo Topacio, cada hombre tiene sus dos genios; Platón ha sido el primero que lo ha dicho y luego lo han repetido otros; ya estás viendo que es la pura verdad. Yo que te estoy hablando soy tu genio bueno; estaba encargado de ser tu custodio hasta el último punto de tu vida y he desempeñado puntualmente mi encargo.

—Empero si era tu oficio servirme, dijo el moribundo, se infiere que soy yo de superior naturaleza que tú. Mas ¿cómo eres osado a llamarte mi genio bueno, habiendo dejado que me alucinara en cuanto he intentado, y dejándonos morir ahora miserablemente a mí y a mi amada? —¡Ah! ese era tu destino, dijo Topacio. —Si todo lo hace el destino, dijo el moribundo, ¿para qué sirve un genio? ¿Y tú, Ebano, con tus cuatro alas negras, sin duda eres mi genio malo? —Acertástelo, respondió Ebano. —¿Conque también eres el genio malo de mi princesa? —No tal, que la princesa tenía el suyo, a quien yo he ayudado. —¡Ah! maldito Ebano; pues si eres tan perverso, no sirves al mismo amo que Topacio y

ambos habéis sido formados por dos principios diversos, uno de los cuales es bueno y otro malo por naturaleza.—No es consecuencia, dijo Ebano, pero es, sí, fuerte dificultad.—Es imposible, replicó el agonizante, que un ser propicio haya criado tan funesto genio.—Posible o imposible, repuso Ebano, así es como te estoy diciendo.—¡Ay, pobre amiguito mío! dijo Topacio, ¿no ves que todavía tiene ese bribón la picardía de hacer que disputes para abrasarte la sangre y acelerar la hora de tu muerte? —A fe que no estoy mucho más contento contigo que con él, dijo el triste Rustán; a lo menos confiesa que me ha querido hacer daño, y tú, que me querías defender, para nada me has valido.—Harto lo siento, dijo el genio bueno.—Y yo también, replicó el moribundo; algo hay en la materia que yo no entiendo.—Ni tampoco yo, dijo el pobre genio bueno.—Dentro de un instante lo voy a saber, dijo Rustán.—Allá lo veremos», respondió Topacio. En esto desapareció todo y se encontró Rustán en casa de su padre, de donde no había salido, y en su cama, donde había dormido una hora.

Despertóse azorado, bañado en sudor, desatentado; se palpa, llama, grita, golpea y acude con su gorro de dormir y abriéndosele la boca su ayuda de cámara Topacio. «¿Estoy muerto? ¿estoy vivo? exclamó Rustán; ¿sanará lá bella princesa de Cachemi-

ra?... —¿Sueña su señoría? respondió Topacio sin inmutarse.

—¡Ahl exclamó Rustán, ¿qué se ha hecho ese inhumano Ebano con sus cuatro negras alas? El, es él que me da una muerte tan cruda... — Señor, allá arriba le he dejado roncando: ¿queréis que le diga que baje?—¡Perverso! seis meses enteros hace que me persigue; él ha sido el que me llevó a la malhadada feria de Cabul; él quien me hurtó el diamante que me había regalado la princesa y del flechazo de que me muero en la flor de mi edad. —Serenaos, dijo Topacio, que nunca habéis estado en Cabul, ni hay tal princesa de Cachemira, que su padre no tiene más que dos hijos que andan ahora a la escuela. Ni habéis tenido nunca un diamante, ni puede haberse muerto la princesa no siendo nacida y vos estáis perfectamente sano.—¿Conque no es cierto que estabas asistiéndome en mi última hora en la cama del príncipe de Cachemira, y no me has confesado que por preservarme de tantas desventuras habías sido águila, elefante, asno rayado, médico y marica?—Su señoría lo ha soñado todo eso; nuestras ideas, mientras soñamos, tan poco penden de nosotros como cuando estamos despiertos. Dios ha dispuesto que os pasara esa cáfila de ideas por la cabeza, sin duda para daros alguna instrucción que os sirva.

—Tú te burlas de mí, replicó Rustán:

¿cuánto tiempo he dormido?—Señor, cosa de una hora.—Pues, argumentador maldito, ¿cómo quieres que en el espacio de una hora haya yo estado en la feria de Cabul seis meses ha, que haya vuelto, que haya ido a Cachemira y que nos hayamos muerto la princesa, Barbabú y yo?—No hay cosa más fácil ni más común, y hubiera podido su señoría dar la vuelta al mundo, y acabar más aventuras en mucho menos tiempo. ¿No es cierto que en una hora podéis leer el compendio de la historia de los persas escrita por Zoroastro, puesto que encierra este compendio ochocientos mil años? Todos estos sucesos se os representan en una hora uno tras otro. Pues bien; me confesaréis que tan fácil es para Brahma estrecharlos todos en el de ochocientos mil años: lo mismo es uno que otro. Figuraos que el tiempo gira en una rueda cuyo diámetro es infinito; debajo de esta rueda inmensa hay una muchedumbre innumerable de ruedas unas dentro de otras; la del centro es imperceptible y da un número infinito de vueltas, mientras que la rueda grande no da más que una. Claro es que en mucho menos tiempo que la cienmilésima parte de un segundo pueden acontecer sucesivamente todas las cosas que han sucedido y sucederán desde el principio hasta el fin del mundo, y puede afirmarse que en efecto es así. —No lo entiendo, dijo Rustán. —Si gustáis,

dijo Topacio, yo tengo un papagayo que os lo hará entender fácilmente, porque nació algún tiempo antes del diluvio, estuvo en el arca, ha visto mucho y aun no tiene más que año y medio de edad. El papagayo os contará su vida, que es muy curiosa. —Id al punto, dijo Rustán, a buscar vuestro papagayo, que me divertirá hasta que pueda volver a coger el sueño. —Está en el convento de mi hermana la monja, dijo Topacio; voy a buscarle, y os gustará mucho, porque tiene buena memoria, y cuenta con mucha naturalidad sin buscar altos conceptos y sin frases retumbantes. —Bueno, dijo Rustán, así me gustan a mí los cuentos.» Trajéronle el loro, el cual habló así.

Nota bene.—Doña Catalina Vadé jamás pudo topar con la historia del loro en los papeles de su difunto primo Antonio Vadé, autor de este cuento, y es por cierto mucha lástima, atendida la época en que vivía el tal papagayo.

VI

JUANICO Y PERICO

Muchos sujetos fidedignos conocieron a Juanico y Perico en la escuela de Issoire, en Alvernia, pueblo ilustre en todo el universo por su colegio y sus calderos. Era Juanico hijo de un traficante en machos muy afamado, y Perico debía la existencia a un buen labrador de las inmediaciones, que cultivaba la tierra con cuatro mulas, y que, cuando había pagado el diezmo, la primicia, los pechos, el encabezamiento, no se quedaba muy sobrado en dinero para llegar hasta el fin del año.

Para ser alverñeses, Juanico y Perico eran muy bonitos muchachos, y se querían mucho uno a otro, teniendo siempre entre ellos ciertas confianzas de que se acuerdan los camaradas de la escuela con gusto cuando se ven luego en siendo grandes.

Ya estaban para salir de la escuela de escribir, cuando un día trajo un sastre a Juanico un vestido de terciopelo con una chupa de raso a la última moda, acompañado todo con una carta del señor de los Juanetes. Perico alabó mucho el vestido, sin tener envi-

dia; pero Juanico la empezó a echar de gran señor, cosa que afligió mucho a Perico. Juanico, desde este día, no volvió a mirar el libro; pero se miraba mucho al espejo y no hacía aprecio de nadie. Poco después llegó en posta un ayuda de cámara, trayendo otra carta para el señor marqués de los Juanetes, que era una orden de su señor padre para que sin más tardanza fuera el señorito, su hijo, a París. Subió Juanico en su coche, alargando la mano a Perico, sonriéndose a guisa de protector y con mucha dignidad. Conoció Perico su miseria y echó a llorar; Juanico partió con toda la pompa de su altanería.

Bueno es que sepan los lectores que desean instruirse, que el señor Juan, su padre, había granjeado con mucha prontitud un inmenso caudal, entrometiéndose en varios negocios. Preguntará alguno cómo se hacen esos inmensos caudales; pues no más que porque sopla la fortuna. El señor Juan era buen mozo, y buena moza su mujer, robusta y lozana. Fueron a París a seguir un pleito que les costaba mucho, y la fortuna, que encumbra o abaja a los hombres como se le antoja, les deparó la mujer de un asentista de los hospitales del Ejército, sujeto de mucha capacidad y que podía jactarse de haber acabado con más soldados en un año que en diez la artillería enemiga. Juan agradó a la señora, y la mujer de Juan al señor asentista. En breve tuvo Juan parte en el asiento, y

luego se metió en otros negocios. Cuando uno está en la corriente del río, no tiene más que dejarse llevar, para ganar, sin afanarse, un caudal inmenso. Los pillos, que desde la orilla nos contemplan navegar las velas desplegadas, se quedan con la boca abierta, sin saber cómo hemos podido salir con nuestros deseos; nos envidian sin saber por qué, y escriben contra nosotros folletos que no leemos. Eso es lo que pasó con Juan el padre, que muy en breve fué don Juan de los Juanetes, y que, habiendo comprado un marquesado al cabo de medio año, sacó de la escuela al señor marquesito, su hijo, para que viniera a lucirse a París.

Perico, siempre amigo constante, escribió una carta dando el parabién a su camarada antiguo, poniendo que *escribía aquellas letras para congratularle*. El marquesito no le respondió, y Perico cayó malo de sentimiento.

Su padre y su madre buscaron sin tardanza un ayo al señorito. Era este ayo un lindo don Diego, que, no sabiendo nada, nada pudo enseñar a su alumno. El marqués quería que aprendiera su hijo el latín; la marquesa no quiso. Llamaron por árbitro a un autor célebre a la sazón por sus escritos amenos, y le convidaron a comer. Lo primero que le dijo el ama de casa fué: «Caballero, como usted sabe el latín y es hombre fino... —Yo, señor marqués, de latín, ni una

palabra que sé, respondió el autor concep-
tista, y doy mil gracias à Dios. Claro es que
habla uno mejor su lengua cuando no se
aplica más que a ella sin hacer caso de las
extranjeras. Mire usted a todas nuestras da-
mas cuánto más apurado gusto tienen que
los hombres, y cómo escriben sus cartas con
cien veces más gracia; pues de nada más
pende eso sino de que no saben latín. —¿Qué
tal? ¿Tenía yo razón o no?, dijo la marquesa.
Mi hijo quiero yo que sea un mozo discreto,
que se haga lugar con la gente fina; ya ves
que si supiera el latín sería hombre perdido.
¿Representan acaso la comedia y la ópera en
latín? ¿Se defienden en latín los pleitos? ¿Se
requiebran las damas en latín?» Aturullado el
marqués con tan convincentes razones, con-
fesó su yerro, y quedó resuelto que no per-
dería el marquesito el tiempo en entender a
Cicerón, Horacio y Virgilio. Pues ¿qué ha de
aprender? «Porque, al cabo, menester es que
sepa algo. ¿No se le podría enseñar algo de
geografía? «¿De qué le servirá?, respondió el
ayo. Cuando vaya el señor marqués a sus
posesiones, ¿no han de saber los cocheros el
camino? Por cierto que no le han de extra-
viar, y que para viajar no es necesario un
cuarto de círculo, que se va muy cómoda-
mente de París a la Alvernia sin que sea
menester saber en qué latitud se halla uno.

—Razón tiene usted, replicó el padre;
pero me han hablado de una ciencia muy

hermosa, que llaman, creo, la astronomía. — ¡Qué miseria!, respondió el ayo. ¿Nos guiamos acaso por los astros en este mundo? ¿Quiere usted que se devane los sesos el señor marquesito calculando un eclipse, cuando le encuentra a la hora fija en la *Guía de Forasteros*, que además le enseña los días de fiestas movibles y la edad de la luna y de todas las princesas de Europa?»

La marquesa fué en todo del dictamen del ayo. El marquesito no cabía en sí de gozo; pero su padre estaba muy indeciso. «Pues ¿qué ha de aprender mi hijo», decía. — A ser amable, respondió el amigo llamado a consulta, y lo sabrá todo si sabe los medios de agradar, arte que le enseñará mi señora su madre, sin que ni el uno ni la otra se tomen el menor trabajo para ello.»

Al oír estas razones, dió la señora marquesa un abrazo al amable ignorante, diciéndole: «Bien se ve, caballero, que es usted el hombre más instruído del mundo, y mi hijo le deberá toda su educación; pero me imagino que no fuera malo que supiese algo de historia. — Quitá allá, respondió; ¿para qué sirve? Las únicas útiles y gustosas son las historias del día; que todas las historias antiguas, como decía uno de nuestros más agudos ingenios, son fábulas generalmente admitidas, y las modernas un caos que nadie puede desenmarañar. ¿Qué importa al señorito, su hijo de usted, que estableciera

Carlomagno los doce pares de Francia ni que fuese tartamudo su sucesor? —«Muy bien dicho, exclamó el ayo; así ahogan la inteligencia de los niños bajo un montón de inútiles conocimientos, puesto que en mi dictamen la más absurda de todas las ciencias es la geometría, y la que es capaz de sofocar todo talento. Objeto de esta ridícula ciencia son las superficies, las líneas y los puntos, que no existen en la naturaleza, haciendo pasar idealmente cien mil líneas curvas entre un círculo y la línea recta que le toca, aunque en realidad no pueda pasar la cosa más semínima. De veras, la geometría es una bobería insulsa.»

Ni el marqués ni la marquesa entendían lo que decía el ayo; pero eso no quitó que fueran en todo de su dictamen.

«Un señor como el marquesito, continuó aquél, no se ha de devanar los sesos en estudios superfluos; si necesita un día un sublime geómetra para levantar el plano de sus tierras, hará que se las midan por su dinero; si quiere desenvolver la antigüedad de su nobleza, que sube a los más remotos siglos, enviará en busca de un benedictino de San Mauro, y lo mismo sucede con todas las artes. Un señorito de buen entendimiento no es pintor, ni músico, ni arquitecto, ni escultor; pero hace que florezcan todas estas artes, dándoles estímulo con su magnificencia. Sin duda vale más protegerlas que ejercitarlas;

con que tenga fino gusto el señor marquesito, es suficiente, y los artistas trabajarán para él; y por eso se dice con mucha razón que los caballeros (hablo de aquellos que son muy ricos) lo saben todo sin haber aprendido nada, porque efectivamente al cabo de tiempo saben fallar de todas las cosas que mandan y pagan.»

Tomando entonces el hilo de la conversación el amable ignorante dijo: «Con mucha razón he notado, señora, que el fin principal del hombre es hacerse cabida en la sociedad. Díganme si se logra ésta con las ciencias. ¿Se habla nunca de geometría entre gentes? ¿Preguntan a un hombre bien criado qué astro sale hoy con el sol? ¿Se trata en un convite de si Clodión el de cabellos largos pasó el Rhin? —No por cierto, exclamó la marquesa de los Juanetes, a quien su linda cara había hecho algún lugar entre las gentes de fino trato, y no ha de amortiguar mi hijo su talento con el estudio de todo ese fárrago. Pero, en resumen, ¿qué ha de aprender? porque bueno es que pueda un señorito lucir cuando se ofrezca, como dice mi marido el señor marqués. Acuérdome de haber oído decir a un abate que la ciencia más agradable de todas era una cuyo nombre se me ha olvidado, pero que empezaba con B.—¿Con B, señora? Será la botánica.—No; no hablaba de botánica; digo que empezaba con B y acababa en *on*.—Ya entiendo, ese

es blasón: verdad es que es ciencia muy profunda, pero que no es de moda desde que se ha perdido la costumbre de pintar sus armas en las puertecillas de los estribos de los coches, que era la cosa más útil del mundo en un Estado bien civilizado, sin contar con que sería este estudio un proceder infinito, porque hoy día no hay barbero que no tenga sus armas; y todo aquello que se hace común se aprecia en poco.» Finalmente, pesados bien los inconvenientes y las ventajas de las ciencias, quedó resuelto que aprendiera el señor marquesito a bailar.

Pródiga naturaleza, había dotado a éste de una habilidad que en breve tomó vuelo, y era cantar coplas con mucho donaire. Las gracias de la mocedad con este don supremo fueron parte para que le mirasen como a un mancebo que daba las mayores esperanzas. Las damas le querían; y como tenía la cabeza atestada de coplas, hizo versos para sus queridas. En una décima hablaba de *Baco* y de *Cupido*, en ésta de *la noche y el día*, y en aquella de *gustos y sustos*; pero como siempre había en sus versos algunas sílabas de más o de menos, los hacía enmendar mediante una onza de oro por décima, y sus versos salían en los periódicos como pudieran los de los Argensolas y Herreras franceses.

Figuróse entonces la señora marquesa que tenía en su hijo un ingenio sobe-

rano y convidó a cenar a los ingenios de París. El mancebo en breve acabó de quedarse tonto rematado, adquiriendo el arte de hablar sin saber lo que decía y perfeccionándose en su costumbre de no ser bueno para nada. Su padre, viéndole tan elocuente, sintió en el alma no haberle enseñado el latín, para hacerle un gran togado; pero su madre, que tenía pensamientos más altos, se encargó de levantar un regimiento para su hijo, y éste se puso a enamorar mientras tanto. A veces el amor cuesta más caro que levantar un regimiento; y así gastó mucho, mientras que sus padres gastaban todavía más en representar el papel de principales señores.

Una viuda de circunstancias y moza, vecina suya, que tenía poco caudal, tuvo la condescendencia de determinarse a poner en parte segura las muchas riquezas de los señores marqueses de los Juanetes, alzándose con ellas y casándose con el marquesito; atrájole para ello a su casa, se dejó querer, le dió a entender que no le disgustaba, le prendó poco a poco, le embelesó y le sojuzgó sin dificultad. Unas veces le daba elogios, otras consejos, y al mismo tiempo se hizo la mejor amiga de sus padres. Otra vecina vieja propuso el casamiento; y deslumbrados los marqueses con el brillo de entroncar con linaje tan alto, admitieron gustosísimos la propuesta y dieron su único hijo a su íntima amiga.

Iba a casarse el marquesito con una mujer a quien idolatraba y que le quería; le daban el parabién los amigos de la casa, y ya iban a celebrarse los esponsales y estaban trabajando en los vestidos de boda y en el epitafio. Una mañana que estaba a las plantas de la amable esposa que a la amistad, a la estimación y al amor de consuno debía, mientras que en un animado y amoroso coloquio disfrutaban las primicias de su felicidad y ordenaban el plan de una deliciosa vida, llega desatentado un ayuda de cámara de la marquesa y le dice: «¡Lindas novedades, por cierto! Llena está la casa de alguaciles y escribanos que andan descolgando todos los muebles; los acreedores lo han embargado todo y yo voy a procurar que se me pague mi salario. —Veamos, dijo el marquesito, qué es eso, y qué quiere decir esa bulla. —Sí, vaya usted, dijo la viuda, a dar justo castigo a esos bribones; no se detenga un punto.» Vase corriendo, y cuando llegó a su casa ya estaba preso su padre y los criados se habían escapado cada uno por su lado llevándose cuanto habían podido; su madre estaba sola, sin socorro, sin consuelo, deshecha en llanto y sin que le quedara otra cosa que la memoria de sus riquezas, de su hermosura, sus desarreglos y sus desatinados gastos.

Lloró primero largo rato el hijo en compañía de su madre y le dijo luego: «No nos

desesperemos; la viuda moza me quiere entrañablemente y es todavía más generosa que rica; yo la fio: voy corriendo a hablar con ella y la traigo aquí.» Se vuelve a casa de su amada y la encuentra hablando a solas con un oficial mozo muy amable.

«¡Conque es usted, señor de los Juantes! ¿A qué viene usted aquí? ¿Cómo abandona a su madre? Vuélvase con la pobre mujer y dígame que le tengo mucha lástima, que necesito una planchadora y que la tomaré a ella. —Chico, le dijo el oficial, bastante bien plantado eres; si quieres servir en mi compañía haré que te den un buen enganche.»

Atónito el marquesito, y encendido el pecho en ira, se fué a buscar a su antiguo ayo, le fió su pesar y le pidió consejo; y éste le propuso que se hiciera, como él, ayo de chiquillos. «Si nada sé, le respondió, porque usted nada me ha enseñado y ha sido el primer móvil de mis desventuras.» Suspiraba diciendo esto, y un ingenio de sus conocidos antiguos que se hallaba presente, le dijo para consolarle que compusiera novelas, que era un buen medio para hacerse rico en París.

Más desesperado que nunca el mancebo, se fué a buscar al confesor de su madre, que era un teatino muy estimado, que solamente confesaba a las señoras de primera tijera y que así que le vió corriendo le salió al en-

cuentro. «¡Dios mío! Señor marquesito, ¿dónde ha dejado usía el coche? ¿Cómo está su respetable madre mi señora la marquesa?» Contóle entonces el pobre desventurado el desmán de la familia; y al paso que explicaba, iba poniendo el teatino la cara más seria, más adusta y más grave. «Hijo mío, esa era la voluntad de Dios; las riquezas no sirven más que para estragar los corazones. ¿Conque ha hecho Dios a su madre la gracia de reducirla a que pida limosna? —Sí, padre.—Mejor, que así está cierta de salvarse.—Pero, padre, ¿no hubiera medio entretanto de que nos socorrieran en este mundo? —Adiós, hijo, que me está aguardando una señora duquesa.»

Poco faltó al marquesito para desmayarse; casi todos sus amigos le trataron del mismo modo y en medio día aprendió a conocer lo que era el mundo más que había aprendido en toda su vida.

Sumido estaba en la más profunda desesperación cuando vió venir un carromato entoldado, con unas cortinas de cuero por delante, al que seguían cuatro enormes carretas cargadas todas. En el carro venía un mozo vestido de aldeano, de un rostro lleno y colorado, que respiraba serenidad y alegría. Su mujer, morenita y de facciones toscas, pero muy linda, venía traqueando a su lado; y como el carro no llevaba el paso de un birlocho de petimetre, tuvo lugar el cami-

nante para contemplar muy a su sabor al marquesito que estaba inmóvil y absorto en su dolor. «¡Dios mío!, exclamó, veo que es Juanico.» Al oír este nombre, alza los ojos el marquesito y se para el carro. «Es Juanico, Juanico es»; y da mi hombrecito gordo un salto y abraza estrechamente a su antiguo camarada. Conoció Juanico a Perico y se le cubrió el semblante de rubor y llanto. «Me has abandonado, le dijo Perico; pero aunque seas gran señor, siempre te he de querer.» Confuso y enternecido Perico, le contó sollozando parte de los sucesos de su vida. «Ven al mesón donde estoy aposentado, le dijo Perico, a contarme lo demás; da un abrazo a mi mujer y vamos a comer juntos.»

Todos tres se fueron a pie, siguiéndoles el bagaje. «¿Qué significa todo ese tren? ¿Es tuyo? — Sí, todo es mío y de mi mujer. Venimos de la tierra; yo tengo una fábrica de hierro estañado y cobre y me he casado con la hija de un rico negociante que trafica en utensilios necesarios para los ricos y los pobres. Trabajamos mucho, nos bendice Dios, no hemos mudado de condición, estamos acomodados y ayudaremos a nuestro amigo Juanico. Déjate de marquesados, que todas las dignidades de este mundo no valen tanto como un amigo verdadero. Te vendrás conmigo a nuestra tierra; te enseñaré mi oficio, que no es difícil; te pondré de

aparcería y viviremos alegres en el rincón de la tierra donde nacimos.»

Fuera de sí Juanico se hallaba combatido por el pesar y el gozo, el cariño y la vergüenza, y se decía a sí propio: «Todos mis amigos de trato fino me han engañado, y Perico, a quien yo había despreciado, es el único que me socorre. ¡Qué instrucción!» La bondad de Perico desenvolvió en el pecho de Juanico las semillas de su buena índole, que aun no había sofocado el trato del mundo, y vió que no podía abandonar a su padre y a su madre. «De tu madre ya cuidaremos, le dijo Perico; y en cuanto a tu pobre padre, que está en la cárcel, yo entiendo algo de negocios. Como sus acreedores saben que no le queda nada, con poco que se les dé quedarán contentos; yo me encargo de todo.»

Tanto trabajó Perico que sacó de la cárcel al padre de su amigo. Juanico se volvió a su lugar con sus padres, que tomaron otra vez su antiguo oficio, y él se casó con una hermana de Perico, que era del mismo genio que su hermano y con quien vivió muy feliz; y Juan padre, y Juana madre, y Juanico hijo, se convencieron de que la dicha no se cifra en la vanidad.

FIN

Francisco María Arouet de Voltaire, nació en 1694; murió en París en 1778.

Escribió los cuentos que contiene este volumen en las siguientes fechas:

Zadig, en 1748.

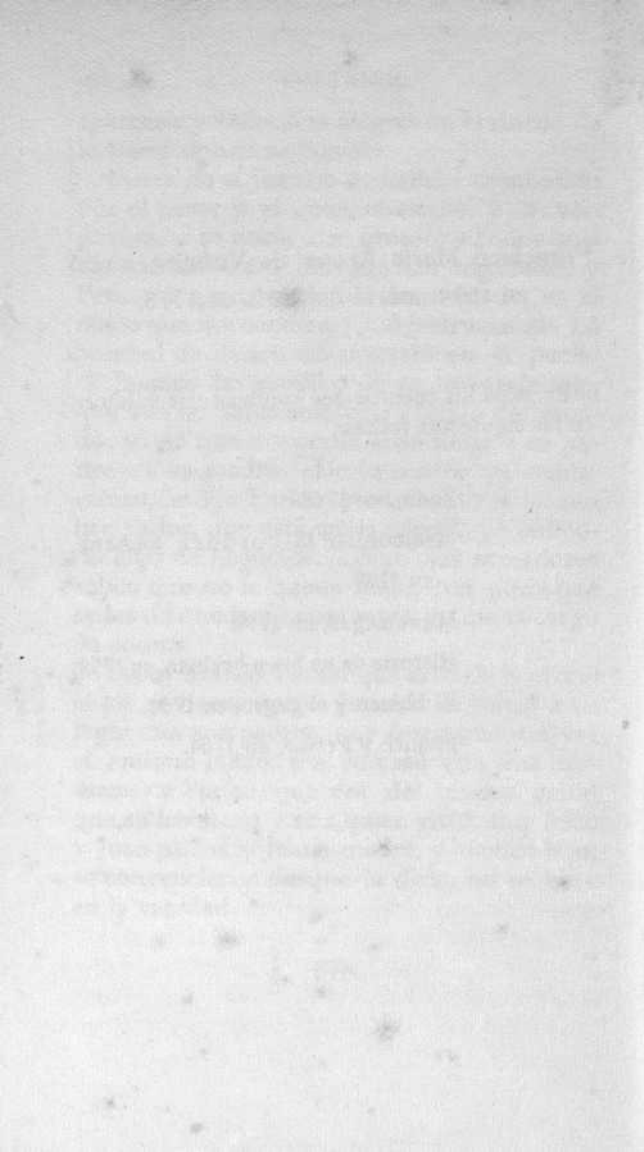
Memnón, o la cordura humana, en 1749.

Micromegas, en 1750.

Historia de un buen brahma, en 1759.

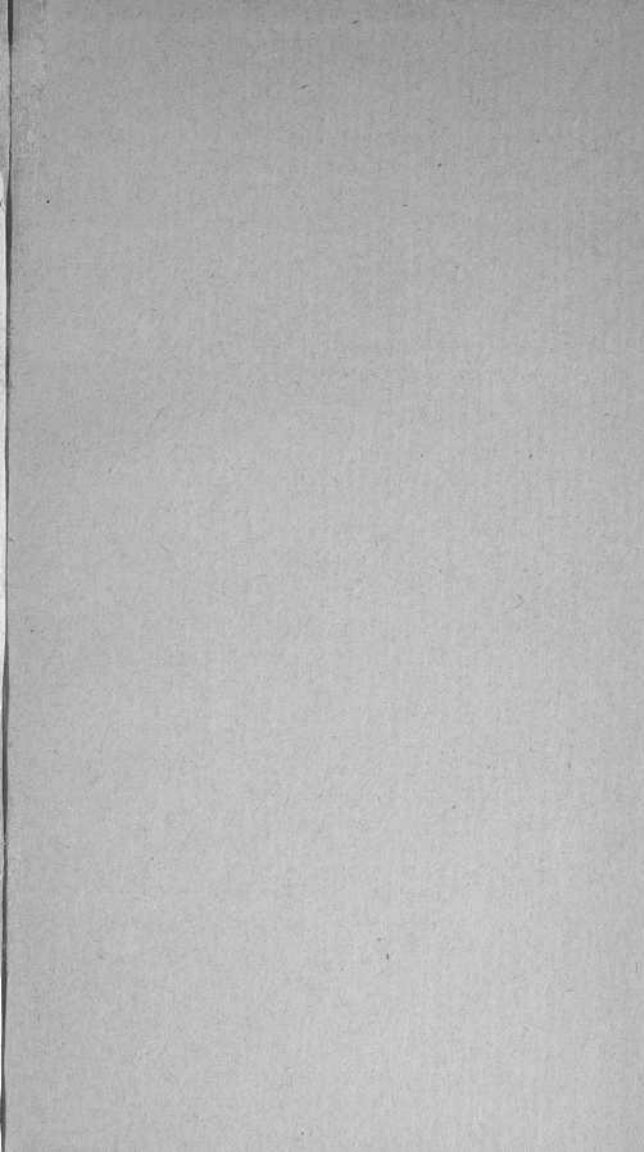
El blanco y el negro, en 1764.

Juanico y Perico, en 1764.







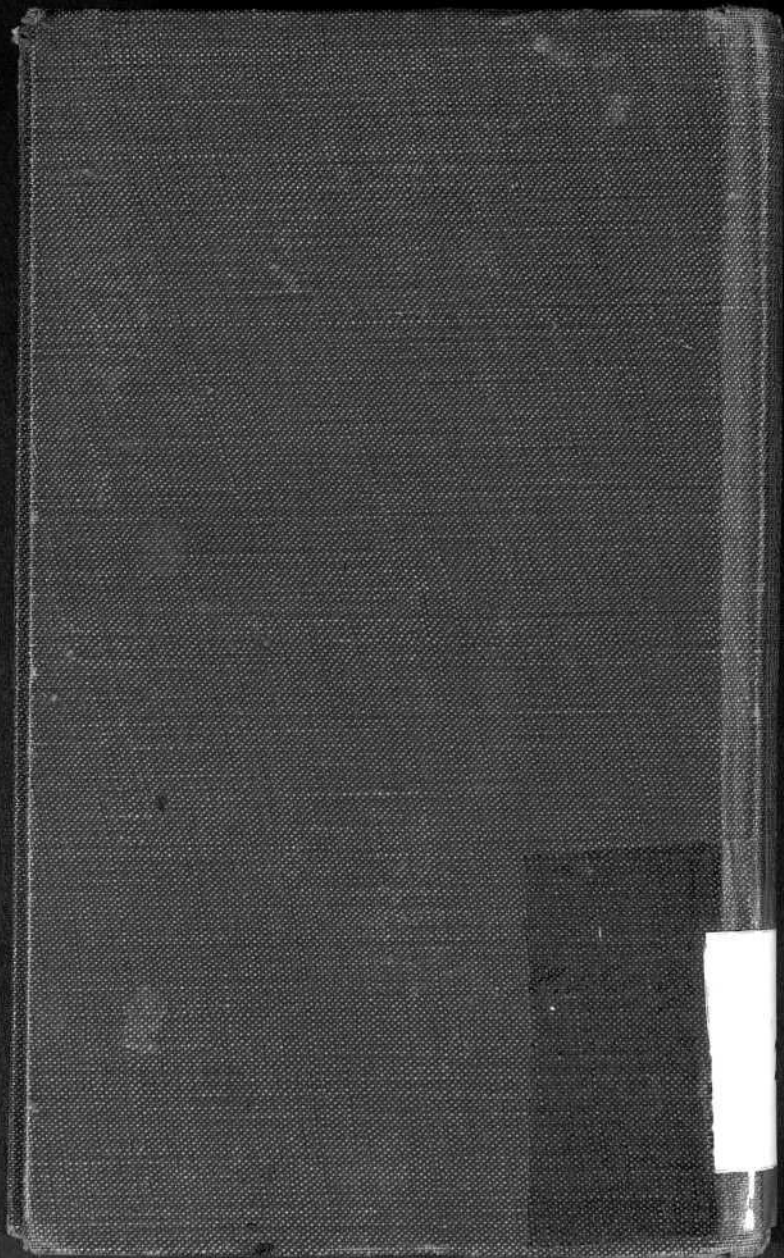


B.P. de Soria



61168864

DR 2274



CLARE

Cuentos
escuoc.
dos vol.



DR

2274